Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea   Nº 6



ERNST JÜNGER

EL REBELDE, EL GUERRERO, EL ANARCA



UrKultur

Índice

Editorial

LA AVENTURA DEL REBELDE

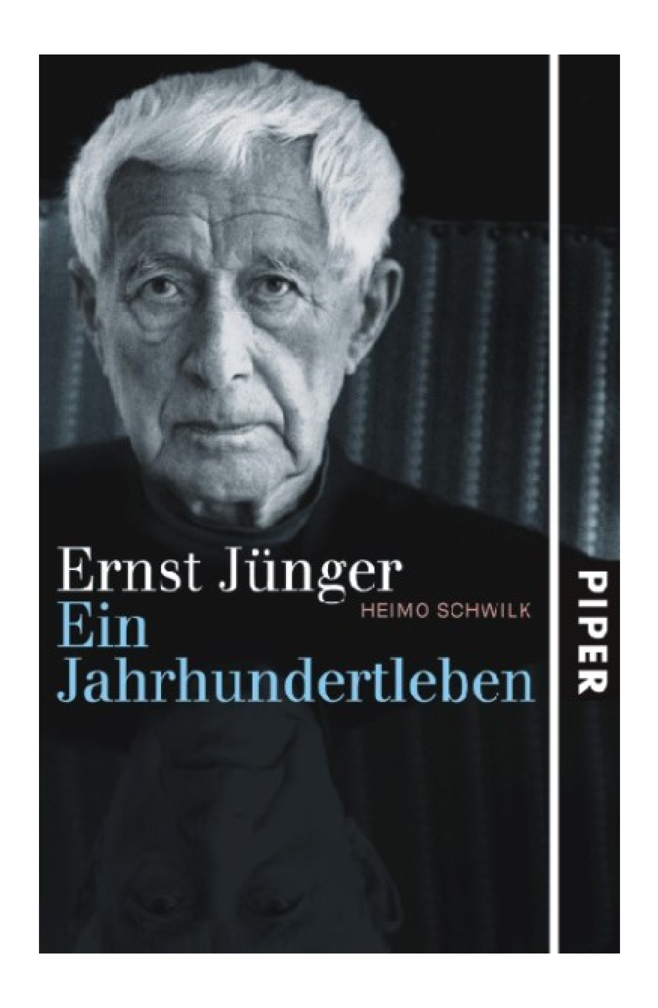
Sebastian J. Lorenz

¿Fue Jünger el último rebelde? Prolífico e individualista autor, que en ningún momento comulgó con el nacionalsocialismo (incluso rechazó el acta de diputado que Hitler le ofreció), aunque tampoco lo hizo con ninguna de las innumerables ligas o clubes *"volkisch"* de la época pero, en cambio, no dudó en colaborar con la *Ahnenerbe-SS,* Ernst Jünger inicia su labor literaria después de sus experiencias bélicas:

«La guerra es la madre del nacionalismo. La guerra es la experiencia de la sangre … La guerra es nuestra madre, ella nos ha parido en la hinchada panza de las trincheras. Como una nueva raza, nosotros reconocemos con orgullo nuestro origen. Consecuentemente, nuestros valores deben ser valores heroicos, los valores de los guerreros y no el valor del tendero que quiere medir el mundo con su vara de medir telas».

Así concebida, la guerra se configura como una acción profiláctica, de higienización de la sociedad, sirve como selección natural entregando el poder a los más fuertes, entre los que destaca el soldado como protagonista y opuesto al burgués. De Jünger no puede decirse que fuera un fascista, quizás sí un nacionalista y descaradamente elitista, pero no por referencia a una aristocracia nacional –noble o burguesa-, sino precisamente por remisión al espíritu del soldado y del trabajador que se forjan en el frente o en la retaguardia mediante la movilización total.

Ernst Jünger, el guerrero, el anarca, el rebelde del siglo XX.



La existencia de una supuesta tendencia humana hacia la igualdad, la nivelación en todos los órdenes, fenómeno que Ratheneau calificaba como *la invasión vertical de los bárbaros* o la *revolución por lo bajo (Revolution von unten)* de Spengler, es una afirmación rigurosamente inexacta. El hombre es un ser naturalmente inconformista, competitivo y ambicioso, al menos, en un sentido progresivo y evolutivo. El mito de la igualdad deja paso a la lucha eterna por la diferenciación. Y este concepto dinámico se integra en la sociedad mediante dos polos opuestos que originan en ella un movimiento de tensión-extensión: minorías y masas, formadas por hombres-señores o por hombres-esclavos, estos últimos seres mediocres en los que se repite un tipo genérico definido de antemano por los valores imperantes de la moral burguesa o progresista triunfante en cada momento o por los dictados de la modernidad, siervos de una civilización decadente que pugna por la *nueva nivelación-igualación* consistente en rebajar o disminuir a los que se sitúan por encima atrayéndolos a un estrato

inferior. El combate por la libertad cede ante la búsqueda de una felicidad gratuita.

Nietzsche expuso su antítesis entre una *"moral de señores"*, aristocrática, propia del espiritualismo en sentido europeo intrahistórico, y una *"moral de esclavos"*, de resentimiento, que correspondería al cristianismo, al bolchevismo y al capitalismo demoliberal. Es la naturaleza la que establece separaciones entre los individuos "espirituales", los más fuertes y enérgicos y los "mediocres", que son mayoría frente a "los menos", una "casta" que anuncia el advenimiento del *"superhombre" (Übermensch)*. El "mensajero del nihilismo" fue un predicador militante contra el orden caduco y la moral convencional, pero lo hacía desde un profundo individualismo que se oponía a las distintas formas de dominio ejercidas sobre las masas con el oscuro objetivo de anular toda personalidad.

Y es aquí cuando percibimos que la figura solitaria, dramática y patética del rebelde, del anticonformista, parece haber desaparecido de la sociedad posmoderna. El declive del romanticismo y el advenimiento de la sociedad de masas han puesto de manifiesto la crisis del héroe, del intelectual comprometido con la disensión y la protesta, reduciéndolo a un mero personaje de ficción literaria. El neoconformista interpreta toda renovación como un atentado contra su seguridad. Atemorizado por el riesgo y la responsabilidad inherente al difícil ejercicio de la libertad personal, aprieta filas con el modelo colectivo. Es el *hombre heterodirigido* de Riesman o el *hombre masa* de Ortega y Gasset. Sin embargo, a lo largo del pasado siglo, diversos movimientos han respondido, intuitivamente en la mayoría de las ocasiones, enérgicamente las menos, contra esta homogeneización de las formas de vida.

Durante la década de los cincuenta aparecieron los llamados *jóvenes airados o generación beat*, espíritus extravagantes caracterizados por sus deseos de romper con las reglas del orden constituido. Forman un grupo promiscuo de bohemios, artistas fracasados, vagabundos, toxicómanos, asociales inadaptados y genios incomprendidos. Mezclan, en extraña confusión, ciertos gestos incomformistas respecto al sexo, las drogas, la amistad, con actitudes intolerantes hacia las formas de vida social, familiar e individual establecidas. Viven en pequeñas comunidades, desprecian el dinero, el trabajo, la moral y la política. Su culto a la rebelión anárquica se resuelve en una técnica existencial autodestructiva que suele concluir en el psiquiátrico, el reformatorio o el presidio. Los *beats*, en medio de la alucinación y el desespero intelectual, degeneraron en lo absurdo, porque absurdo era el mundo en el que estaban obligados a vivir.

Marcuse, símbolo de la protesta estudiantil de los sesenta, intuía la contracultura como una gran negación y, como toda actitud negativa, suponía la afirmación de unos valores opuestos a la cultura en su sentido clásico. El *mayo francés*, con su imaginación al poder, dio vida efímera al fenómeno de la contracultura.: su temporalidad se debió, sin duda, a su carácter de negación, *«porque aquel que reacciona contra algo afirmado no tiene iniciativa en la acción»*, en expresión de Evola. La contracultura intentó construir una alternativa diferente al futuro tecno-industrial, renovando la caduca cultura occidental a través de una revolución psicológica de la automarginalidad.

Por otra parte, la infracultura delincuente constituye una auténtica anticultura, cuyo *código de honor* consiste en trastornar las normas *justas* –o, al menos, aceptadas colectivamente- de la cultura dominante, a través de la ritualización de la hostilidad gratuita y el vandalismo, erigidos como principios éticos que no se dirigen a la obtención de un lucro inmediato, sino a la posesión del placer por lo ilícito, del riesgo por la violación de un tabú. Su comportamiento es incontrolado, carente de toda lógica, y su actuación es hedonista, inmediata, no programada, lo que la diferencia de la *delincuencia profesional.* Este tipo de rebelde fracasado, surgido de los sectores menos favorecidos –ahora la extracción se produce también entre los

niños pijos consentidos-, ve en la propiedad ajena el símbolo tangible del éxito, razón por la cual su apropiación o destrucción constituye una singular venganza, un camino más sencillo que el de la autodisciplina, el sacrificio o el valor del trabajo.

La cultura urbana, a través de expresiones musicales como el *rock* y sus más modernos ritmos afroamericanos y de sus depresiones alucinógenas –mezcla de drogas, alcohol, música e imágenes estereotipadas-, ha creado nuevos tipos de protesta uniformada, es decir, una paradójica protesta neoconformista, totalmente absorbida por el sistema y por las corrientes de la moda. En nuestro país, este fenómeno de hastío moral degeneró en la *movida*, un mero gesto contradictorio expresado por las vías del espectáculo huero y el sensacionalismo absurdo. La *movida*, de repente, reaccionando en sentido contrario a la ley física que le dió su nombre, se detuvo. La vaciedad de su contenido provocó su muerte prematura.

De todo lo anterior se desprende que los hijos de la posmodernidad han aprendido una lección: la inutilidad del acto de protesta institucionalizado y la conveniencia de aceptar las leyes de la sociedad capitalista. Y he aquí que el antiguo revolucionario cambia de uniforme y se entrega en manos de la ambición desmedida, de la competitividad, el consumismo y la seducción. Es el prototipo del nuevo *burgués* descrito por Alain de Benoist. Mientras los medios de comunicación difunden este tipo humano robotizado, la publicidad lo eleva al altar como único ejemplo de valores eternos que merece la pena imitar. La fórmula lucro-especulación más placer teledigirido, divulgada por la estética urbana, fría y despersonalizada, ha triunfado finalmente.

En el lado opuesto se sitúan, incómodos y descolgados del tren pseudoprogresista, los *nuevos bárbaros*, personajes que parecen extraídos de los mitos de la literatura fantástica. Son auténticos rebeldes que rechazan, a veces cruentamente, el código cultural y moral hegemónico. Retorno a las formas naturales, gusto por el misticismo, espíritu de combate, tendencia al caudillismo y al sectarismo organizativo, pretensiones literarias y filosóficas, actuación marginal, a veces incluso extremista, son las líneas básicas que los definen, como si constituyesen una recreación de las *bestias rubias* de Nietzsche. Su inconfesable propósito es sustituir el espacio cibernético de Spielberg por la espada mágica de Tolkien.

Pero también hoy nos encontramos con un nuevo tipo de rebelde, que lucha por hacerse un sitio en el bestiario de la sociedad tecno-industrial. Es el hombre duro, incombustible emocional y espiritualmente, eternamente en camino, en constante metamorfosis nietzscheana, que ejerce su profesión como actividad no especulativa, que defiende su ámbito familiar y relacional como último e inviolable reducto de su intimidad, que participa con actitud militante en la formación de la opinión pública, que en fin, subraya sus rasgos propios frente a la masa y que está dispuesto a sacrificar su individualismo en aras de valores comunitarios superiores.

No es hombre de protestas gratuitas o solemnidades falsamente revolucionarias. Busca la autenticidad a través de la resistencia a lo habitual, como un *gerrillero* schmittiano, aunque esta resistencia sea dolorosa y desgarradora porque se dirige, sobre todo, hacia el interior de sí mismo. En ocasiones también, su dramática existencia y el repudio de la sociedad demoliberal, le acercan a la revolución nihilista de los *nuevos bárbaros.* Este proyecto humano es aventura, destino no propuesto, la dimensión heróica y trágica del *rebelde* de Jünger, del *nuevo hombre* que resulta enormemente peligroso para el inmovilismo.



Ernst Jünger (1895-1998)

Fernando Báez

En parte porque su vida, como la de Heidegger, no estuvo a salvo del entusiasmo inicial por el nazismo o porque su obra y particularmente sus diarios confrontan la naturaleza del hombre sin escrúpulos, o por su condición de militar victorioso (héroe de guerra, temido, capaz de hacer consignas razonables para sus soldados: "maten con ardor, pero no con odio") o por su misterioso celo solitario, lo cierto, lo imprescindible, es que Ernst Jünger resulta una presencia incómoda en la historia de la literatura, y su muerte cercana, el 17 de febrero pasado, casi a los 103 años, ha vuelto a exigir una reconsideración crítica, justa, decisiva, de su vida y, por supuesto, de su magnífica obra. En ese sentido (y en otros), no veo mi aporte sino como una oportunidad para compartir algunos aspectos suyos que han hecho mi vida de lector.

Entre dos guerras.

Nacido el 29 de marzo de 1895, en Heidelberg, hijo del doctor Ernst George Jünger, un respetado profesor de química, y Lily Karoline, Ernst Jünger pasó por varias escuelas antes de tomar la decisión radical de unirse, junto con su hermano Friedrich, a los Wandervögel en 1911. Este grupo, que sostenía principios radicales posteriormente adoptados por el movimiento hippie, extremaba el espíritu de la naturaleza y la búsqueda de los bosques así como el respeto absoluto por la vida animal, lo que en el joven aprendiz de escritor se convertiría en una pasión ininterrumpida por la entomología. Esta independencia forzó la ruptura con sus padres y su incorporación a la Legión Extranjera Francesa en 1913. Como se sabe y se repite, más que como se conoce realmente, la Legión era un feroz cuerpo militar internacional integrado por hombres que asumían su pertenencia como un exilio o refugio en el Africa y Jünger tuvo la suerte de sobrevivir en esa fuerza y ser respetado durante su corta estancia en Argelia. A pedido de su padre, regresó para estudiar en Hannover, pero la Primera Guerra Mundial le ofreció una ocasión más relevante para continuar su independencia y, ante el llamado del Káiser, no perdió tiempo en asimilarse. El rechazo a la vida burguesa tenía como contraparte la búsqueda de lo excitante e inaudito. Con el rango de teniente, peleó en Champagne y en el valle de la Somme, en 1916, y fue testigo de la muerte de un millón de hombres para que los aliados avanzaran diez kilómetros. En su morral, llevaba sus provisiones de rutina y sus tomos de Nietzsche y Schopenhauer. A ratos, escribía. Herido varias veces, regresó a pelear con tal coraje que recibió la más importante condecoración conocida: la Medalla Orden al Mérito. Al término de la guerra, era uno de los pocos héroes de su país y durante un buen tiempo se encargó de formar soldados y escribir manuales prácticos para la Infantería.

Lector de Oswald Spengler, estudioso del mundo esotérico y de las drogas, guerrero, no dudó en aprovechar su experiencia y decidió hacer pública su vocación de novelista en 1920 con "In Stahlgewittern" (En la tormenta de acero), libro proveniente de sus anotaciones en el frente. En 1922 apareció "Der Kampf als inneres Erlebnis", una interpretación ambigua de la guerra que Borges reseñó en 1937 en uno de sus ensayos de la revista "El Hogar". En 1923 se inscribió en la Universidad de Leipzig para indagar en la zoología y la filosofía, escribió muchísimo y publicó en igual medida: salió "Sturm", una novela, "Revolution und Idee", un artículo editado en el periódico nazi Völkischer Beobachter, donde probaba la necesidad de un cambio histórico en el destino de la raza alemana, y colaboró con distintos periódicos de veteranos. Sin unirse a los nazis, sintió la tentación del repudio al infame Tratado de Versalles y, por qué ocultarlo, la admiración por la figura de Adolf Hitler, a quien le dedicó "Feuer und Blut". Un fragmento de Jünger precisa: "Como muchos combatientes, y no sólo alemanes, Hitler conocía y apreciaba mis libros... él me lo hizo saber y yo le envié las primeras ediciones. Me dio las gracias o

encargó a Hess que me las diera. Yo también recibí su libro, que acababa de publicarse. Una vez, cuando vivía en Leipzig, me anunció su visita; luego, por un cambio de itinerario, la anuló...". Con "Das Waeldchen 125" (La colina 125) ratificó su defensa de una posición nacionalista extrema ante la grave situación de la Alemania de la posguerra. En mayo de 1926, sin esperar las calificaciones académicas, abandonó la universidad y el 3 de agosto se casó con Gretha von Jeinsen, con quien ya había tenido un hijo (Ernst) en mayo del mismo año y quien le daría otro en 1934, Alexander. Viajó por Francia y Croacia y, de vuelta al hogar, publicó en 1929 "Das Abenteuerliche Herz. Aufzeichnungen bei Tag und Nacht" (El corazón aventurero. Notas de día y de noche), una colección de aforismos filosóficos de procedencia evidentemente hegeliana.

Su decepción con el nazismo fue lenta y en 1932 la radicalizó en el extenso ensayo "Der Arbeiter" (El Trabajador, 1932). En este escrito enfatizó su crítica de la técnica como elemento destructor de la dignidad humana y la presentación del trabajo como realización de la voluntad. En el fondo, esta obra mantiene su vigencia invicta debido a los signos terribles de la revolución microelectrónica, cuya esencia prescinde del trabajador en todas sus formas. El desencuentro de Jünger terminó en el rechazo a la oportunidad de ingresar a la Academia de Poesía Alemana en 1933, purgada por la Gestapo, y se marchó a una aldea, Goslar, en las montañas Harz; después se radicó en Ueberlingen. El contacto con el exterior lo mantuvo a través de sus viajes a Noruega, en 1935, en 1936 a Brasil, Canarias y Marruecos, en 1937 a París, donde se encontró con Andre Gide y Julien Green y en 1939 se mudó a Kirchhorst en la Baja Sajonia. Sus publicaciones no terminaron: en 1934 publicó "Blaetter und Steine" (Hojas y piedras), primera crítica soterrada al racismo fascista, en 1936 su novela "Afrikanische Spiele" (Juegos africanos), basada en su experiencia en la Legión Extranjera, y en 1939 "Auf den Marmorklippen" (Acantilados de mármol), también una novela, pero de mayor envergadura.

La Segunda Guerra Mundial no tuvo ninguno sentido para Ernst Jünger y en su diario (Strahlungen, Irradiaciones), con gran displicencia, cuenta cómo, leyendo a Heródoto, supo que la oficina de reclutamiento lo llamaba a entrar en combate en agosto de 1939. Esa actitud indiferente lo alejó por completo de cualquier acción heroica. Transferido a París en 1941 formó parte de las fuerzas de ocupación liderizadas por el general Otto von Stülpnagel, pero antes que ser un inquisidor o estratega, prefirió conocer mejor la cultura francesa y defenderla de los excesos de los soldados. La edición y posterior traducción al francés de "Garden und Strassen" (Jardines y calles) en 1942 le garantizó la admiración de algunos escritores e intelectuales franceses como Paul Leauteau, Jean Cocteau, Gaston Gallimard, Louis Ferdinand Céline, Paul Morand, Pierre Drieu La Rochelle con quienes sostuvo largas conversaciones.

En su "Diario" sorprende que sus preocupaciones no fuesen las de un militar en tierra extranjera sino las de un dandy, interesado por las buenas comidas, el clima, la naturaleza, ciertas lecturas excéntricas, dos o tres conversaciones, una buena amante. Hay un pasaje fechado el 3 de octubre del 42 en el que refiere, por ejemplo: "Por la tarde en la librería del 'Palais Royal', donde adquirí la edición de Crébillon impresa en 1812 por Didot. En las tapas de vitela verde se observa todavía la fuerza del estilo que conservaba el imperio... Francia disfruta todavía de las ventajas de esta tradición que se transmite por herencia, y es de esperar que la conserve gracias a su política que, en general, puede considerarse razonable. Porque, ¿qué es lo que importa ahora en este país? Que no se destruyan sus viejos nidos, las ciudades, sobre cuyas ruinas se levantarían sucursales de Chicago, como ocurrirá con Alemania...".

En 1942 fue enviado al Frente Ruso y vivió en carne propia la derrota de las tropas nazis, el hambre, el frío, la desesperación. En 1944 dimitió del Ejército después del

atentado contra Hitler y se retiró a Kirchhorst, donde recibió la noticia de la muerte de su hijo. La verdad es que su hijo fue enviado a un batallón de castigo por sus ideas subversivas y encontró un fin misterioso, lo que explica que se negara a enfrentar a los norteamericanos en la captura de Alemania. Para él la guerra ya había concluido con una devastación espiritual intensa e imborrable.

Desde otros silencios.

Stuart Hood, traductor de "Auf den Marmorklippen", visitó a Jünger en septiembre de 1945 y lo encontró delgado, impecable, preciso. Entre las cosas que reseñó de la reunión, al principio difícil, se encuentra el hecho de que el novelista se declaró francófilo. "Discutimos", escribió Hood, "de literatura alemana. Me expresó su disgusto por Thomas Mann y su estilo... Él admira a Rivarol, a quien ha traducido. Yo no sabía nada en absoluto de Rivarol. (Fue un autor que satirizó a la monarquía en los tiempos de la Revolución Francesa y acabó sus días como refugiado en Alemania...) Sus modelos literarios, me declaró, fueron franceses...". Esta afirmación es cierta y subraya una de las grandes paradojas del escritor: admirador decidido de la claridad francesa, optó por un estilo enrevesado, metafísico. Lo que parece haberle interesado, más bien, fue el cuidado por el estilo y la contundencia en la expresión. Tenía la idea de que la literatura no es un acto gratuito: "La misión del autor... consiste en la creación de una patria, de una residencia espiritual...".

Prohibidos sus libros por los aliados, recurrió a publicaciones extranjeras: "Der Friede" (La paz) apareció en 1946 en Amsterdam. En 1947 publicó "Atlantische Fahrt" (Viaje Atlántico) y un año más tarde "Aus der goldenen Muschel" (La concha de oro), un diario de viajes. El año 1949 conmovió al mundo con dos libros suyos: su diario de guerra y "Heliópolis", una de sus novelas más alegóricas y complejas. El relato, entre diálogos, monólogos y páginas de diario, presenta una ciudad del futuro, Heliópolis, en la que un personaje inolvidable, Lucius, debe elegir entre el partido de Landvogt, cultor de lo colectivo y el Procónsul, defensor de lo individual, sin que al final se decida. En 1950 renovó su apuesta por el nihilismo con "Ueber die Linie" (Sobre la línea), difícil homenaje a Heidegger en el que proporciona, aparte de los nombres de Poe, Leon Bloy, Rimbaud como lecturas privilegiadas, una perspectiva conceptual del mundo contemporáneo. Libro extremadamente confuso, resulta memorable por hacer de Nietzsche un punto de partida de análisis del hombre moderno e invitar a superar los valores mediante una vía nihilista: "Un camino que ni hacia dentro ni hacia fuera es seguro nos pertenece". Levantar la cabeza y mirar por encima de la línea es, entonces, descubrir las señales del nuevo orden. Hacia 1951 publicó "Der Waldgang" (Paseo por el bosque); en 1952, "Die Eberjagd" y "Besuch auf Godenholm" (Visita a Godenholm), esta última una novela corta digna de múltiples relecturas y, me atrevería a sugerir, una de sus preferidas. En resumidas cuentas, narra, y bien vale detenerse en este punto, la llegada de Möltner, médico, Einar, arqueólogo y Ulma, joven nórdica, a una isla donde vive un anciano, Schwarzenberg, maestro iniciático que posee el don de hacer ver lo oculto a través de visiones personales. Lo mágico, impulsivo, es la atmósfera: la cercanía a los símbolos y arquetipos del mundo y tal vez sean estas líneas el índice para exponer las condiciones de la estructura de este y otros textos de Jünger: "...no veía la historia, la historia natural, la cosmogonía, como desarrollo, imaginándolas, como es costumbre, en forma de líneas, espirales o círculos, sino que las veía más bien como una serie de calotas esféricas envolviendo núcleos atemporales, sin expandir. Desde esos núcleos se emitían los prototipos y las cualidades hasta los lugares más distantes... La creación no estaba sólo en el acto inicial sino que podía continuarse en cualquier punto que prendiera en lo inexpandido". En 1953 publicó "Der gordische Knoten" (El nudo gordiano), ensayo político sobre las tensiones entre oriente y occidente; en 1954, "Das Sanduhrbuch" (El libro del reloj de arena), indagación sobre el tiempo; en 1956

tradujo y prologó los escritos de Rivarol; en 1957 apareció la novela "Gaeserne Bienen" y en 1959, el ensayo "An der Zeitmauer" (Junto al muro del tiempo), que explora los cambios mundiales y la inminente catástrofe del hombre. Hermann Hesse, en una reseña prudente de este volumen hecha en 1960, escribió: "...Me ha instruido y corregido en los terrenos de las ciencias naturales y de la técnica en los que estoy atrasado. En lo humano y moral no me ha cambiado, pero sí fortalecido agradablemente".

Ya desde 1950 vivía con Gretha, su gran amor, en Wilflingen, en la casa del guardabosque del castillo de una familia amiga. Su esposa murió en 1960 y sobrevino un período corto de depresión con una boda posterior (dos años después): esta vez la mujer era una archivista, Liselotte Lohrer. Entre 1962 y 1966, viajó por Egipto, Sudán y Angola. La tendencia prolífica se multiplicó en los años posteriores de tal manera que de los 60 a los 70 logró ver editados unos diez libros, algunos de ellos menores y al menos una obra maestra, continuación de lo planteado en Heliópolis, con el título de "Eumeswil" (1977), a la cual hay sociedades enteras que le dedican revistas y amplias monografías. En esta utopía, Venator, historiador al servicio del régimen del Cóndor, mantiene un diario secreto que permite informar sobre la situación real de terror. Del resto de los textos, habría que mencionar "Der Elstaat" y "Sgraffitti" de 1960, "Typus, Name, Gestalt" y "Maxima-Minima" de 1963, "Annaeherungen: Drogen und Rausch" (Aproximación a las drogas y a la intoxicación, 1970) y "Die Zwille" (1973), novela con ciertas reminiscencias de la infancia.

Retiro y reconocimiento.

La década de los ochenta rescató a Ernst Jünger del olvido y, libro a libro, lo transformó en una figura pública discutida, polémica, pero por sobre todo admirada. El premio Goethe 1982 y el premio de la Fundación Cino del Duca predispusieron a muchos sectores en su contra y sirvió para que nuevas generaciones leyeran sus obras sin prejuicios de ninguna clase. En 1983 publicó la novela "Aladins Problem" y una colección de aforismos literarios que muy pronto se popularizó en todos los idiomas: "Autor und Autorschaft". Para 1985 condescendió con la novela policial y aportó un relato titulado "Eine gefaehrliche Begegnung" con un escenario parisino. La llegada del cometa Halley despertó en él numerosos recuerdos y los compiló en "Zwei Mal Halley", que apareció en 1987. Admirador de "Las mil y una noches", releyó una y otra vez el clásico y continuó sus investigaciones naturalistas.

Escéptico, sorprendido, en todo caso feliz, vio cómo pasó de un escritor marginado a ser un personaje solicitado por los medios de comunicación, abordado por estudiantes y políticos, y pudo ver, cuestión en la que pocos lo igualan, la total ruina de Alemania y su renacimiento, su división y su unión, la caída del imperio soviético, todo lo cual lo llevó a preparar un libro extraño, "Die Schere" (1990), un testamento espiritual en el que propuso algunas reflexiones sobre el ser, la modernidad, la muerte, la dignidad humana, la literatura y la filosofía en pleno fin de siglo. En 1995 donó todos sus documentos al Archivo de Literatura Alemana de Marbach y legó 40.000 especímenes entomológicos para su análisis y conservación. "Aquí está un hombre libre", dijo de Jünger, conmovido, aterido por su presencia imponente, el entonces presidente de Francia, François Miterrand, cuando, acompañado por Helmuth Kohl, lo visitó, en 1995, en su aldea de Wilflingen para hacerle un modesto homenaje en su centésimo aniversario. Pocas palabras tan ciertas. Ahora, tras su muerte, noto que la discusión vuelve a abrirse y se ignora que el gran escritor es un hombre peligrosamente libre. Negar a Jünger por su apoyo temprano a los nazis o a Ezra Pound, Louis Ferdinand Céline, Martin Heidegger, es olvidar que esas circunstancias históricas son pasajeras y que sus obras trascienden el equívoco político. En el fondo, se trata de entender que no puede dejar de leerse a un Francis Bacon por haber sido un funcionario corrupto o a un Jenofonte por servir como soldado mercenario en una guerra interna en Persia. Eso es todo.

ERNST JÜNGER ESCRITURA EN TIEMPOS DE CATÁSTROFE

Joaquín Fernandois

Impulso inicial del aventurero

Nacido en 1895, constituye una figura singularísima en la literatura del siglo XX. Con una obra literaria que se extiende desde 1920 hasta la actualidad, en sus escritos de juventud mostró —de acuerdo a las poderosas fuerzas epocales de 1920 y comienzos de 1930— una *esperanza* en la Historia según la cara del "espíritu de los tiempos". Se da en él una rara combinación de activismo vital y mentalidad contemplativa, como parte de la generación que creyó que la *participación* —o "compromiso", si se prefiere— funde la escritura con una suerte de realización absoluta.

En el caso de nuestro autor, el activismo le ha conferido un aura que no pocas veces ha parecido una maldición. En 1913, el joven Jünger, todavía un adolescente, se escapa por unos meses a la Legión Extranjera. Voluntario en 1914, asciende rápidamente de soldado raso a oficial en las *Sturmtruppen*, unidades de elites que encabezaban las grandes ofensivas. Herido numerosas veces, es inolvidable su recuerdo de la legendaria ofensiva del 21 de marzo de 1918. Las condecoraciones se suman: Cruz de Hierro, de las diversas clases; Cruz de Caballero, y, finalmente, la coronación en un ejército donde estaba vivo algo del ethos del antiguo régimen, la condecoración *Pour la Mérite*, tan raramente concedida que la decidía el propio Emperador. El Mariscal Hindenburg se opuso, no por falta de méritos, sino porque era demasiado joven y se podía envanecer. Con los años, el Mariscal se convertiría en una figura respetada por el célebre escritor.

En los primeros años de la República de Weimar será un activo polemista y articulista dentro de la cultura del nacionalismo alemán revolucionario, que unía pasión revolucionaria y extremo conservadurismo antiliberal. En este sentido existe un elemento fascistizante en el Jünger joven, que ha constituido hasta nuestros días un punto de referencia espectacular. Nunca fue nazi, pero de los años 1925-1933 existen referencias ambiguas a ese movimiento, es decir, positivas *y* negativas. El asunto es que en su lenguaje ideológico —con nivel, pero dentro de *esa* esfera— Jünger creyó identificar el espíritu de la Historia con un tipo de actitud que en la política real no podía sino llevar a una suerte de "parafascismo."

En algunos pocos esto significó en esos años el acompañar al desarrollo de Leviatán hasta sus últimas consecuencias, hasta el fin; en muchos casos creó la ilusión de una suerte de Parusía (¡qué fantasía más recurrente en este siglo!). Conocidos son los casos de Martin Heidegger y Carl Schmitt, que fueron más allá de Jünger y apoyaron al régimen, al menos en sus primeros años. Como se verá en la antología, nuestro autor no dejará después de defenderlos. En otros llevó al canto del comunismo y la justificación del exterminio (Lukacs y Brecht). Este tema no es otro que aquel de la tentación totalitaria, que hoy día una conciencia autosatisfecha cree haber superado, pero que de manera insidiosa se manifiesta de mil maneras. Porque es un fenómeno que ha acompañado a todas las grandes civilizaciones, sólo que la modernidad la ha puesto bajo nueva luz.

Pero una cosa es la actividad de Jünger como escritor político en publicaciones de batalla; otra su obra literaria de estos años juveniles. Ésta se divide a grandes rasgos en tres grandes manifestaciones. La primera de ellas ha sido una piedra de escándalo, ya que ahí hay una aceptación entusiasta de la guerra. La primera posguerra es conocida por el estado de ánimo pacifista y antibelicista que dominó la mayoría de las tendencias intelectuales y artísticas. Pero también hubo una recepción positiva de la

experiencia de la guerra, o *Kriegserlebnis*. Es en esta sensibilidad en la que se coloca Jünger, y ve en la guerra una inmersión en el *ser*, pero a la vez poniéndola fuera de las querellas nacionales y nacionalistas. Fue el último cantor de la guerra "tradicional" en donde aparece el guerrero como posibilidad de *oficio*. Después una combinación de guerra ideológica, técnica y mercenaria ha sepultado a ese tipo humano. En los 1920 —principalmente en sus clásicos, *Tempestades de acero, Fuego y sangre, La guerra como experiencia interior*, y otros—, el autor todavía mantenía una confianza naive en la virtualidad cultual de la experiencia bélica, sin prestar atención al uso ideológico de este lenguaje por parte de las tendencias fascistas (y en cierta manera, después de 1945, por el marxismo).

Un segundo rasgo de esta obra temprana está en su percepción de la técnica y en la descripción del "tipo del trabajador". Su obra *Der Arbeiter* (*El trabajador*) ha sido una de las grandes incógnitas del ensayo político del siglo. Ha fascinado y horrorizado; ambas reacciones perduran hasta nuestros días. El espíritu colectivo del trabajo animado por la "figura del trabajador" hace ver en la técnica una *necesidad a quererse*. Fue interpretada correctamente como una suerte de manifiesto totalitario en donde se describe con lucidez y entusiasmo la aparentemente imparable marejada de unificación planetaria promovida por la técnica. Esto es sorprendente, ya que se ve como claramente ontradictorio con otros elementos de su obra temprana: la nostalgia, el respeto por el Único —quizás lo más valioso de *toda* su obra—, el heroísmo, el ejemplo de las "posiciones perdidas" condenadas a ser exterminadas, pero que representan el núcleo inmortal del hombre. Pero aquí en cambio —y en *La movilización total*— se describe con una aparente frialdad o, más bien, clínica distancia, la conversión de la sociedad con el desenvolvimiento arrollador de la técnica, guiada por el único tipo humano que ahora posee *sentido*: el trabajador.

Después Jünger se ha distanciado en los hechos, pero no de manera expresa, de estas proclamaciones. Esto, como se verá luego, nos lleva al problema de la aproximación a lo político de toda su obra temprana. En los hechos, es decir, en su palabra escrita, la vía de trascendencia que el autor propone lleva a horizontes muy diferentes. Con todo, *El trabajador* parece una mezcla de alucinante visión del futuro —en este sentido una "utopía pesimista" como en Orwell—, junto a un tono de entusiasmo e invitación a participar en la obra del trabajador.

Se trata de una suerte de *activo*, ya que el "trabajo es el tiempo del puño, del pensamiento, del corazón, la vida de día y de noche, la ciencia, el amor, el arte, la fe, el culto, la guerra; el trabajo es la oscilación del átomo y la fuerza que mueve las estrellas y al sistema solar."1 El autor ha defendido su libro, y los defensores del mismo se han hallado en los más encontrados rincones; hasta el día de hoy ha suscitado una extraña fascinación. Sin embargo, toda su obra posterior constituye una toma de distancia ante lo que aparece o como su última ebriedad juvenil, o como un *juego* para mostrar el advenimiento de la era desalmada de los *titanes*, una de sus figuras favoritas para definir el diagnóstico de nuestro tiempo.

El libro consiste, por una parte, en una *descripción* del advenimiento de la era del trabajador, y en este sentido constituye un diagnóstico de nuestra era que puede ser utilizado desde las más diversas perspectivas. Así se podría considerar un párrafo como el siguiente:

El trabajo no es, por tanto, actividad en general, sino que es la expresión de un ser especial que intenta llenar su espacio propio, henchir su tiempo propio, cumplir sus leyes propias. De ahí que el trabajo no conozca nada que se le oponga fuera de sí, no conozca ninguna antítesis; se parece al fuego, el cual devora y transforma todas las cosas susceptibles de combustión y al que sólo puede disputarle el terreno su propio principio, es decir, un contrafuego.

El espacio de trabajo es ilimitado, de igual manera que la jornada de trabajo abarca

veinticuatro horas. Lo contrario del trabajo no es el descanso o el ocio; no hay, desde este ángulo de visión, ninguna situación que no sea concebida como ángulo de trabajo. Como ejemplo práctico de esto cabe mencionar el modo que hoy se entregan los seres humanos a sus esparcimientos. Estos esparcimientos, o bien exhiben, como ocurre en el deporte, un patentísimo carácter de trabajo, o bien representan dentro del trabajo un contrapeso coloreado de juego, como ocurre en las diversiones, en las festividades técnicas, en las estancias en el campo, pero de ninguna manera representan lo contrario del trabajo. Con esto guarda relación el absurdo creciente de los domingos y días festivos de viejo estilo; de los domingos y días festivos de ese calendario que corresponde cada vez menos al ritmo modificado de la vida *(El Trabajador. Dominio y figura, Barcelona, Tusquets, 1993).*

Este párrafo se puede leer como una "crítica de la cultura", una visión distanciada y pesimista acerca de las cualidades civilizadoras de la sociedad moderna, y el autor penetró en un trasfondo de nuestro tiempo. Quizás se le puede añadir que existe un énfasis unilateral en los peligros del mundo moderno. Pero existe otro elemento que distingue a *El trabajador*, el entusiasmo con que acepta la realidad, que tiene mucho de un *pathos* de rasgos totalitarios:

Considerado de ese modo, el trabajador se halla en un punto tal que en él no es ya aplicable la destrucción. Esto rige a su vez para el mundo entendido como ciencia. Lo que en el primer caso se hace notar como la ausencia de una oposición esencial, de un contrario, en el segundo aparece como una imparcialidad nueva, como un servicio nuevo que la *ratio* presta al ser, un servicio que abre brecha en la zona del conocimiento puro y de sus defensas —esto es, de la duda— e instaura con ello la posibilidad de la fe. Es menester hallarse en los sitios donde cabe concebir la destrucción no como una clausura o término, sino como una anticipación. Es preciso ver que el futuro logra intervenir en el pasado y en el presente.

Una visión como esta no se refiere únicamente al nazismo, ni siquiera a las ideologías y sistemas totalitarios (aunque en *este* libro hay indicaciones favorables a ciertos rasgos de la URSS). Se trata de que refleja un rasgo de la civilización moderna de querer vincular el advenimiento de la sociedad industrial con una esperanza de escatología secularizada, que en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría adquiere una dimensión política. Como se dijo, la obra posterior de Jünger tomará esta posibilidad como objeto de crítica, pero aquí se realizó una labor de *medium*.

Por último, en este período se da otro tipo de obra —que es un lenguaje también presente en las obras señaladas—, ejemplificada por *El corazón aventurero* (1929), una colección de ensayos publicada como *Hojas y guijarros* (1934) y una alusión a su aventura en la Legión Extranjera, *Juegos africanos*. En esta literatura ya se anuncia lo que será la madurez del gran escritor, el interés "estereoscópico" por el cual ve la realidad simultáneamente como una experiencia en el sentido del "realismo", y a la vez la maravilla e indicación de *trascendencia* que se percibe en la misma. Una expresión como "realismo mágico" sería insuficiente para caracterizar esta prosa de la que está ausente una destacada intención lúdica. La prosa es más bien un acto de ir más allá, de proyectarse a lo permanente de la existencia.

Es la correspondencia con el acto heroico, que no tiene por qué tener "causas" para existir. Como lo ha dicho ya a los noventa años, la gloria "es como la cola inflamada de un cometa, que centellea todavía algún tiempo en la estela de la obra. Uno puede entonces preguntarse cuál es el propósito de la escritura, suponiendo que haya alguno: es el instante creador mismo en que algo se produce fuera del tiempo, el cual ya no puede ser anulado. El universo se ha afirmado en el individuo, y esto debe bastar, así sea que a algún otro se le ocurra o no". Esto permite una licencia poética, que es la exploración por los confines ambiguos, aun al riesgo de producir ambigüedades, pues se transita por áreas un tanto antitéticas de la

existencia. "Libros, que sólo llevan el nombre de tal, pero que en verdad son máquinas para la transformación del hombre. El lector entra en un gabinete henchido de rayos ultra. Cuando ha leído un libro, ha llegado a ser otro. Y la lectura será otra, acompañada de la conciencia del peligro."

Maduración: la escritura como salvación

La escritura como rito, como consagración; y la escritura como *aventura* en la zona del *peligro*. Aquí está condensada la misión que el escritor se ha impuesto, en toda su hondura y en toda su ambigüedad. Por una parte se trata de salvar al hombre por medio de la literatura; por la otra de una exploración distanciada que admira la maravilla, pero que toma una distancia íntima ante la Historia como suceder.

No sólo el proceso histórico (sea lo que fuere lo que se entienda por ello) le es indiferente como campo de la acción, sino que la vida de la sociedad como organización, porque, parece decir, el hombre siempre se pierde en ese espacio: la retórica vacua y la funcionalidad en que consiste su meta devoran el crecimiento espiritual. Pero al mismo tiempo la acción de riesgo, por medios literarios, evoca con fuerza un pathos del guerrero y del aventurero como Alonso Quijano y Don Quijote (lo nombra repetidamente). Si esto tiene consecuencias políticas para el lector, entonces se pueden formar los malentendidos que se han desarrollado a partir de su obra temprana. Este es un destino de su escritura, similar a la de su admirado Nietzsche o la de su contemporáneo y amigo Heidegger.

Con todo, de aquí también arranca una exploración que se constituye en un sutil y poderoso aporte al pensamiento político y a la interpretación de la historia del siglo XX. En primer lugar, destacan en la década 1939-1949 tres obras que han pasado a ser parte de *la* literatura de nuestro tiempo:

Sobre los acantilados de mármol, Radiaciones y *Heliópolis*, y de las cuales se nutrirá preferentemente esta selección. La primera es una novela que se pone en cierta manera en el género de las "utopías pesimistas" como las de Orwell. Ya no se describe un "mundo feliz", sino que la destrucción de un orden, que no consiste sólo en la decadencia de las instituciones y las funciones, sino en una pugna moral que toca a todos los hombres. Lo peor que se teme sucederá necesariamente, y el ser humano se verá sometido a las más crueles injusticias. La reacción mecánica, que sólo piensa en términos de poder, de categorías y de armas se probará ampliamente insuficiente. Sólo el crecimiento interior y el aprecio por la *gratuidad* de la existencia pueden establecer un puente a la salvación, que es y no es de "este mundo", es decir, de la Historia que es inescapable y devoradora a la vez.

Las dos novelas presentan las características de todas las que les siguen, hasta nuestros días. Sus personajes, el tema, el paisaje, los parlamentos y los desenlaces no constituyen una historia concreta, ni un enigma que el lector siga con tensión por la incógnita de su desarrollo y probable fin. Tampoco son "novelas en clave", en las cuales cada personaje y situación tiene su correspondencia con la realidad "verdadera"; se trata más bien de una escritura de significación eminentemente simbólica. Aquí yacen muchos de los equívocos de *Sobre los acantilados de mármol*.

En parte por orgullo, Jünger nunca se adjudicó este libro como "resistencia" al régimen nazi, como fue vastamente interpretado en el extranjero; para el autor, se trata más bien de defender la universalidad y permanencia de su valor. El tema puede ser considerado como una recurrencia de la obra jüngeriana, la descomposición y derrumbe de un orden. Y la actitud que ante esta situación puede y debe tomar la individualidad, el "único" (*der Einzelne*), de manera de acceder a su núcleo indestructible, lo perdurable.

En *Heliópolis* se da una situación similar, pero más elaborada y con una prosa que puede figurar entre la mejor de Jünger. El héroe tiene en parte la actitud de Hans Castorp de Thomas Mann, la duda no sobre

el campo al que debe servir, sino sobre el sentido de la eficacia. Definitivamente prefiere la lealtad personal, aunque también da tributo a las fuerzas que pueden protegerlo, aunque no redimir el derrumbe del orden social. La novela tiene algunas insuficiencias, o más bien, presenta insatisfacciones para el lector que recibe tanto de su autor, y que me parece es algo que se presenta en todas sus novelas posteriores. Sus personajes son quizás demasiado simbólicos. Especialmente débiles son los personajes femeninos, en cuanto les falta corporeidad; la mujer ocupa un papel que le resta individualidad, y el eros —aparte de comentarios inteligentes— no abre a una comprensión estremecedora, como es la marca de una gran literatura en este plano. En estas novelas, y en casi todos sus ensayos también, el autor ofrece otro tema, sus consideraciones sobre la naturaleza, su amor por las flores, plantas y animales, los insectos. En el hecho ha llegado a ser un entomólogo de fama dentro del gremio. No pocas veces este rasgo adquiere connotaciones extrañas, alucinantes, y es imposible no pensar en una suerte de panteísmo. En todo caso, el orden de la naturaleza se le aparece como un refugio del hombre, mucho antes de que las modas ecologistas contemporáneas convirtieran esto en un fetiche.

Hay otro elemento en las novelas (en casi todas las que ha escrito) que es fundamental para su comprensión. La ambientación está dada por un paisaje social más allá de la modernidad, una suerte de poshistoria, al menos de la cultura occidental. Podríamos definirla como "posmoderna", sino fuera porque este calificativo nos está prohibido usarlo con ganancia, ya que se ha convertido por arte de la moda en artículo de supermercado intelectual. Más bien las novelas reflejan la atmósfera en la cual se han desarrollado y concluido hasta su último extremo los conflictos que caracterizan a la modernidad. Desde luego no se trata de un tema "posmoderno" como la charlatanería en boga lo podría interpretar, sino de una forma de considerar a nuestro mundo desde una perspectiva que deje intocado un centro espiritual del hombre. Por lo demás, Jünger puede ser considerado como un representante de la visión cíclica de la historia; sólo que esto ha sido un fenómeno que ha acompañado desde mucho al desarrollo del mundo moderno, tanto que casi se le puede considerar una de sus muchas manifestaciones.

La tercera obra de este período, con las que se constituye en un escritor de magnitud, son sus diarios de la época de guerra, *Strahlungen*, o *Radiaciones* como han sido traducidos. El título indica hacia una sustancia jüngeriana: la luz y la oscuridad son perfectamente distinguibles, pero se presentan en rápida sucesión, y parecen inextricables. Ellas construyen "finas rejas de luz y sombra", cuyo objetivo final es mirar al "orden visible de las cosas según su rango invisible." En el fondo hay un rasgo común con la empresa de juventud y con la posterior, la cotidianeidad debe ser tomada de forma "estereoscópica", como el tránsito de lo banal a lo maravilloso.

El telón de fondo es fundamentalmente su vida como miembro del gobierno militar alemán en París, bajo el mando/protección del general Heinrich von Stülpnagel, después ejecutado por participar en el intento de golpe contra Hitler. Hay pocos testimonios de la guerra tan ricos en mostrar la intensidad de las ambigüedades, contradicciones y dilemas angustiosos a los que la tragedia *titánica* colocó a sus participantes. Se trata de una obra testimonial, pero está lejos de agotarse en este aspecto. Aunque quedará como uno de los documentos más ricos de reflexión que provocó un conflicto paradigmático como ninguno, el *Diario* (o *Radiaciones*) es sobre todo un texto de "diagnóstico" sobre el sentido de la historia de nuestro siglo y del puesto posible para el hombre ante el acontecer. Anotemos que además es la obra donde más se acerca al cristianismo, pero ni aun en este texto se le puede entender como a un autor específicamente cristiano, aunque la religión como una vía salvífica sea fundamental en la obra total.

En estos años se afinca otra idea que venía de antes, pero que ahora definirá el espíritu de la obra total, la de la *verlorener Posten* "posición perdida" (o "avanzada perdida"). Un símil bélico, que se inspira en el pelotón que combate hasta el último hombre aunque la causa esté perdida y sus jefes ya no sepan nada de ella, aunque las ideas por las que mueran ya no signifiquen nada a nadie, pero donde la disposición a morir sin caer en la fiebre homicida le otorga un sentido que la muerte no puede extinguir. Hay que añadir que aun cuando un cierto "realismo heroico" de la obra temprana podría haberlo llevado hacia las aguas del existencialismo —de hecho Heidegger influyó en los franceses—, lo distingue de ese estado de ánimo la idea de que la defensa individual no es mero recurso contra el absurdo que se agita en sí mismo; al contrario, es la manera de encontrar un sentido trascendente.

La permanencia del autor

Las mismas ideas marcarían también el desarrollo posterior de nuestro autor. En una sucesión de ensayos y novelas mantiene una presencia imponente, no exenta de fuerte controversia —ocasionada casi invariablemente por su obra temprana—, en la literatura contemporánea, aunque no se le pueda clasificar en corriente alguna. Aquí se presenta una lista incompleta. El contundente ensayo *Más allá de la línea* (1950) que constituye un diálogo con Heidegger. *Tratado del rebelde* (1951), traducido también como *La emboscadura* (que rebela la dificultad de traducción; en alemán es *Der Waldgang*), en donde la posibilidad de retiro a una selva interior ha fascinado a generaciones.

Rivarol (1956), un prólogo a la antología de este autor epigramático, un ilustrado que usa las armas de la Ilustración para criticar a la Revolución Francesa, con el que Jünger siempre ha sentido un parentesco; este prólogo es una de las manifestaciones políticas más importantes del autor y adicionalmente es una defensa contra la crítica de ser un dandi. *El libro del reloj de arena* (1957), en donde parte de su fascinación por un tipo de medición del tiempo que todavía no llega al "tiempo mecánico" del reloj posterior, y deja ver el diagnóstico sobre la civilización contemporánea. *Abejas de cristal* (1957), otra novela de anticipación. *En la muralla del tiempo* (1959), un ensayo en donde intenta reconciliar al hombre con la naturaleza, con el que círculos ecologistas posteriores —de los que el autor guarda distancia, como con alguna extrema derecha que lo sigue venerando— se ha identificado.

En *Máxima-mínima* (1964) pone la otra cara de *El trabajador*, el peligro del domino técnico y la respuesta posible. En *Aproximaciones* (1970) habla sobre sus experimentos con drogas en su juventud, y sobre los grados de ebriedad, su valor ritual y cognitivo, y la pérdida del mismo en una era de degradación de lo sacral. En *Eumeswil* (1977) Jünger ofrece algo extremadamente típico en él, la figura del "anarca", que vive en el mundo y la sociedad, en la historia y en los entrecruces familiares y personales, pero no le pertenece a ninguna de esas esferas; personaje con algo de ambigüedad, puede revivir las polémicas en torno al rasgo dandista del autor.

En *El autor y la escritura* (1984) lleva a una cumbre el arte epigramático, el desarrollo de frases breves, pensamientos que se expresan con austeridad de palabras, pero que se hilan en circunvalaciones en torno a los mismos problemas. También en *El problema de Aladino* (1983) surgen todos sus temas en torno a la reflexión por la industrialización del culto a la muerte, que no es sino otra faz del intento de olvidar la muerte en la civilización actual, uno de los temas recurrentes en Jünger.

Los noventa años los celebra con una novela galante- policial, *Encuentros peligrosos* (1985), o una inquisión policial que termina explorando la condición humana. Su amor por la naturaleza, por los viajes en un mundo donde ha terminado el viaje, y su reflexión sobre la historia del siglo vuelve en *Dos veces Holley* (1987), acerca de su viaje a Indonesia y Malasia en el año del cometa, que él ya había visto en 1910; la paradoja del desencanto no es sino una metáfora de la

angustia de la civilización. *Die Schere* (*La tijera*, 1990), meditación sobre la vida más allá de la muerte. Su pasión por el viaje y la diferencia de culturas (alejado de las modas multiculturalistas en bogas en estos años) se reúne en una de las muchas colecciones acerca de sus diarios de viaje, *De la concha de oro. Paseos por el Mediterráneo* (1984), entre otras cosas un testimonio de su favoritismo por las culturas mediterráneas.

En la década de 1980 las cosas han cambiado un tanto para la irradiación del autor. La edad avanzada junto a la permanencia de su fertilidad han atraído la atención. Numerosos premios han revivido la polémica, pero por sobre todo ha recibido abrumadores tributos de reconocimiento, llegando a la espectacularidad como su relación con François Mitterrand. En realidad, en Francia nunca dejó de ser un escritor apreciado. Su expansión por el mundo latino, especialmente el hispanoamericano, ha sido otro fenómeno que ha llegado a destacar el carácter de escritor paradigmático del siglo, y que a la vez se niega a ser meramente un hombre del siglo. Quizás aquí está la llave de su importancia. Desde luego Jünger es un escritor polifacético, no sólo en sus temas sino también en sus aproximaciones.

Cada nueva obra trae consigo una sorpresa y una faz nueva. Quienes lo siguen no pueden seguirlo en *toda* la obra. Algún juego de su escritura siempre encontrará nuestra extrañeza y quizás nuestro rechazo. El autor se ha defendido de la crítica de ser un dandi: aquel que por medio del esteticismo proclamado como programa de vida quiere establecer una clara demarcación entre él y la masa inculta. Jünger no quiere identificarse con el desprecio social que se encuentra en el dandi. Por otro lado su noción de la *désinvolture* tiene mucho de la soledad orgullosa y anárquica. También se relaciona con la creación cotidiana de una libertad interior, una contrapartida ante el avance arrollador del paisaje de la planificación de la vida y la dinamización de las fuerzas naturales, dos imágenes que de diversa manera se encuentran entre los demonios del autor.

El escritor y el orden social: problema y salvación

Es cierto que la obra jüngeriana no carece de problemas, más allá de la polémica ocasionada por parte de sus publicaciones de la ya lejana juventud. La figura del anarca, y más atrás la del rebelde o de quien ingresa al camino del bosque, la "emboscadura", despierta una sensación de incertidumbre. En el camino del bosque, el de la libertad plena y peligrosa a la que se puede recurrir cuando el vínculo del hombre con el mundo se desmorona. La salida sólo puede ser un crecimiento interior que en el sólo internarse por el camino tiene efecto salvífico.

En el anarca esto se complica un poco más. "Este es uno de los emolumentos del anarca: que se le recompensa y distingue por cosas que hace adicionalmente o incluso contra lo que se quería de él."6 ¿Yace aquí, en el fondo, un llamado a la inacción? ¿O a la indiferencia egocéntrica? El autor lo negaría, pero se trata de una escritura que no puede ser leída como un complemento de la acción y relación del hombre con la sociedad. El manejo del orden social requiere de las facultades organizacionales del hombre, pero a la vez es el campo de lo efímero, o al menos de lo irremediablemente condenado, y con ello desengaña acerca de los furores que en un momento se presentan como los puntos cardinales de las creencias de época. En este sentido, la obra de Jünger como observador de los huracanes políticos del siglo, y diagnosticador (para tomar una caracterización que me fue sugerida por el historiador Mario Góngora) de la Historia, tiene gran valor testimonial.

En el hecho no se puede construir un ideario político a partir de Jünger. Se puede pensar a la sociedad y a la historia a partir de su escritura, pero no levantar un edificio conceptual para la acción política y social. No es que Jünger sea un pensador apolítico, que está más allá de la esfera en que se juega la construcción del orden social. Más bien, Jünger es un pensador *pre-político*, que entrega una palabra imantada de un "más allá" y que a la vez entrega una sutil y

potente comprensión de nuestra era. El lector penetra a una escritura que ayuda a comprender a la política —en su acepción más amplia, sobre todo como el presunto "proceso histórico"— y a sobrevivir espiritualmente ante ella. Pero, con una disposición de ánimo como esta, ¿se puede desarrollar el vínculo necesario del individuo —de la individualidad— con su orden social, donde comienza toda política? Quien se inspire en este autor para proyectar su administración del poder, caerá en los mismos errores trágicos de sus antecesores de los años 1920; pero esta vez al escritor no se le podrá achacar responsabilidad alguna.

Si se cree —como en la tradición de pensamiento político de un Tocqueville, por ejemplo— que en lo político, el espacio público donde se administran en competencia de poder los problemas públicos, las inspiraciones políticas deben provenir de pensadores y fundadores de proposiciones vitales de tipo político, un pensamiento como el de Jünger es claramente insuficiente. Pero también desde este punto de partida se reconocerá que para que esas inspiraciones no devengan en instrumentos de poder nihilistas, deben estar apoyadas por la palabra que no rehúse una mirada a ese espacio, pero que esté situada más allá de él, que afinque en una raíz que sobrepase a lo político y que auxilie al individuo.

Si se quiere que la sociedad y la vida humana que ahí se cobije, esté animada de espontaneidad y a la vez orientada a un orden posible, entonces además habrá que escuchar reverencialmente a lo *no* político. Así será testimonio de una gran civilización, es decir de un orden que trate de conciliar hasta donde sea posible y por momentos efímeros pero eternos, valores contradictorios pero mutuamente enriquecedores, entre los cuales el hombre se desplace como por una cuerda floja. Es en esa encrucijada entre lo pre-político y lo sencillamente no político donde se encuentra la palabra de Ernst Jünger, y por eso puede hablar tan lúcidamente acerca de los fundamentos de lo político.

Esta virtud jüngeriana es un órgano representativo de la totalidad de su obra, pero no su centro nervioso, el corazón semántico. Sin embargo, en sus contorsiones y contradicciones se destaca su persistencia en un empeño que no ceja desde *Tempestades de acero* en 1920. Las críticas de elitismo que han llovido sobre el autor se disuelven instantáneamente si se mira por un instante quién es el destinatario de su escritura: todo ser humano individual que vea en su vida la cualidad "estereoscópica". El hombre es lo que la psiquis y la biología determina, lo que la sociedad y la historia han preescrito, y a la vez una individualidad que alcanza ese rango en la medida en que vea la vida como auto-transformación, como "repetir la creación en lo perecedero".

De hecho Jünger, como su amigo Mircea Eliade, ha sido uno de los pocos que han podido mantener con credibilidad un arte que evoque el acto cultual sin caer en los lugares comunes de ciertas vanguardias. Pues también se trata de un escritor que como pocos en su obra madura (en *Sobre los acantilados de mármol* ya es muy claro) se insiste en el valor del sentido común y del criterio, como lo atestigua su admiración por Rivarol. Tuvo su aprendizaje en las aventuras de su primer período. Ahora el aventurero y el dandi se arroja teniendo como trasfondo las vidas y medidas de la simple humanidad, lo único que puede dar sentido a la *diferencia*, una noción que hoy día se desfigura hasta lo irreconocible.

Si el autor no ha sido quien nos introduce a los laberintos del poder y de la Historia como deidad que nos arrastra o nos aplasta, ni quien nos entrega el conocimiento del recinto donde se aprende el manejo de las fuerzas manipuladoras; en cambio es la mano alada que nos salva de sus consecuencias. La salvación se da en esta inmanencia, pero su punto de fuga está más allá de ella. Su prosa tiene una cualidad caritativa, dulce, casi se podría decir amorosa, que desgraciadamente casi siempre se debilita al ser traducida. Su origen en la figura del héroe (del "último héroe bélico" habría que añadir) no pretende ofrecer un arquetipo humano que esté en el

superhombre titánico, ya que es precisamente contra la carrera del éxito simbolizada en esta imagen contra la que él se rebela. Eso siempre lleva al camino de la frustración y de la catástrofe, ya que está tocado por la fatalidad de la era del "plan". "El modelo para el fracaso del plan lo representa el hundimiento del Titanic; esto constituye un punto de inflexión en la historia del progreso." El hombre que no se alza sobre su época en esta época, está condenado a experimentar su vida como absurdo.

Hay que mirarlo de otra manera. El autor se dirige *a cada* hombre en la posibilidad de que él alcance lo indestructible de sí mismo, a aquel que quiera cruzar la frontera que separa al individuo de la individualidad. Es una lectura que debe ser compañía fiel de todo ser humano que se encuentre atrapado en el cuarto oscuro de la desesperación; y por cierto pobre de aquel que no haya tenido este privilegio en el curso de su vida. En este sentido, el testigo único de todo el siglo en su faz más claramente catastrófica, ha respondido con una escritura en la cual existe un rasgo cultual que es mucho más que dandismo. Lejos de las estridencias de la lejana juventud, apunta caritativa y serenamente a una zona "más allá de la línea" en donde toda vida es reivindicada.



ERNST JÜNGER Y LA NUEVA DERECHA FRANCESA

Alain de Benoist

La Nueva Derecha, obviamente, no tiene que introducir el nombre de Ernst Jünger en Francia. Cuando la Nueva Derecha apareció a finales de la década de 1960, el autor de *Sobre los acantilados de mármol* era ya bien conocido por el público francés. De hecho, Jünger fue sin duda el escritor alemán más famoso y más leído de este lado del Rin. Esta situación, que siempre sorprende a los alemanes, se explica de varias maneras.

Jünger, en primer lugar, fue traducido relativamente pronto: sus principales obras de la Primera Guerra Mundial aparecieron a principios de la década de 1930, y de inmediato se hizo famoso. [1] Pero, sobre todo, Francia desempeñó un papel decisivo en la carrera de Jünger, así como en su vida y su formación espiritual y literaria. Desde su aventura juvenil en la Legión Extranjera, y la terrible experiencia de las trincheras, Francia nunca dejó de ocupar un lugar significativo en el corazón de Jünger, evidente en las muchas relaciones que mantenía con los franceses, su lectura de Barrès o Léon, sino también las traducciones que él mismo hizo de las *máximas* de Rivarol o textos de Guy de Maupassant y Paul Léautaud.

Por último, Jünger tuvo la suerte de encontrar siempre traductores al francés de gran talento, de Henri Thomas y Henri Plard a Julien François o Poncet Hervier muy sensibles a su estilo y su pensamiento para subrayar todos sus matices. "Creo", dijo Jünger en 1973, "que los franceses pueden apreciar cuándo un alemán se presenta como tal en lugar de buscar a toda costa asumir un rostro que no es el suyo." [2]

durante mucho tiempo sólo bajo el precio de una cierta ambigüedad. Por lo menos hasta alrededor de 1975, los franceses perciben a Ernst Jünger como una figura que pertenece exclusivamente al mundo literario. Por supuesto, el fondo político e histórico de su obra era conocido, pero no parecía ser un actor en este período, y en relación con su estancia en París bajo la ocupación, en su mayor parte, sólo sus amistades literarias fueron recordadas (Jean Cocteau, Paul Morand, Pierre Drieu La Rochelle, Sacha Guitry, Jean Giraudoux, Henry de Montherlant, Jean Schlumberger, etc), sobre todo relacionándolo con el salón de Florence Gould. ¿No había descrito Jünger a París como "la gran ciudad de los libros"? [3] Sus escritos políticos fueron ignorados por completo, al menos por el público en general. Los nombres de Franz Schauwecker, Hugo Fischer, Ernst Niekisch, Friedrich Hielscher, e incluso Carl Schmitt también se desconocen. En resumen, Jünger fue visto como un escritor y nada más. Por otra parte, el propio Jünger estaba, al parecer, no sólo muy satisfecho con esta situación, sino que contribuyó a ella siguiendo su camino, ya que se negó a permitir una traducción francesa de su gran libro de 1932, *Der Arbeiter.*

Sin embargo, fue precisamente sus libros sin traducir lo que, como consecuencia, había creado una especie de aura mítica que atrajo rápidamente el interés de la Nueva Derecha. Desde el comienzo de la década de 1960, conocía los libros de Jünger que ya habían sido publicados en francés. Yo había leído, por supuesto, sus cuentos de la Primera Guerra Mundial, pero tal vez, a diferencia de algunos de mis amigos, no me habían impresionado, sin duda debido a mi falta de interés en los asuntos militares. *Los Acantilados de Mármol* y *Juegos Africanos* me habían interesado más, al igual que *Heliópolis* y, en especial, el *tratado del Rebelde o el recurso al Bosque (Der Waldgang). El Estado Universal (Der Weltstaat),* por el contrario, más bien me repelía.

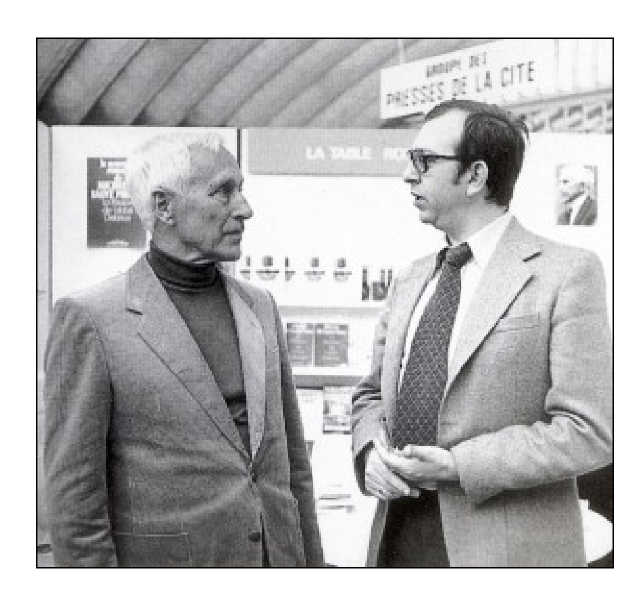
Obviamente, le debo el descubrimiento del "otro" Jünger a mi amigo Armin Mohler. Su *Handbuch der Konservative Revolución,* que yo trataba de descifrar con mi entonces rudimentario alemán, fue toda una revelación. En este vasto movimiento, con sus innumerables ramificaciones, yo de ninguna manera vi una corriente de pensamiento que no fuera más que un *Wegbereiter* con el nacionalsocialismo, como a veces se ha dicho, antes al contrario, se trababa de un curso histórico alternativo cuyo desarrollo y una mejor estructuración tal vez hubieran podido salvar al mundo de la catástrofe hitleriana.

En nuestras conversaciones, Armin Mohler a menudo hablaba sobre Jünger, de quien había sido su secretario privado durante varios años después de la guerra y sobre las cuales, sobre la base de su propia experiencia, alimentaba los sentimientos más ambivalentes. Considerando que había encontrado el joven movimiento conservador, el más interesante, política e intelectualmente, no ocultó su predilección por la corriente revolucionaria nacional. Yo era más reservado que él en el valor intrínseco de los conceptos de "nación" y "movimiento", pero la idea de la revolución sin lugar a dudas me sedujo.

Gracias a Mohler, descubrí que Jünger había colaborado en publicaciones neonacionalistas o revistas *bündisch* como *Arminio,* Die *Standarte,* o Die *Kommenden,* que había publicado *Der Arbeiter y* Die *total Mobilmachung,* que estaba conectado a la "Ernst Niekisch Nacional Bolchevique". Descubrí también los dibujos de A. Paul Weber, que me causaron una gran impresión. Todo lo que es bien conocido hoy en día, pero que entonces era para mí, en todo caso, una auténtica novedad.

Me apresuré a comunicar mis descubrimientos. Volví varias veces a la *Revolución Konservative,* mientras que algún día prometí publicar una traducción. [4] El primer resultado de estos esfuerzos fue la reedición por el GRECE (Groupement d'études et de recherche pour la européenne la civilización, la principal asociación de lo que todavía no se llamaba la "Nueva Derecha" [5]) en la forma de un pequeño libro de uno de los escasos textos ya

publicados en Francia en *Der Arbeiter:* Decombis Marcel, *Ernst Jünger et la «Konservative Revolución». Une analyse de « Der Arbeiter »* [*Ernst Jünger and the "Konservative Revolution." An analysis of "Der Arbeiter"*] (GRECE, Paris 1973).



Ernst Jünger y Alain de Benoist, Niza, 15 de mayo 1977

Con el trabajo de un germanista fallecido, este texto se ha ampliado con una breve bibliografía y un original prólogo escrito por Armin Mohler, quien presentó el trabajo de Jünger como "uno de los libros raros más grandes del siglo", pero también como un bloque "errático" en sus obras, no obstante haberlos calificado en su publicación en 1932 como "un extraordinario acontecimiento". Hablando del *trabajador* y de la primera versión de *El Corazón Aventurero (Das Abenteuerliche Herz),* después dijo: "Todavía hoy en día mi mano no puede recoger estas obras sin echar a temblar".

En su prólogo, también dijo Mohler por tres veces que *Der Arbeiter* era un "intraducible" trabajo. Lo hizo, sin embargo, terminando siendo traducido en 1989 por Julien Hervier, [6], sin, por otra parte, agitar la polémica que Jünger había temido desde hace tiempo.

En este momento, yo aún no había tenido conocimiento personal Jünger. Sin embargo, el 15 de mayo de 1977, cuando participé en el Festival del Libro Internacional de Niza para la Revista *Figaro* y Ediciones Copernic, que contó con un stand allí (yo acababa de recibir el Gran Premio de Ensayo de la Academia Francesa para mi libro *Vu de droite* libro), tenía la intención de presentarme. Me di vuelta y vi a un hombre de mediana estatura, muy recta, con un casco de pelo blanco, que llevaba una chaqueta de pana y un jersey de cuello fino. Yo no lo reconocí en absoluto. -Hola-dijo-, soy Ernst Jünger. "Me quedé sin palabras. Ese día hablamos más de una hora. Se tomaron fotografías. Un gran y hermoso y hermoso.

Casi diez años después de la publicación, tanto del cuaderno de Decombis Marcel, que había reunido suficientes documentos sobre "política del joven Jünger", fue el periodo de escribir mi propio estudio sobre *Der Arbeiter.* La primera versión fue publicada a finales de 1981 en *Elements* [7], y luego otra y más cuidada versión apareció dos años después en *Nouvelle Ecole.* [8] Este último, que fue seguido por una traducción de un artículo de Ernst Niekisch publicado en *Widerstand* en octubre de 1932 ("Zu Jungers Ernst neuem Buche"), era en realidad una verdadera monografía que más tarde se publicó como libro en italiano y una traducción al español. [9] Hice un esfuerzo no sólo para presentar los principales conceptos de *Der Arbeiter* y para trazar el desarrollo del autor en los años 1920 y 1930, comentando algunos de los hitos en la historia del movimiento revolucionario nacional, sino también para mostrar cómo el problema "de los trabajadores", continuó para volver a aparecer en obras posteriores de Jünger, obviamente, en diversas formas, en particular la evolución de sus ideas sobre la tecnología bajo la influencia de su hermano, Georg Friedrich Jünger. He presentado *Der Arbeiter* como indispensable para la comprensión del periodo transitorio definido como un interregno "entre el reinado de los Titanes y el de los Dioses". También me surgieron muchas referencias al pensamiento de Carl Schmitt y la filosofía de Martin Heidegger, con quien había trabado conocimiento.

El 29 de marzo de 1985, en el 90 cumpleaños de Jünger, le envié un telegrama poco

después de una reunión pública en la que había tomado parte en Saint-Etienne. Me dió las gracias con una breve carta manuscrita a la que adjuntaba una fotografía. Diez años más tarde, el 25 de marzo 1995, le envié una carta que contenía sólo estas palabras: "Gracias por estar vivo." Para celebrar su centenario, el Club des Mille (la asociación de apoyo financiero de la Nueva Derecha) organizó un acto por la noche en su honor el 21 de junio en París.

En 1996, decidí dedicar un dossier de la revista *Nouvelle Ecole* a Jünger. El editorial que firmé se iniciaba con estas palabras: "El siglo 20 es el siglo en que el Premio Nobel no se le concedió a Ernst Jünger. Es una buena forma de definirlo como cualquier otra. "Incluía la publicación una entrevista con Jünger por su traductor al español, Andrés Sánchez Pascual; ensayos de Armin Mohler, Kaltenbrunner Gerd-Klaus Werner Bräuninger, Beckman Marcus, Serge Mangin, Pierre Wanghen y Beckmann Marcus, y también la traducción de documentos por Friedrich Hielscher, Albrecht Erich Günther, Ernst Niekisch, y Sieburg Friedrich.

Jünger parecía haberse convertido en inmortal! A finales de 1997, publiqué una bibliografía de su trabajo con un editor que fue valiente (o inconsciente), lo suficiente como para llevar a cabo ese tipo de trabajo, que por definición siempre encontraba un público restringido. [10] Esta bibliografía, con la que yo no estaba totalmente satisfecho, debería haber tenido una nueva edición, muy ampliada, en la que trabajé muchos años, pero finalmente renuncié a ello. Nicolai Riedel, el digno sucesor de Hans Peter des Coudres y Mühleisen Horst, publicó su bibliografía en 2003. [11] (Desde entonces mi trabajo como bibliógrafo, en cambio, se ha concentrado en Carl Schmitt!). Al principio, pasé revista a las principales etapas de la vida de Jünger. Al llegar a 1997, escribí: "Después de haber entrado en su 103a años, sigue escribiendo." ¡Ay! Unos meses más tarde, el 17 de febrero de 1998, falleció. Yo le rindí homenaje el 7 de marzo en un programa de radio Courtoisie.

Desde entonces, Jünger se ha estudiado más que nunca. El 7 de noviembre de 1995, ya había participado en una conferencia sobre Jünger organizada en la Universidad La Sapienza de Roma, bajo el título "volte debido a la cometa" ["dos veces el cometa"] (aludiendo al hecho de que Jünger había vivido para ver dos apariciones del cometa Halley). También tomé parte en una gran conferencia sobre Jünger celebrada en Milán del 20 al 24 octubre 2000, donde, en particular, tuve la ocasión de trabar conocimiento con cierto joven llamado Nicolai Riedel, el día antes de una conferencia de Ricardo Mutti en la Scala. Al final de una "peregrinación" a la Chemin des Dames, también asistí a una conferencia sobre Jünger y la Primera Guerra Mundial en Laon, el 8 de noviembre de 1998. Danièle Beltrán Vidal, François Poncet, Rozet Isabelle, Aubertin Olivier, Manuela Alessio, y algunos otros también tomaron parte en la misma.

Mi admiración por Jünger -para el hombre y su obra- nunca se ha desvanecido. Pero tal vez cambió de dirección un poco. Hace treinta años, yo estaba lleno de entusiasmo por el "primer" Jünger de los años 1920 y 1930. Con el tiempo, y por lo tanto con la edad, sin duda llegó a ser más agradecido por el "segundo" Jünger -el anarquista y aún más al rebelde, al "eterno" pensador que, después de haber subido a lo más alto, también veía más allá.

Me gustaría añadir un recuerdo muy personal aquí. El 6 de febrero de 1993, habiendo sido invitado a participar en un debate en Berlín, tuve la desagradable experiencia de ser agredido por un grupo de jóvenes militantes "autónomos" abogando por un arcaico "antifascismo", pues ni siquiera sabían que tenía pensado argumentar en contra de la xenofobia! De regreso a París después de una noche mirando fotografías de la policía tratando de identificar a mis atacantes, recibí una llamada telefónica de Armin Mohler. [12] Él me dijo que Jünger, que había sabido del incidente, de inmediato quiso saber acerca de mi estado. Este gesto me conmovió mucho.

Ernst Jünger no era probablemente uno de los autores más citados por los franceses de la Nueva Derecha, pero no hay duda, como hemos visto, que él implicaba en sí mismo un gran debate. Hoy en día, ya no hay necesidad de "completar" la imagen de Jünger en Francia. Los diversos aspectos de su obra son bien conocidos. Al igual que Schmitt y Heidegger, o Mircea Eliade, Jünger fue también, en un momento u otro, objeto de las críticas en forma de denuncias. Emanan de los espíritus sectarios que no sólo son anacrónicos, sino que se ocupan sólo de Jünger para llegar a conclusiones de conformidad con los prejuicios que tenían al principio. Estos enfoques siguen siendo en gran medida seguidos por una la minoría. Es cierto que Jünger es aún minoritarioy sólo citado por los intelectuales de moda. Uno tiene que ir a Italia para encontrar los intelectuales de todas las opiniones, izquierda y derecha, citando a Jünger constantemente (al igual que constantemente citan a Schmitt y Heidegger). Pero los lectores del autor de *Eumeswil* y *Sutil de Hunts (Sutil Jagden)* siguen siendo muy numerosos.

Hoy en día, prácticamente todos los libros de Jünger han sido traducidos al francés, son publicados por las editoriales más grandes, y la mayoría se reproducen constantemente. Los *Diarios de Guerra (Strahlungen)* han sido reeditados por Gallimard en la prestigiosa serie "Pléiade", con un importante aparato crítico por Julien Hervier, a quien se debe también una colección de conversaciones con Jünger. [13] La investigación académica es coordinada por el Centro de Recherche et de Documentación de Ernst Jünger (CERDEJ), presidido por Danièle Beltrán Vidal, que desde diciembre de 1996 ha publicado un volumen anual de *Cuadernos Ernst Jünger.* Que hace falta una traducción completa de los artículos políticos de su juventud (que apareció recientemente en Italia, en tres volúmenes) y de la correspondencia (en particular la correspondencia con Schmitt, Heidegger, Hielscher, Benn Gottfried, y Nebel Gerhard), pero también un gran "biografía definitiva" comparable con los Schwilk un Heimo publicados recientemente en Alemania.



Alain de Benoist

Es muy curioso que ningún libro de Friedrich Georg Jünger haya sido completamente traducido al francés. Teniendo en cuenta sus muchas conexiones en el mundo editorial, parece que Jünger fácilmente podría haber conseguido que algunas obras de su hermano se hubieran publicado en Francia. Por mi parte, creo que fue un error que nunca hiciera nada al respecto. A menudo me preguntaba por qué.

Ernst Jünger tendría hoy más de 110 años de edad. "Las revoluciones silenciosas son las más efectivas", dijo. Él debe ser leído en silencio.

Notas

[1] *Orages d'acier*. [1] *Orages d'acier. Souvenirs du front de France* (= *In Stahlgewittern* [*In Storms of Steel*]) (Paris: Payot, 1930); *Le boqueteau 125. Souvenirs du delante de Francia* (= *En Stahlgewittern [En Tormentas de acero])* (París: Payot, 1930); *boqueteau Le 125. Chronique des combats des tranchées 1918* (= *Das Wäldchen 125* [*Copse 125*]) (Paris: Payot, 1932); *La guerre notre mère* (= *Der Kampf als inneres Erlebnis* [*Battle as Inner Experience*]) (Paris: Albin Michel, 1934). *Chronique des combates des tranchées 1918* (= *Das Wäldchen 125 [Bosquecillo 125])* (París: Payot, 1932), *La guerre notre mère* (= *Der Kampf als inneres*

Erlebnis [Batalla como experiencia interior]) (París: Albin Michel, 1934) .

[2] “Jünger s'explique” [“Jünger Explained”], entrevista con Jean-Louis de Rambures, *Le Monde*, February 22, 1973. [2] "s'explique Jünger" ["Explicación de Jünger"], entrevista con Jean-Louis de Rambures, *Le Monde,* 22 de febrero de 1973.

[3] Ernst Jünger, *Journal parisien* (*Pariser Tagebuch*), July 16, 1942. [3] Ernst Jünger, *parisien Diario (Pariser Tagebuch),* 16 de julio de 1942.

[4] Esto sucedió muchos años después, en la Revolución Conservadora, que he editado hace algunos años: Armin Mohler, *La Révolution Conservatrice en Allemagne 1918-1932* (Puiseaux: Pardes, 1993). Esta traducción, que incorpora todas las adiciones de las ediciones alemanas más recientes, incluidos, por otra parte, un importante libro de fotografías y un inventario de todas las publicaciones en Francia dedicadas a la Revolución Conservadora. Es la única traducción completa del libro publicado Mohler.

[5] La expresión de la "Nueva Derecha" no fue inicialmente un auto-designación. Fue inventada por los medios de comunicación en 1979 para describir una corriente de pensamiento que para entonces ya existía desde hace más de diez años. Por eso, consciente de las ambigüedades que se adhieren a ella, yo personalmente la empleo lo menos posible.

[6] Ernst Jünger, *Le Travailleur*, trans. [6] Ernst Jünger, *Le Travailleur,* trad. Julien Hervier (Paris: Christian Bourgois, 1989). Hervier Julien (París: Bourgois cristiano, 1989).

[7] Alain de Benoist, “La Figure du Travailleur. Réflexions sur un livre méconnu d'Ernst Jünger,” en *Eléments* 40 (Winter 1981–82): 13–19.

[8] Alain de Benoist, “Ernst Jünger : la Figure du travailleur entre les Dieux et les Titans,” en *Nouvelle Ecole* 40 (September-October, 1983): 11–61. [8] Alain de Benoist, "Ernst Jünger: la figura du travailleur. Entre les Dieux et les Titanes", en *Nouvelle Ecole* 40 (septiembre-octubre, 1983): 11-61.

[9] Alain de Benoist, *Ernst Jünger y El Trabajador. Una trayectoria vital e intelectual entre los Dioses y los Titanes* (Madrid: Barbarroja, 1995); *L'Operaio fra gli Dei ei Titani. Una Trayectoria vital e intelectual de Los Dioses Entre y Los Titanes* (Madrid: Barbarroja, 1995): *L'Operario-fra gli Dei ei Titani. Ernst Jünger « sismografo » dell'era della tecnica* (Milano: ASEFI-Terziaria, 2000). *Ernst Jünger «sismografo» dell'Era della tecnica* (Milano: Asefi-Terziaria, 2000).

[10] Alain de Benoist, *Ernst Jünger. Une bio-bibliographie* (Paris: Guy Trédaniel, 1997). *Une bio-bibliographie* (París: Guy Trédaniel, 1997).

[11] Nicolai Riedel, *Ernst Jünger-Bibliographie. [Bibliografía* 11] Nicolai Riedel, *Ernst Jünger. Wissenschaftliche und essayistische Beiträge zu seinem Werk (1928 – 2002)* (Stuttgart: JB Metzler, 2003). *Wissenschaftliche und zu essayistische Beiträge seinem Werk (1928 - 2002)* (Stuttgart: JB Metzler, 2003). Nicolai Riedel publica regularmente actualizaciones de su bibliografía en *los Cuadernos Ernst Jünger.*

[12] Los reconocí perfectamente, pero me negué a decirlo. Yo no colaboro con la policía. [13] Julien Hervier, *Entretiens avec Ernst Jünger* (Paris: Gallimard, 1986). [13] Julien Hervier, *Entretiens avec Ernst Jünger* (París: Gallimard, 1986).



EL NACIONALISMO DE NUEVO CUÑO: ERNST JÜNGER Y LA “REVOLUCIÓN CONSERVADORA”

Joaquín Abellán

Extracto del libro “Nación y Nacionalismo en Alemania: la cuestión alemana (1815-1990)” de Joaquín Abellán, paginas 140-148, Tecnos, Madrid, 1997.

Durante la primera guerra mundial se gestó un nuevo nacionalismo, que apreciaba poco el patriotismo anterior a 1914 y que sólo encontraba su fuente de legitimación en la experiencia vivida de la guerra: “Tuvimos que perder la guerra para ganar la nación”. Esta frase de Franz Schauwecker resumía el nuevo nacionalismo revolucionario que, partiendo de la experiencia de la guerra, proyectaba un nuevo tipo de hombre y un nuevo sistema político y social. Los nuevos nacionalistas, que en la paz siguieron viviendo la guerra y para quienes los hombres no eran en realidad sino guerreros o soldados, se iban a oponer al nuevo sistema político de Weimar, un orden político al que consideraban carente de espíritu heroico, y animado, por el contrario, por el espíritu de los comerciantes.

En la formulación de esta íntima relación entre el nuevo nacionalismo y su origen –la guerra mundial-, le cupo un papel muy importante al escritor Ernst Jünger. Entre todos los intérpretes literarios de la contienda, fue Jünger sin duda el más eficiente y el más fecundo. En su obra literaria quedó plasmada de la forma más plástica la ideología de la experiencia de la guerra. “La guerra es nuestro padre, nos ha generado como un hombre nuevo en el seno ardiente de las trincheras, y nosotros reconocemos con orgullo nuestro origen. Por eso nuestros valores deben ser también heroicos, valores de guerreros y no esos de los tenderos, que quisieran medir el mundo con su vara”. Ésta es la idea principal del nuevo nacionalismo y de ahí se deriva toda una concepción del hombre y de la sociedad. Como en la guerra se había experimentado la jerarquización y las diferencias de rango, cree que la idea de igualdad está superada. Como en la guerra se había revelado el valor de la personalidad individual, desprecia como masa todo lo que no se corresponda con el corte militar de la propia personalidad. Jünger se define a sí mismo y a los suyos como “hombres”, que llevan la vivencia de la guerra en su sangre, y se burlan de los intelectuales y los literatos que sacaron otras consecuencias de la guerra. El nuevo hombre conformado por la vivencia de la guerra y por los valores que ésta descubrió (“la guerra que tantas cosas se lleva, nos da también muchas cosas. Nos instruye en la camaradería y pone en su sitio unos valores semiolvidados”) es un soldado duro como el acero, que se enfrenta sin piedad al sistema burgués y aspira a continuar la guerra como su propia misión nacional.

El espíritu de este nuevo nacionalismo consiste precisamente en el desprecio de lo intelectual, en la adoración de la lucha y de la guerra y en el odio hacia todo lo burgués-civil. El nuevo objetivo es la destrucción del mundo burgués y de su sistema político y su sustitución por un Estado potente, völkisch, en el que encuentren su coronación lo militar y lo heroico. Lo que este nacionalismo ofrecía era una declaración de guerra a todo lo existente. Su idea del Estado era una mera transposición de la jerarquía militar a la organización política. En vez de las libertades burguesas ponía una firme sujeción. El individuo fue sacrificado al “tipo” o a la “figura”: debía disolverse en la comunidad sanguínea de la nación y sacrificar su vida, si la nación lo requería. En la experiencia de la guerra se disolvió el yo burgués de la época guillermina en el nosotros de la camaradería……

La estilización de este guerrero del frente será el obrero, la nueva figura del siglo XX. El obrero es elevado por Jünger a una

especie de mito, a una figura que describe con las categorías del héroe bélico. La figura opuesta al obrero es la del burgués (Bürger), que será devorado por el tiempo, como se dice en el prólogo a Der Arbeiter (1932)…..

Una variante del nacionalismo revolucionario fue conocida en los años de Weimar con la denominación de nacionalbolchevismo. Este concepto se utilizó para definir el nacionalismo de todos aquellos grupos para los que era fundamental apoyarse en la Rusia soviética. Su pensamiento político, a diferencia del nacionalismo revolucionario al estilo de Jünger, contenía una dosis mayor de referencias sociales y de política exterior.

(…) No en todos los pensadores integrantes de la llamada "revolución conservadora" estaba presente con la misma intensidad que en Jünger la experiencia de la guerra, aunque todos ellos coincidían en el rechazo de la realidad y de los valores de la época de la preguerra. A diferencia del nacionalismo tradicional, estos nuevos "conservadores revolucionarios" no aspiraban a restaurar los viejos tiempos, sino que querían desarrollar nuevos valores para la nueva época, de la que se consideraban intérpretes y profetas. Despreciaban tanto la Alemania de Weimar como la Alemania guillermina. No se consideraban reaccionarios sino defensores de un nuevo conservadurismo que no miraba hacia el pasado.

(…) Prescindiendo ahora de la cuestión de la adecuación del término "revolución conservadora" para designar a este conjunto de pensadores, sí es importante señalar que, en el tema de la nación que nos ocupa, no tenían tampoco una concepción unánime. El concepto de nación menos representado entre ellos es, sin duda, el concepto de "Staatsnation", es decir, de nación política o nación-Estado, de nación como conjunto de ciudadanos, en el que las características culturales de la lengua o la procedencia no desempeñan ningún papel. Por el contrario, el concepto subjetivista de nación, como voluntad de pertenencia común o como sentimiento de pertenencia común, está representado en Carl Schmitt o en la importante revista de los años veinte/treinta TAT. Carl Schmitt descubrió en la doctrina soreliana del mito como fuerza profunda que nace de los auténticos instintos de la vida un elemento decisivo para combatir el bolchevismo. Pero, a diferencia de Sorel, esa fuerza no la encuentra en la lucha de clases sino en el sentimiento nacional. El sentimiento nacional es una fe común, la conciencia de tener un destino común, de formar una comunidad de destino. Pueblo es una comunidad que obtiene existencia política a través de un acto subjetivo, existencial, al distinguir entre amigo y enemigo. Pueblo es una categoría del derecho público, no una categoría de naturaleza cultural o física.

Para Spengler, por su parte, pueblo era una asociación de hombres que se siente como un todo. Si desaparece ese sentimiento, deja de existir el pueblo. Para Spengler hubo pueblos antes y después de la formación de la cultura. Y a los pueblos dentro de la cultura les llama naciones, utilizando aquí las características objetivas en su definición.

Para Moeller van den Bruck, la nación era la alfa y la omega de todo su pensamiento político. Pero la nación era para él básicamente un conjunto de valores, anterior al individuo, que éste debe conocer para contribuir a cumplir la misión que le corresponde a cada nación/pueblo…..

Stapel, sin embargo, se refiere fundamentalmente al "pueblo". Para él, el pueblo era algo natural, un todo biológico, cuyo fundamento estaba constituido por la procedencia u origen. "El pueblo es una comunidad de nacimiento", pero este fundamento biológico es algo más que pura biología……

Tampoco respecto al concepto de "raza" hay unanimidad entre los teóricos de la "revolución conservadora". La construcción teórica de Carl Schmitt desconocía por completo la ideología racista y völkisch. Su reivindicación del postulado de la homogeneidad y de la exclusión de lo heterogéneo no significaba el establecimiento de discriminaciones para los

individuos. Pueblo era un concepto del derecho público, no tenía un contenido racial o cultural. Spengler, por su parte, criticaba expresamente los intentos de deducir la raza a partir de elementos físicos como la constitución física o la forma del cráneo. Para él también eran elementos constitutivos de una raza otras características de naturaleza subjetiva, como la manera de hablar, el sentido de la belleza o la camaradería o la Bildung. La unidad de una comunidad no procedía para él de la raza, de la biología, sino de la cultura: las razas de Occidente no son las creadoras de las grandes naciones, sino su consecuencia. Los sentimientos raciales, decía, "por muy extendidos que estén, por muy profundos y naturales que sean, no son ninguna base para la gran política con la que regir o salvar un país.

El arte de la política y el sano instinto del pueblo toma las cualidades donde las encuentra: os franceses en Napoleón, un italiano; los conservadores ingleses en Disraeli, un judío; la nobleza y el clero ruso en Catalina II, una alemana. Y en ningún pueblo del mundo con educación política se parte de esto, aunque los ingleses y los americanos son más apasionados en cuestiones de raza que la mayoría de los alemanes. Éstas y las infantiles opiniones y utopías económicas son tan desesperadamente alemanas en el peor sentido, tan necias y provinciales, y separan el moviendo völkisch y la enorme potencia que en él descansa de todo aquello que hay que tomar en serio política y económicamente por las cualidades, la experiencia, el poder y las relaciones, que este movimiento parece determinado a hacer un hueco en el suelo, pero para dejar sitio a una peligrosa corriente en contra". Tampoco Moeller van den Bruck tiene una concepción racista de los hombres, aunque sus primeros escritos tienen una clara influencia de Chamberlain y contienen una mística de la sangre….

Ernst Jünger y Wilhelm Stapel, aunque rechazaban el concepto biologista de raza, hicieron, sin embargo, algunas formulaciones antisemitas, aunque de distinta consideración. Jünger dice en su libro Der Arbeiter (El Trabajador) que la raza dentro de la clase obrera no tiene nada que hacer con un concepto biológico de la misma. Y creía, por ello, que las críticas a los judíos no tenían sentido. Las críticas de los nacionalistas a los judíos las encontraba demasiado planas. Los judíos eran hijos del liberalismo y lo que a él le interesaba era combatir el liberalismo desde una consideración de lo alemán, quitándole así su base. Entonces caerían también los judíos, que eran los mantenedores del liberalismo. Cuanto más se alemanice Alemania, los judíos se verán en la dificultad de no poder ser alemanes en Alemania y, por consiguiente, se verán ante la alternativa de o ser judíos o no ser.

Mientras Jünger no profundizó en estas ideas y el antisemitismo no tiene un lugar importante en sus pensamientos, para Stapel, sin embargo, la discriminación de los judíos era una tarea urgente. Los judíos constituían para él un pueblo y, por tanto, una idea de Dios, y de ahí que, en este sentido, le mereciese todo el respeto. Pero el problema se planteaba por el hecho de que los judíos vivían en el mismo territorio que el pueblo alemán, impidiéndole a éste su desarrollo cultural.

Mientras el pueblo judío era pacifista e internacionalista, el pueblo alemán era belicista y nacionalista. Le parecía imposible un equilibrio o una mezcla entre ambos pueblos, pues la esencia de un pueblo es un destino, es voluntad divina, sobre la que no se puede disponer. Si se imponía la cultura judía, Stapel pensaba que se llegaba al final de la historia alemana. Si, por el contrario, triunfaba el pueblo alemán, era inevitable la separación de los judíos. El propio Stapel hizo una propuesta de apartheid, en 1932, según la cual los judíos vivirían como una corporación con derecho propio, dentro del pueblo alemán, pero sin tener iguales derechos civiles que los alemanes, aunque los judíos podían tener su propia representación …

ERNST JÜNGER: YO SOY LA ACCIÓN

José Luis Ontiveros

En torno a la obra del escritor alemán Ernst Jünger se ha producido una polémica semejante a la que preocupó a los teólogos españoles en relación con la existencia del alma de los indios. De alguna manera, el hecho de que se le haya discutido en medios intelectuales mundiales con asiduidad, y el que una nueva política literaria tienda a revalorizarlo, le otorga, como lo hizo a los naturales el Papa Paulo III, la posibilidad de una lectura conversa; ya no traumatizada por su historia maldita, absolutoria de su derecho a la diferencia, y exoneradora de un pasado marcado por la gloria y la inmundicia.

La polémica sobre Jünger que en medio de lamentaciones previsorias sobre su "ceguera histórica" ha reconocido la posibilidad de que también poseía un alma personal, se ha mantenido, sin embargo, en los límites del conocimiento de su obra. Pareciera que profundizar en Jünger puede indicar de alguna manera una proclividad secreta, una oscura complicidad con este peligroso ″junker″, intelectual orgánico de los desarraigados, al que se suele evocar como el cazador y animal de presa, que en la adolescencia se enrola en la Legión Extranjera francesa, testimonio que deja en Juegos Africanos; se le presenta como situado ″de pronto a la sombra de las espadas″, y esta exaltación hecha tipología se presenta como el truco con que se evade el contenido de su obra.

Por ello debe partirse de un principio: Jünger sigue siendo el mismo, es un réprobo permanente y resuelto, una conciencia erguida y soberana: ″yo siempre he tenido las mismas ideas, sólo que la perspectiva ha cambiado con los años″ . En Jünger hay una sola línea ascendente, un impulso de creación unívoco que arranca en 1920 con Tempestades de Acero, se afirma en Juegos Africanos, obra intermedia, que precede a En los acantilados de mármol (1939), Heliópolis (1940), y Eumeswil (1977).

Resulta entonces necesario para llegar a Heliópolis y a un acercamiento a su comprensión, hacer referencia a un problema histórico. Jünger en la línea de Saint- Exupéry y de Henry de Montherlant ama la acción como el supremo valor de la vida: no existe una renuncia a las pompas del mal, a los frutos concretos de la acción. Hay, al contrario, a lo largo de su obra, un reflejo centelleante que nace de la negación deliberada de la bondad; un aliento nietzscheano de que ″no encontraremos nada grande que no lleve consigo un gran crimen″.

Por ello es que debe ahorrarse la gratuidad de perdonarlo, de ver en Jünger al intelectual víctima de sus demonios. De esta forma si Jünger ha padecido un Nuremberg simbólico, la actitud rectora de su creación ha permanecido firme sobre la marejada, sobre los prejuicios políticos y aún sobre la ″conmiseración″ que nunca ha necesitado. No hay en su obra, como producto de la derrota de Alemania en la II Guerra Mundial, una disociación de un antes y un después; una versión suavizada del mal, que habría retrocedido de su estado agudo a su estado moderado.

Por ello, si su texto La Guerra, nuestra madre escrito en 1934 ha recorrido una suerte semejante a Bagatelas para una masacre de Louis Ferdinand Céline, en el sentido de que ambos son unánimemente ″condenados″ y prácticamente inencontrables a excepción de fragmentos; el joven escritor alemán, que afirmaba que: ″ la voluptuosidad de la sangre flota por encima de la guerra como una vela roja sobre una galera sombría″, es el mismo que canta el poder de la sangre, treinta y un años después de cieno, fuego y derrota: ″los gigantescos cristales tienen forma de lanzas y cuchillos, como espadas de colores grises y violetas, cuyos filos se han templado en el ardiente soplo de fuego de fraguas cósmicas″.

El nuevo intelectual

El viejo "junker", ha nacido como hijo de la burguesía industrial tradicional, en Heidelberg, el 29 de marzo de 1895, ha permanecido a sus 93 años de edad como un fiel artesano de sus sueños, un celoso guardían de sus obsesiones, un claro partidario de la acción. Por otra parte, se presenta el problema histórico. Jünger, herido siete veces en la I Guerra Mundial, portador de la Cruz de Hierro de primera clase y de la condecoración "Pour le Mérite" (la más alta del Ejército Alemán); miembro juvenil de los "cascos de acero" y de los "bolcheviques nacionales"; y ayudante del gobernador militar de París durante la ocupación alemana, es un nuevo intelectual, que rompe con el molde tradicional que tiene de la función intelectual la Ilustración y la cultura burguesa.

En cierta medida corresponde a los atributos que describe Gramsci del "nuevo" intelectual: "el modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia motora, exterior y momentánea, de los efectos y de las pasiones, sino que el intelectual aparece insertado activamente en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasivo permanentemente". En este sentido Jünger va más allá de la "elocuencia motora", de la relación productiva y mecánica de una condición económica precisa.

Puede decirse entonces que si bienJünger tiene atributos de "junker" prusiano, teniendo parentesco con la "casta sacerdotal militar que tiene un monopolio casi total de las funciones directivas organizativas de la sociedad política", esta relación funcional y productiva está rota en el caos, en el nihilismo y la decepción que acompañan a la derrota de Alemania en la I Guerra Mundial. Jünger, que quizá en la época guillermina del orgulloso II Reich, hubiera podido reproducir las características de su clase, se encuentra libre de todo orden social como un intelectual del desarraigo, de la tribu de los nómadas en el poderoso grupo disperso de los solitarios que han luchado en las trincheras.

Detengámonos en el análisis de este estado espiritual y de esta circunstancia histórica, cuya trascendencia se manifiesta en toda su narrativa, especialmente en el carácter unitario de su obra y en su posición ideológica, lo que a su vez nos permitirá comprender la clave de una de sus novelas más significativas del período de la última postguerra: Heliópolis, cuyos nervios se hallan ya entre el tumulto que sobrecoge al joven Jünger, como un brillante fruto de la acción interna que sujetará su espíritu.

Así podremos apreciar cabalmente a este autor central de la literatura alemana del siglo XX, para determinar cuál es el rostro que se ha cincelado, en la multiplicidad de espectros que lo reflejan con caras distintas. ¿Acaso es Jünger, como quiere Erich Kahler, al que "incumbe la mayor responsabilidad por haber preparado a la juventud alemana para el estado nazi, aunque él mismo nunca haya profesado el nazismo?". ¿Se trata del escéptico autor de la "dystopía" o utopía congelada que se expresa en su relato Eumeswil? ¿Quién es entonces este contradictorio anarquista autoritario?

La trilogía del desarraigo

Podemos intentar responder con un juego de conceptos en los que se articulase su radiografía espiritual, con su naturaleza compleja y una historia convulsionada y devoradora. Esta visión nos dará un Jünger revelado en una trilogía: se trata del demiurgo del mito de la sangre, del cantor del complejo de inferioridad nihilista de la cultura alemana, del emisario del dominio del hombre faústico y guerrero. Sólo así podremos entender cómo Jünger pudo dirigir desde "fuera de sí" un pelotón de fusilamiento, certificar la estética del dolor con una "segunda conciencia más fría" o experimentar los viajes místicos del LSD o de la mezcalina. Requerimos verlo en su dimensión auténtica: la del "condottiero" que huye hacia delante en un mundo ruinoso.

Memorias de un condottiero

La aventura de Jünger cobra el símbolo de una organicidad rotunda en la relación social del intelectual con la producción de una clase concreta; se trata fundamentalmente de una personalidad que de alguna manera expresa Drieu la Rochelle: ″(es) el hombre de mano comunista, el hombre de las ciudades, neurasténico, excitado por el ejemplo de los fascios italianos, así como por el de los mercenarios de las guerras chinas, de los soldados de la Legión Extranjera″.

Se verdadera patria son las llamas, la tensión del combate, la experiencia de la guerra. Su conformación íntima se encuentra manifestada en otro de aquellos que vivieron ″la encarnación de una civilización en sus últimas etapas de decadencia y disolución″, así dice Ernst Von Salomon en Los proscritos: ″sufríamos al sentir que en medio del torbellino y pese a todos los acontecimientos, las fatalidades, la verdad y la realidad siempre estaban ausentes″.

Es este el territorio en que Jünger preparará la red invisible de su obra, recogiendo las brasas, los escombros, las banderas rotas. Cuando todo en Alemania se tambalea: se cimbran los valores humanitarios y cristianos, la burguesía se declara en bancarrota y los espartaquistas establecen la efímera República de Münich, aparecen los elementos vitales de su escritura, que atesorará como una trinchera imbatible heredera del limo, con la llave precisa que abrirá las puertas de la putrefacción a la literatura.

Es la época en que Jünger, interpretando la crisis existencial de una generación que ha pretendido disolver todos sus vínculos con el mundo moribundo, toma conciencia de sí con un poder vital que no quiere tener nada que deber al exterior, que se exige como destino: ″nosotros no queremos lo útil, práctico y agradable sino lo que es necesario y que el destino nos obliga a desear″. Participa entonces en las violentas jornadas de los ″cascos de acero″. Sin embargo, pese a ser un colaborador radical del suplemento Die Standart, ógano de los ″Stahlhelm″, se mantendrá siempre con una altiva distancia del poder. Llegará a compartir páginas incendiarias en la revista Arminius con el por entonces joven doctor en letras y ″bolchevique nacional″ Joseph Goebels y con el extraño arquitecto de la Estonia germana, Alfred Rosenberg.

Cuando Jünger escribe en 1939 En los acantilados de mármol (que se ha interpretado como una alegoría contra el orden nacionalsocialista), han pasado los días ácratas en que ″los que volvían de las trincheras, en las que por largos años habían vivido sometidos al fuego y a la muerte, no podían volver a las escuálidas vivencias del comprar y el vender de una sociedad mercantilista″. Ahora una parte considerable de los excombatientes se ha sumado a una revolución triunfante, en que la victoria es demasiado tangible. Jünger decide separarse en el momento del éxito. Hay un brillo superlativo, una atmósfera de saciedad, una escalera ideológica para arribar a la prosperidad de un nuevo orden.

En el momento en que Jünger ha decidido replegarse, abandonar el signo de los tiempos, batirse a contracorriente, encuentra, una vez más, la salida frente a la organización del poder en la permanente rebeldía y en la conciencia crítica. Mas esta fuga no es una deserción: hasta el crepúsculo wagneriano sigue vistiendo el uniforme alemán. Su revuelta se manifiesta en la creencia en las ″situaciones privilegiadas″, es decir, en los instantes en que la vida entera cobra sentido mediante un acto definitivo. Resuelve así, en la rápida decisión que impone la guerra, retornar a una selva negra personal con la desnudez irrenunciable de sus cicatrices, aislado del establecimiento y de la estructura del poder.

El color rojo, emblema del ″condottiero″, baño de fuego sobre la bandera de combate se ha vuelto, finalmente, equívoco: ″la sustancia de la revuelta y de los incendios se transformaba con facilidad en púrpura, se exaltaba en ella″; Jünger, mirando las olas de la historia restallar sobre los acantilados

de mármol, asistiendo al naufragio de la historia alemana, desolado en el retiro de las letras, exalta en la acción la única emergencia que no se descompone, ”el juego soberbio y sangriento que deleita a los dioses”.

El tambor de hojalata

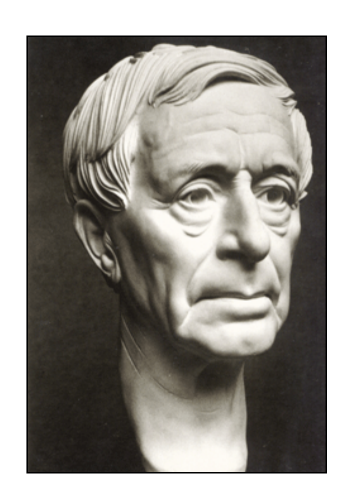
Hemos mencionado que una parte significativa del materail de sueños que forma su novela Heliópolis, se encuentra en el poderoso torrente de la aventura en que Jünger se desenvuelve desde sus años juveniles. En realidad, de sus dos grandes novelas de la última postguerra, quizá Heliópolis sea más profundamente Jüngeriana que Eumeswil en el sentido en que su universo estámás nítidamente plasmado, de que no existe el ”pathos” de una mala conciencia parasitaria, y de que, a diferencia del usufructo de la fácil politización en que la literatura se manipula como una parábola social o histórica , retine un poder metapolítico, esto es, un orbe estético que se explica a sí mismo, que se sustenta como un valor para sí.

No está de más subrayar que, independientemente de la opinión de una gran parte de la crítica sobre En los acantilados de mármol y sobre Eumeswil como un mensaje críptico antihitleriano, la primera, y como una denuncia contra el totalitarismo, la segunda, su interés real sobrepasa la circunstancia política, concediendo que ésta haya sido la intención del autor. Intencionalidad difícil de mantener en un análisis que busque la esencialidad de Jünger, por encima del escándalo y del criterio convencional.

Heliópolis reconquista la tensión narrativa, el libre empleo de una simbología anagógica, el espacio de expresión que se ha purificado de lo inmediato y de las presiones externas del quehacer literario. Ello quizá se explique por razones propiamente literarias y en este caso también históricas. Usamos la palabra ”reconquista” como aquella que designa un esfuerzo que surge de la derrota, que se elava sobre la postración, que recupera el valor existencial de la experiencia.
De alguna manera, y luego de un sordo y pertinaz silenciamiento, el universo de Jünger ha recobrado su sentido original, su autónomo impulso poético. Más allá de la tramposa equivalencia entre sus imágenes y una determinada concepción de la realidad. Si bien ha manifestado ya ”que no existe ninguna fortaleza sobre la tierra en cuya piedra fundamental no esté grabada la aniquilación”, trátese de un mito, de un movimiento social o de una organización del poder. Heliópolis encarna la idea de que si los edificios se alzan sobre sus ruinas, ”también el espíritu se eleva por encima de todos los torbellinos, también por encima de la destrucción”.

Esta es, entonces, una de las características fundamentales de la novela: el tiempo histórico siguiendo su cauce se ha absorbido. Lo ocurrido (su propia participación en la historia alemana contemporánea) se ha filtrado entre las simas de los heleros como un agua nueva e incontaminada.

Su escritura se ha librado del lastre y ha retomado un vuelo límpido, en el que narra la épica y eclipse de La ciudad del Sol, como la crónica del reino de Campanella, más distinta a la construcción intelectual de la utopía. Hallamos en Heliópolis nuevamente al Jünger de siempre, al artista independiente, que ha sepultado con el relámpago de su lenguaje, las bajas nubes sombrías del rapsoda de la eficacia militar y despiadada.



JÜNGER, EL ETERNO GUERRERO

Abel Posse

"Murió lleno de años", como dice poéticamente de algún patriarca esa Biblia que leía Jünger con precisión escolástica, durante la ocupación de París, vestido con su impecable uniforme de la Reichswehr (una verdadera provocación de las suyas: en la terraza de Lipp o en el Flore con sus botas relucientes, comentando y leyendo las apocalípticas predicciones de Isaías...)

Como en una de sus paradojas, el que buscó la muerte con voluntad de héroe, fue más bien el testigo de todas las muertes del siglo. En él pareció cumplirse cabalmente el dístico atribuido a Heráclito: "Morir de vida. Vivir de muerte."

Vió desaparecer hombres, titanes de su tiempo, y melancólicos intelectuales cada vez más escépticos. Vivió el siglo como quien lo bebe de un sorbo hasta el final de la copa. Desde el fervor de las ilusiones gestadas por la razón decimonónica, hasta los desengaños de este final de milenio donde "el Hombre" de los positivistas y neohegelianos se presenta más bien como un enfermo terminal, irredento, y tal vez ya sin redención posible. Sin embargo Jünger seguirá en la salud de la rebeldía. Pese a sus catorce heridas cruzará la selva ideológica del siglo criminal que ya agoniza. Fue el Rebelde de su mitología literaria, pero se salvó por haber sido también el Emboscado. El que es consciente de la neurosis ideológica y filosófica y crea desde el silencio y el apartamiento. Así Jünger se deslizó, salvándose del frenesí, creyendo más en la naturaleza que en las ciudades, símbolos de la alienación colectiva y tecnológica. Desde joven elige vivir en aldeas apartadas del interior de Alemania. (Cuando cumple cien años de edad, Mitterrand y el Canciller Kohl deciden hacerle un homenaje público; ambos deben viajar hacia Wiflingen, un pueblito del sur donde se estableció casi desde el fin de la guerra. Es allí donde lo visitará también Jorge Luis Borges). La vida de Ernst Jünger fueron 102 años de pasión espiritual y de aventuras. No creía en que había diferencias binarias: aventura espiritual y espíritu en aventuras, eran lo mismo.

Puede ser considerado el pensador-poeta más ambiguo y reservado de este Occidente proclive a definiciones de moda, temporarias y efímeras. Nadie pudo afirmar que lo conocía. Su pensamiento no concluía en definiciones sino en sugerencias o inquietudes.

Era hijo de una familia burguesa de Heidelberg. Nació en 1895. Su padre, químico y farmacéutico, lo preparaba para ingresar en una sólida carrera, pero Ernst desde joven encarnó una de las figuras centrales de su visión del mundo, la del "Rebelde". Primero se agregó a los Wandervógel (pájaros viajeros), un movimiento de adolescentes románticos, dispuestos a viajar en libertad, a gozar de la naturaleza y del tiempo, al margen del orden burgués. Este movimiento engrosaría el llamado Movimiento de Juventudes, con una tendencia populista, naturista y nacional, que prepararía el campo más tarde a los grupos juveniles hitlerianos, una deformación. Pájaros sí, pero no ya poéticamente vagabundos...

Jünger tuvo discusiones feroces, abandonó el hogar y a los dieciocho años se enroló en la Legión Extranjera. Como escribió en su libro dedicado a las drogas, "todo placer viene del espíritu. Y toda aventura de la proximidad de la muerte, alrededor de ésta la aventura va describiendo sus círculos". Siente la vocación del guerrero. Hace su rigurosísimo aprendizaje en Algeria y en Sidibel-Abbés. Su padre consigue llamarlo a la razón y prosigue sus estudios en Hannover, en una escuela selecta. Pero ya es 1914 y será entonces la guerra quién lo busca. En diciembre es enviado al terrible frente de la Champagne. En el Somme será herido dos veces. Su valentía es insólita. Retorna del hospital a la primera línea. Lo ascienden y condecoran. Cada herida

cicatriza detrás de una medalla. ¿Qué quiere demostrar; qué quiere demostrarse? En un ejército de severos junkers prusianos se transforma en un mito insolente, parecido al del famoso Lawrence de Arabia que en esos mismos años, se arriesgaba aristocráticamente en los desiertos de Jordania y Palestina, recitando el Corán y versos de Rumi.

Encontrar el inigualable sabor de vida detrás de cada riesgo de muerte. Cuando el miedo paraliza, dar un paso pánico, dionisíaco, y encabezar el ataque. A los veinte años, pese a su militarismo transacadémico, será Stosstruppenführer, jefe de comandos de asalto. En el fondo de las atroces trincheras que huelen a sangre y orín de ratas, lee -con cuidadosas anotaciones- a Nietzsche, a Schopenhauer, a Baudelaire. Lo respetan curtidos oficiales y suboficiales. Planifica golpes inesperados. Aplica la agilidad de la guerrilla, a la estática guerra de posiciones. Hay un secreto humorismo. Afirma que quiere a esos franceses y enseña que la batalla es más importante que las vulgares dimensiones de triunfo o derrota. Su proclama, inusual en esa feroz guerra cuerpo a cuerpo, será: 'Ardor, nunca odio'.

Su desempeño es tal que recibe catorce heridas que merecieron internación. Tiene veintitrés años cuando le conceden la más alta condecoración alemana: la medalla Pour le Mérite que sólo obtendrá doce contemporáneos, uno de ellos, Rommel. Dentro del formidable ejército forjado en el prusianismo, se sentirá un marginal, respetado como un excéntrico samurai. Esta posición de aristócrata de la guerra como deporte extremo lo preservará de ciertas iras de Goebbels cuando Jünger se negó en 1933 a formar parte de la Academia Alemana de Poesía. El mismo Hitler, tuvo que respetarlo por causa del prestigio militar que para Jünger fue una escuela extrema de sabiduría de la vida y experiencia límite de la condición humana. "Los hombres quedan desnudos de cuerpo y alma ante la metralla".

Sin pretenderse novelista recogerá su experiencia en varios libros. El principal es Tempestades de acero, que tendrá su lector en el Río de la Plata, obviamente será Jorge Luis Borges que escribe una muy elogiosa crónica en "El Hogar". Jünger reflexiona sobre esa revelación del guerrero casi en su adolescencia: "Crecidos en una era de seguridad, todos sentíamos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. La guerra nos arrebató como una borrachera, una embriagada atmósfera de rosas y sangre". El ganó su guerra, pero Alemania la perdió. Dirá: "Era preciso perder la guerra para ganar la Nación. Alemania ha sido vencida, pero esta derrota ha sido saludable porque ha contribuido a la desaparición de la vieja Alemania ....".

Se instala en Leipzig para estudiar biología, zoología y filosofía. Escribe en los diarios de excombatientes. Se casa con Gretha von Jeinsen y tiene con ella dos hijos. Uno de ellos morirá en 1944, en el frente de Italia horas antes del alto definitivo del fuego. Es una Alemania increíble: se siente como si se debiera definir un camino de vida después del caos moral y económico de la derrota. Jünger milita en las fuerzas nacionales que enfrentan a la corriente bolchevique. Son días de artículos frenéticos, noches de café en ese Berlín donde se gozan y padecen todas las heces de la decadencia burguesa. Grosz dibujará esos personajes de sopa a la madrugada y de cerveza con costillas de cerdo; rodeados de prostitutas brevemente espléndidas con trajes de lakmé y largas boquillas a lo Pola Negri. Ollas populares en los barrios obreros. Los primeros tangos, en cilindros de cera grabados en Düsseldorf por Villaldo, Arolas y Gobbi. Es el Berlin Kriminal de Kurt Weil y la Opera de tres centavos. "Sólo se vivía para la idea" escribirá Jünger de esos tiempos de república amenazada.

Son años de increíble creatividad: La Montaña Mágica, el apogeo de Hesse con su Juego de Abalorios, Hermann Broch con Los Sonámbulos y ya en el mayor intento de la novelística germana: La Muerte de Virgilio, la aventura poética de Trakl, Rilke concluyendo en Muzot las Elegías de Duino, Lou Andreas Salomé pasando de Nietzsche al freudismo, Benn y Celan en un nuevo

lenguaje poético, Bertold Brecht y Tucholvski. El grupo poético iniciático de Stephan George.

Conoce personajes de notable carisma, como Alfred Schuler, que organiza fiestas vestido de romano y se considera la reencarnación de un legionario recordando 'perfectamente' la destrucción de Jerusalem con las legiones de Tito. También a un personaje que será importante en las corrientes esotéricas del nazismo, Friedrich Hielscher, que vivió en el Tibet y meditó en torno del reencuentro con la tradición pagana de Europa. No fue nunca nazi y estuvo a punto de ser ejecutado en 1944. Amigo de Martín Buber y de Sven Hedin, fascinaba a Jünger como uno de los seres más extraños que había conocido. Está en la base de la apertura de Jünger hacia el ocultismo y el "retorno pagano". Se refiere a él sobrenombrándolo como Bogo. Hielscher había fundado una iglesia neopagana, con ritos, cánticos, y celebraciones tomadas de los Nibelungos.

Jünger y su hermano Friedrich Georg trabajan en el campo filosófico político, muy cerca de los movimientos tradicionalistas movilizados por las insensateces del Tratado de Versalles. Están cerca de las corrientes que desembocarán en el hitlerismo, pero se desvían hacía la izquierda, influidos por la figura todavía poco conocida pero determinante de Ernst Niekisch, jefe de la corriente nacional-bolchevique, que conciliaba lo que parecían entonces, ya no extremismos opuestos.

A diferencia de la corriente hitleriana, los Jünger viven el nacionalismo como se podría hacerlo. Hoy ante los desastres ecológicos y la sórdida hegemonía financiera y subculturizadora que se esconde detrás del mito de la globalización: "Nacida de la racionalidad burguesa, la todopoderosa técnica se resuelve contra quien la ha engendrado. El mundo avanza hacia la técnica y el individuo desaparece, el neonacionalismo debe ser la primera tendencia en extraer estas lecciones". (En Arminius, 1926!).

A diferencia del nacionalismo conservador y represivo, fundan una corriente de "nacionalismo revolucionario" que es capaz de convocar esas fuerzas de izquierda, pero a partir de la muerte de Rosa Luxemburgo, serán devorados por la castradora "globalización" del internacionalismo socialista que entonces, mucho antes que los mercaderes de hoy, propugnaban una cultura igual, un hombre igual, un mundo uniforme.

Ven en el liberalismo la culminación del pasatismo burgués, la ideología del mercachifle y no la del poeta, del santo o del guerrero. Acusan al intelectual humanista, al "Literat" como la lacra ya condenada por Spengler, capaces de corroer la sociedad, abusando, disimulando y calumniando a través del mito de la libertad de prensa, que en realidad encubre un empresariado económico y político. Este pensamiento culminará en la obra todavía poco conocida, pero esencial, de Friedrich Georg Jünger y en el libro más ambiguo y sugestivo de Ernst Jünger: El Trabajador, de 1932.

No es este el espacio para analizar un breve ensayo que tiene la intensidad y la perplejidad de lo realmente nuevo. Diría que El Trabajador señala la Figura de nuestro tiempo. Es la realidad que se nos impone, como el tipo de esta época. Crea y transforma la historia. Poco tiene que ver con la moral o la política. Es una superación del burgués y del obrero (socialista o capitalista). El Trabajador absorbe a todas las clases. Es el espíritu dominante. Dejará atrás todas las políticas forjadas en el siglo XIX. A esta "figura" corresponde la movilización total de la sociedad a través de la producción y la tecnología. Sólo se puede ser libre si se acepta esa figura de nuestro tiempo. Para Jünger ya no hay posibilidad de retornar a "valores" sentimentales. Hay que encaballarse a la gran imagen actual y cabalgar el tigre. Unido El Trabajador a la tecnología en su desarrollo paroxístico, se crea una dominación perversa, es una sociedad de titanes pero sin dioses. Jünger entrevió que el supremo destino del Trabajador era dominar la tecnología y adecuarla a lo humano y a una relación no

destructiva con la naturaleza. Esto significaba superar la era de demiurgos y titanes para consolidar el retorno de los dioses. La epifanía que necesita esta sociedad triunfante en las cosas y enana y desabrida en todo lo humano. El símbolo del hacer actual es el titán Prometeo. Es admirablemente fuerte, pero desemboca en la Nada, en el nihilismo.

El ascenso del nazismo al poder significó para Jünger la continuación de su eterno exilio. Tal vez creyó en algún momento, como Martín Heidegger, Gottfried Benn, Konrad Lorenz, Heinrich Mann, que el nazismo significaría una refundación pagana del mundo, una apertura revolucionaria hacia los valores profundos de naturaleza, tierra, sangre y germanidad. Pero en su caso no hubo compromiso alguno. Desde 1933 se indispuso con el régimen. Se emboscó. Se fue a vivir a una pequeña aldea. Se dedicó con ahínco a la entomología, coleccionó libros, insectos, vinos finos. Sin esperanza en triunfos exteriores fue publicando sus libros. Tormentas de acero. La Colina 925. Hefópolis. Acantilados de mármol. Heidegger lo incita a reeditar El Trabajador. Jünger publica sus libros en Klett Cotta, una editorial poco comercial del sur de Alemania.

Es el tiempo de sus reflexiones exóticas. De sus investigaciones con drogas (era amigo hasta su muerte de Hoffmann, el sintetizador del lisérgico). Comprende cabalmente el aforismo de Nietzsche: "todo lo que no mata nos hace más fuertes", porque sus heridas y sus condecoraciones lo preservarán de las iras del poder.

Es movilizado como capitán de reservas en 1939 y enviado otra vez al frente de Francia. Esta vez ya no hay por la guerra el élan de 1914 y el espíritu aventurero. Su Diario es desconcertante. Cuenta el avance alemán hablando de flores, de colores, de paisajes y campesinos franceses. Se burla. Nos enseña a no ceder, a anteponer lo mejor de la vida en toda circunstancia. Llamará al primer tomo de sus memorias, Radiaciones: jardines y caminos.

Su diario parisién está determinado por el mismo esfuerzo: hacer prevalecer lo humano sobre el horror y la humillación de la ocupación. Sólo una civilización como la de los franceses puede comprender el juego: le permiten asistir de uniforme a reuniones con Picasso, Colette, Montherlant, Céline, Cocteau, Gide y el grupo de críticos de la Nouvelle Revue.

Cenas en los grandes restaurantes. Caminatas por librerías de viejo y rincones de coleccionistas. Vive probablemente amores con esos personajes que nunca describe y encubre con seudónimos, Charmille, Doctoresse... (Hitler se llamará "Kniébolo", y critica su modo de usar el mecanismo racional tradicional para explicar sinrazones).

Así como no exagera de ese París que ama entrañablemente (su "segunda patria") cuando repentinamente lo envían al infierno del frente ruso, en 1942, tampoco pierde el aristocratismo salvador de ponerse por encima de las penurias. Vivirá la derrota de los ejércitos en el frente oriental. De las cenas del Ritz pasará a la sopa de coles, sin variación posible. Debe luchar con las ratas para conseguir un espacio para dormir. Para colmo sus libros son prohibidos con la excusa "de que sólo hay papel para cosas importantes" (Goebbels).

Los desastres bélicos se suceden. Los triunfadores son también despreciables. Jünger se embosca otra vez en su aldea ya que la vida pública es atroz e incontrolable, edificar mi casa y mi aldea como si fuera el Mundo... Los ingleses suceden a Goebbels: comunican que los libros de Jünger seguirán prohibidos. Este escribirá: "Los perseguidores se relevan." Es el momento de la gran revelación, la confirmación de todas sus sospechas: estamos en un tiempo nocturnal, hay que recogerse en un espacio de sabiduría y sosegada creación. La paz que sobreviene es otra forma del mismo nihilismo. Es el ciclo del Kali Yuga del que hablaba su admirado Guénon.

Tiene vivencias increíbles al establecerse en Alemania. Impera un hipócrita fervor

democrático y aliadófilo: algunos amigos que le recriminaron por no plegarse al nazismo, ahora eran funcionarios y le exigían deponer sus ideas antiliberales! Pero nadie puede destruir la verdad de sus palabras y de sus libros. Se lo mantiene al margen en el mundo universitario y de la crítica. El emboscado, el rebelde, tiene que vérselas con la democracia de los conversos.

Desde 1950 se refugia en Wilflingen, en el "manoir" del castillo que perteneciera a su amigo von Stauffenberg, quien atentó contra Hitler en 1944 pasando una bomba en su elegante portafolios de cuero.

En Francia y en España se fue creando una nueva lectura de este creador que desde 1920 había predicho la enfermedad y la crisis final del siglo por causa de la incontrolada tecnología.

En 1982 se le concedió en París el premio de la Fundación Cino del Duca. (Francia trataba mejor a su ocupante de la guerra, que Alemania a su soldado enviado para la ocupación.) En esa ocasión se congregaron muchos amigos de los tiempos de su estadía parisién. El gran crítico Robert Kanters hizo el elogio del hombre y del creador.

Allí tuve oportunidad de conocerlo. Era un señor amabilísimo, vestido con un discreto traje gris. Estaba solo en un extremo de una mesa con canapés y dulces de cóctel. Tomaba su copa de vino blanco de Mosela. Tenía entonces 87 años pero no aparentaba más que setenta. Su francés era límpido como el de algunas zonas de Provenza. Le expresé mi interés por Friedrich Hielscher, el 'Bogo' de sus relatos, vinculado al "nazismo esotérico". "Nadie quiere escribir o reconocer la existencia de esos temas", dijo. Había conocido a Dietrich Eckardt, a Karl Haushoffer y muchos personajes de las corrientes secretas del movimiento. Obviamente se mantenía muy prudente de cualquier comentario personal en torno al nazismo. Sabía que todo lo que dijese sería mal interpretado. No podía dejar de seguir siendo "el emboscado".

ERNST JÜNGER, PENSADOR POLÍTICO RADICAL

Wolfgang Herrmann

Todas las ideas que el nacionalismo revolucionario desarrolló durante los diez primeros años que siguieron la Gran Guerra encontraron su ápice en la obra de Ernst Jünger. Los residuos del Movimiento de Juventud -que literalmente "se había fundido" en el transcurso de las hostilidades- los eternos soldados por naturaleza, los putschistas, los revolucionarios y los combatientes del Landvolk siempre han encontrado en Jünger al hombre que exponía sus ideas. Pero Ernst Jünger fue mucho más lejos que todos ellos, lo que certifica el contenido del “Trabajador”.

No permaneció a una simple interpretación de los acontecimientos de la Guerra, lo que fue objeto en “DER Kampf als inneres Erlebnis”, resumen de estas impresiones de soldado. Este pequeño volumen busca las sensaciones del soldado de la Primera Guerra Mundial, explora la estructura. Y este sondeo es la expresión al mismo tiempo de una nueva voluntad política, la primera tentativa de fundar este "realismo heroico", que se ha convertido en, ante los límites de la vida, escéptico, objetivo y protestante. Al volver de nuevo de la guerra, Jünger adquirió un conocimiento: la impresión que este conflicto dejó en él y en la interioridad de sus compañeros, es más movilizadora, más reivindicadora y más sustancial que el mensaje de las ideologías dominantes de su tiempo. Por esta razón la Guerra fue el inicio de sus escritos posteriores, como El Trabajador y La movilización total.

Estos dos libros penetran en una nueva "capa geológica" de la conciencia humana y modifican la función de ésta en el mundo moderno. Los dos libros tratan sobre el

principio de la movilización total, que la Guerra impuso a los hombres. Desde un punto de vista sociológico, la guerra moderna es un proceso de trabajo, de trabajo, inmenso, gigantesco, espantoso en sus dimensiones; moviliza el conjunto de las reservas del pueblo en guerra. Los países se transforman en fábricas gigantes que producen a la cadena para los ejércitos. Por otra parte, la guerra de material pasa a ser para las tropas que combaten ellas mismas en una clase de proceso de trabajo, que los técnicos de la guerra tienen la voluntad de llevar a cabo. El nuevo tipo de hombre que se forma en tal contexto es el del Trabajador-Soldado, en quien no permanece nada de la poesía tradicional del Soldado y que no lanza ya su entusiasmo sino su asiduidad en el reducto que debe ocupar. Jünger sabe en adelante que "la movilización total, como medida del pensamiento organizador, no es más que un reflejo de esta movilización superior, que el tiempo realiza en nosotros".

Y esa movilización es ineludible, la voluntad consciente del individuo no puede cambiar nada. La movilización total de las últimas energías prepara, de la misma manera que está en sí mismo un proceso de disolución, la llegada de un nuevo carácter. La figura que forjará este nuevo orden es la del Trabajador. La imagen de este Trabajador, de este fenómeno que hace irrupción en nuestro siglo XX, la encontramos en la educación y las artes modernas; Jünger la concibió según las características del Soldado del Frente y según el modelo ruso donde el Trabajador se convierte en el Soldado de la Revolución.

Jünger no concibe la categoría del Trabajador como un "estado" de la sociedad, como lo quiere la ciencia burguesa, o como una clase, tal como ocurre con el marxista, sino que ve en el Trabajador un nuevo tipo humano, una nueva mentalidad en gestación, que conseguirá la fusión de la libertad y el poder.

Sólo el Trabajador mantiene aún una "relación ilimitada con las fuerzas elementales", que penetraron en el espacio burgués, operando la obra de la destrucción. Conservadores tradicionales y Cristianos impugnaron este libro radical con una vehemencia afirmada. El Trabajador sigue siendo sin embargo una obra difícil a leer: oculta una indudable dimensión filosófica; aborda la problemática cambiando constantemente el punto de vista, lo que exige por parte del lector una comunidad de pensamiento y una capacidad para volverse a poner perpetuamente en cuestión (...).

ERNST JÜNGER Y EL TRABAJADOR

Alain de Benoist

Al evocar El Trabajador, al mismo tiempo que la primera versión de Corazón aventurero, el ensayista Armin Mohler, autor de un manual que se ha convertido en un clásico sobre la revolución conservadora alemana (Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932. Ein Handbuch, 2ª ed., Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1972), escribe: “Aún hoy, no puedo acercarme a estas obras sin sentir un cierta turbación”. En otra parte, calificando a El Trabajador de “bloque errático” en el seno de la obra de Ernst Jünger, afirma: “Der Arbeiter es algo más que una filosofía: es una creación poética” (prefacio de Marcel Decombis, Ernst Jünger et la “Konservative Revolution”, GRECE, 1975, p. 8). El término es apropiado, sobre todo si se admite que toda poesía fundadora es a la vez reconocimiento del mundo y revelación de los dioses. Libro “metálico” —estamos tentados de emplear la expresión “tempestad de acero”—, El Trabajador posee, en efecto, una trascendencia metafísica, que va más allá del contexto histórico y político en el que fue escrito. Su publicación no solamente ha marcado una fecha capital en la historia de las ideas, sino que constituye en la obra jüngeriana un tema de reflexión que no ha dejado de fluir,

cual oculta vena, a lo largo de la vida de su autor.

Nacido el 29 de marzo de 1895 en Heidelberg, Jünger hizo sus primeros estudios en Hannover, en Schwarzenberg, en los Montes Metálicos, Braunschweig, de nuevo en Hannover, así como en la Schsrnhorst-Realschule de Wunstorf. En 1911, se adhiere a la sección de Wunstorf de los Wandervögel. Ese mismo año, publica su primer poema (Unser Leben) en el periódico local de aquella organización juvenil. En 1913, a la edad de 18 años, se fuga del hogar paterno. Objeto de su escapada: alistarse en Verdún a la Legión Extranjera. Algunos meses más tarde, después de una corta estancia en Argel y una fase de instrucción en Sidi-bel-Abbés, su padre le convence para volver a Alemania. Retoma sus estudios en el Gildemeister Institut de Hannover, donde se familiarizará con la obra de Nietzsche.

La primera guerra mundial estalla el primero de agosto de 1914. Jünger se convierte en combatiente voluntario. Ingresa en el 73º Regimiento de fusileros y recibe la orden de marcha el 6 de octubre. El 27 de diciembre parte para el frente de Champagne. Combate en Dorfes-les-Epargnes, en Douchy, en Monchy. Jefe de sección en agosto de 1915, alférez en noviembre, sigue a partir de 1916 un curso para oficiales en Croisilles. Dos meses más tarde participa en los combates de Somme, donde es herido dos veces. De nuevo en el frente, en noviembre, con el grado ya de teniente, es otra vez herido, esta vez cerca de Saint-Pierre-Vaast. El 16 de diciembre es condecorado con la Cruz de Hierro de 1ª clase. En febrero de 1917 es ascendido a Strosstrupp-führer, jefe de comando de asalto. Es el momento en el que la guerra se ha atascado, al tiempo que las pérdidas humanas adquieren una terrible dimensión. Del lado francés, se aprestan a la sangrienta e inútil ofensiva del Chemin des Dames. A la cabeza de sus hombres, Jünger se desliza por las trincheras y multiplica los golpes de mano. Escaramuzas incesantes, nuevas heridas: en julio, en el frente de Flandes, y también en diciembre. Jünger es condecorado con la Cruz de Caballero de la Orden de los Hohenzollern. Durante la ofensiva de marzo de 1918 continúa capitaneando a sus soldados en múltiples escaramuzas. Es herido una vez más. En agosto, nuevas heridas, esta vez cerca de Cambrai. Finaliza la guerra en un hospital militar, ¡después de haber sido herido catorce veces! Ello le vale la Cruz "Por el Mérito", la más importante condecoración del ejército alemán. Sólo doce oficiales subalternos de tierra, entre ellos el futuro mariscal Rommel, recibirán dicha distinción a lo largo de la primera guerra mundial.

De 1918 a 1923, Jünger, acuartelado en la Reichswehr de Hannover, comienza a escribir sus primeros libros impregnados de la experiencia que le ha aportado su presencia en el frente. Tempestades de acero (In Stahlgewittern), publicado en 1919 por cuenta del autor y reeditado en 1922, conocerá un gran éxito. Le seguirán La guerra como experiencia interior (Der Kampf als innere Erlebnis, 1922), El bosquecillo 125 (Das Wäldchen 125, 1924), Feuer und Blut (1925). No tardará Jünger en ser considerado como uno de los escritores más brillantes de su generación, como nos lo ha recordado Henri Plard ("La carrière d'Ernst Jünger, 1920-1929", en Etudes germaniques, 4/6.1978), incluso si apelamos a sus artículos sobre la guerra moderna publicados en la Militär-Wochenblatt.

Pero Jünger no se siente cómodo en un ejército en la paz. Tampoco le tienta la aventura de los Cuerpos Francos. El 31 de agosto de 1923, abandona la Reichswehr y se matricula en la Universidad de Leipzig para estudiar biología, zoología y filosofía. Tendrá como profesores a Hans Driesch y a Felix Krüger. El 3 de agosto de 1925 se casa con Gretha von Jeinsen, de diecinueve años, que le dará dos hijos: Ernst, nacido en 1926, y Alexander, en 1934. Durante ese período, sus ideas políticas maduran en la misma dirección de la efervescencia que agita cualesquiera facciones de la opinión pública germana: el vergonzoso tratado de Versalles, del que la República de Weimar ha aceptado sin vacilar todas las cláusulas y al que sólo se aceptará como un insoportable Diktat. En el transcurso de unos meses se ha

convertido en uno de los principales representantes de los medios nacional-revolucionarios, importante grupo de la Revolución Conservadora situado a la "izquierda", junto a los movimientos nacional-bolcheviques agrupados alrededor de Niekisch. Sus escritos políticos se inscriben en el período medio republicano (la "era Stresemann") que finaliza en 1929, tiempo de tregua provisional y de aparente calma. Jünger dirá más tarde: "Sólo se vivía para la idea" (Diario, t. II, 20.4.1943).

Sus ideas se expresaron primeramente en revistas. En septiembre de 1925, el antiguo jefe de los Cuerpos Francos, Helmut Franke, que acababa de publicar un ensayo bajo el título Staat im Staate (Stahlhelm, Berlín, 1924), lanza la revista Die Standarte, que trata de aportar una "contribución a la profundización espiritual del pensamiento del frente". Jünger pertenecerá a su redacción, en compañía de otro representante del "nacionalismo de los soldados", el escritor Franz Schauwecker, nacido en 1890. Die Standarte fue, en principio, suplemento del semanario Der Stahlhelm, órgano de la asociación de antiguos combatientes del mismo nombre dirigido por Wilhelm Kleinau. Die Standarte tenía una tirada nada despreciable: alrededor de 170.000 lectores. Entre septiembre de 1925 y marzo de 1926, Jünger publica diecinueve artículos. Helmut Franke firma los suyos con el pseudónimo "Gracchus". La joven derecha nacional-revolucionaria se expresa allí: Werner Beumelburg, Franz Schauwecker, Hans Henning von Grote, Friedrich Wilhelm Heinz, Goetz Otto Stoffegen, etc.

En las páginas de Die Standarte, Jünger adoptará pronto un tono muy radical, distinto al de la mayoría de los adheridos al Stahlhelm. A partir de octubre de 1925, critica la tesis de la "puñalada por la espalda" (Dolchstoss) que habría supuesto para el ejército germano la revolución de noviembre (tesis casi unánime en los medios nacionales). Llegó incluso a subrayar cómo algunos revolucionarios de extrema izquierda fueron valerosos combatientes durante la guerra ("Die Revolution", en Die Standarte, n. 7, 18.10.1925). Afirmaciones de este tipo suscitaron vivas polémicas. La dirección del Stahlhelm se pone en guardia y decide distanciarse del joven equipo periodístico. En marzo de 1926 la publicación desaparece, para renacer al mes siguiente con el nombre abreviado de Standarte, con Jünger, Schauwecker, Kleinau y Franke como coeditores. En este momento, los lazos con el Stahlhelm no han sido aún rotos; los antiguos combatientes continúan financiando indirectamente a Standarte, publicado por la casa editora de Seldte, la Frundsberg Verlag. Jünger y sus amigos reafirman lo mejor de su voluntad revolucionaria. El 3 de junio de 1926 Jünger publica un llamamiento a la unidad de los antiguos combatientes del frente con el objeto de fundar una "república nacionalista de los trabajadores", convocatoria que no tendrá eco. En agosto, a petición de Otto Hörsing —cofundador de la Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold, la milicia de seguridad de los partidos socialdemócrata y republicano—, el gobierno, tomando como pretexto un artículo sobre Rathenau aparecido en Standarte, cierra la revista durante cinco meses. Momento que Seldte aprovecha para relevar a Helmut Franke de sus responsabilidades. En solidaridad con Franke, Jünger se aparta del periódico y en noviembre, junto al propio Franke y a Wilhelm Weiss, inicia la edición de una nueva publicación titulada Arminius. (Standarte aparecerá hasta 1929, bajo la dirección de Schauwecker y Kleinau).

En 1927 Jünger marcha de Leipzig para instalarse en Berlín, donde establecerá estrechos contactos con antiguos miembros de los Cuerpos Francos y con medios de la juventud bündisch. Estos últimos, oscilando entre la disciplina militar y un espíritu de grupo muy cerrado, tratan de conciliar el romanticismo aventurero de los Wandervögel con una organización de tipo más comunitario y jerarquizado. Jünger traba una especial amistad con Werner Lass, nacido en Berlín en 1902, y fundador en 1924, junto al antiguo jefe de los Cuerpos Francos Rossbach, de la Schilljugend (movimiento juvenil con cuyo nombre se perpetúa el recuerdo del mayor Schill, caído

en la lucha de liberación frente a la ocupación napoleónica). En 1927 Lass se separa de Rossbach para fundar la Freischar Schill, grupo bündisch del que Jünger será mentor (Schirmherr). De octubre de 1927 a marzo de 1928 Lass y Jünger se asocian para publicar la revista Der Vormarsch, fundada en junio de 1927 por otro famoso jefe de los Cuerpos Francos, el capitán Ehrhardt.

Durante este período, Jünger ha experimentado no pocas influencias literarias y filosóficas. La guerra, el frente, le ha permitido la misma triple experiencia de ciertos escritores franceses de finales del siglo XIX, como Huysmans y Léon Bloy, que desemboca en un cierto expresionismo que se deja percibir en La guerra como experiencia interior y, sobre todo, en la primera versión de Corazón aventurero, y en una especie de "dandysmo" baudeleriano en Sturm, obra novelesca de juventud, tardíamente publicada, que lleva claramente esta marca. Armin Mohler, en esta línea, ha parangonado al joven Jünger con el Barrès del Roman de l'énergie nationale: para el autor de La guerra como experiencia interior, como para el de Scènes et doctrines du nationalisme, el nacionalismo, sustituto religioso, modo de expansión y de reforzamiento del alma, resulta ante todo una opción deliberada, siendo el aspecto decisorio de esta orientación el que deriva del estallido de las normas, consecuencia de la primera guerra mundial.

La influencia de Nietzsche y de Spengler es evidente. En 1929, en una entrevista concedida a un periódico británico, Jünger se definirá como "discípulo de Nietzsche", subrayando el hecho de que éste fue el primero en recusar la ficción del hombre universal y abstracto, "rompiendo" dicha ficción en dos tipos concretos y diametralmente opuestos: el fuerte y el débil. En agosto de 1922 lee con fruición el primer tomo de La decadencia de Occidente y es en el momento de la publicación del segundo, en diciembre del mismo año, cuando escribe Sturm. Empero, como se verá, Jünger no se resignará ser un pasivo discípulo. Está lejos de seguir a Nietzsche y a Spengler en la totalidad de sus afirmaciones. El declive de Occidente no será, desde su punto de vista, una fatalidad ineluctable; hay otras alternativas a una simple aceptación del reino de los "Césares". Asimismo, retoma por su cuenta el cuestionamiento nietzscheano, que desea perfilar de una vez por todas.

La guerra, a fin de cuentas, ha sido la experiencia más impactante. Jünger aporta, en primer lugar, la lección de lo agónico. Ardor, nunca odio: el soldado que está al otro lado de la trinchera no es una encarnación del mal, sino una simple figura de la adversidad del momento. Jünger, por tanto, carece de enemigo (Feind) absoluto: ante sí sólo existe el adversario (Gegner), conformándose así el combate como "cosa siempre de santos". Otra lección es que la vida se nutre de la muerte y ésta de aquélla: "El saber más preciado que se ha aprendido en la escuela de la guerra, escribirá Jünger, en su intimidad más secreta, es indestructible" (Das Reich, 10.1930).

Para algunos la guerra ha sido entregada. Pero en virtud del principio de equivalencia de los contrarios, el desastre concitará un análisis positivo. La derrota o la victoria no es lo que más importa. Esencialmente activista, la ideología nacional-revolucionaria profesa un cierto desprecio por los objetivos: se combate, no para conseguir la victoria, sino para guerrear. "La guerra, afirma Jünger, no es tanto una guerra entre naciones, como una guerra entre razas de hombres. En todos los paises que han intervenido en la guerra, hay a la vez vencedores y vencidos" (La guerra como experiencia interior). Más aún, la derrota puede llegar a convertirse en el fermento de victoria. Y llega a pulsar la condición misma de esta victoria. En el epígrafe de su libro Aufbruch der Nation (Frundsberg, Berlín, 1930), Franz Schauwecker escribió esta estremecedora frase: "Era preciso que perdiéramos la guerra para ganar la nación". Recordaba, tal vez, esta otra de Léon Bloy: "Todo lo que llega es adorable". Jünger, por su parte, sostiene: "Alemania ha sido vencida, pero esta derrota ha sido saludable porque ha contribuido a la desaparición de la vieja Alemania (…) Era preciso perder la

guerra para ganar la nación". Vencida por los aliados, Alemania pudo volverse hacia sí misma y transformarse revolucionariamente. La derrota debía ser aceptada con fines de trasmutación, de manera casi alquímica; la experiencia del frente debía ser "trasmutada" en una nueva experiencia vital para la nación. Tal era el fundamento del "nacionalismo de los soldados". Es en la guerra, dice Jünger, donde la juventud ha adquirido "la seguridad de que los antiguos caminos no llevan a ninguna parte, y que es preciso abrir otros nuevos". Cesura irreversible (Umbruch), la guerra ha abolido los vetustos valores. Toda actitud reaccionaria, cualquier deseo de marcha atrás es imposible. La energía de ayer era utilizada en luchas puntuales de la patria y por la patria, pero en lo sucesivo servirá a la patria bajo otra forma. La guerra, dicho de otro modo, suministrará el modelo de paz.

En El Trabajador, puede leerse: "El frente de la guerra y el frente del trabajo son idénticos" (p. 109). La idea central es que la guerra, por superficial y poco significativa que pueda parecer, tiene un sentido profundo. No puede ser aprehendida a través de una comprensión racional, sino que únicamente puede ser presentida (ahnen). La interpretación positiva que Jünger da de la guerra no está, contrariamente a lo que a menudo se ha dicho, esencialmente ligada a la exaltación de los "valores guerreros". Procede de la inquietud política de buscar cómo el sacrificio de los soldados muertos no debe ni puede ser considerado inútil.

A partir de 1926 Jünger hace varios llamamientos para la formación de un frente unido de grupos y movimientos nacionales. Al mismo tiempo, trata —sin mucho éxito— de señalarles el camino de una necesaria autotransformación. También el nacionalismo precisa ser "trasmutado" alquímicamente. Debe desembarazarse de toda vinculación sentimental con la vieja derecha y convertirse en revolucionario, dando fe del declive del mundo burgués, hecho que podemos observar tanto en las novelas de Thomas Mann (Die Buddenbrooks) como en las de Alfred Kubin (Die andere Seite).

Desde esta perspectiva, lo esencial es la lucha contra el liberalismo. En Arminius y en Der Vormarsch Jünger ataca el orden liberal simbolizado por el Literat, el intelectual humanista partidario de una sociedad "anémica", el internacionalista cínico al que Spengler apunta como verdadero responsable de la revolución de noviembre y propagador de la especie consistente en que los millones de muertos de la Gran Guerra han perecido para nada. Paralelamente estigmatiza la "tradición burguesa" que reclaman para sí los nacionales y los adheridos al Stahlhelm, esos "pequeños burgueses (Spiessbürger) que, favorables a la guerra, se han escabullido tras la piel del león" (Der Vormarsch, 12.1927). Ataca sin tregua el espíritu guillermino, el culto al pasado, el gusto de los pangermanistas por la "museología" (musealer Betrieb). En marzo de 1926 define por vez primera el término "neonacionalismo", que opone al "nacionalismo de los antepasados" (Altväternationalismus). Defiende a Alemania, pero la nación es para él mucho más que un territorio. Es una idea: Alemania es fundamentalmente aquel concepto capaz de inflamar los espíritus. En abril de 1927, en Arminius, Jünger se autodefine implícitamente nominalista: declara no creer en verdad general alguna, en ninguna moral universal, en ninguna noción de "hombre" como ser colectivo poseedor de una conciencia y derechos comunes. "Creemos, dirá, en el valor de lo singular" (Wir glauben an den Wert des Besonderen). En una época en que la derecha tradicional apuesta por el individualismo frente al colectivismo, o los grupos völkisch se recluyen en la temática del retorno a la tierra y a la mística de la "naturaleza", Jünger exalta la técnica y condena al individuo. Nacida de la racionalidad burguesa, explica en Arminius, la todopoderosa técnica se revuelve contra quien la ha engendrado. El mundo avanza hacia la técnica y el individuo desaparece; el neonacionalismo debe ser la primera tendencia en extraer estas lecciones. Es más, será en las grandes ciudades donde la

"nación será ganada"; para los nacional-revolucionarios, "la ciudad es un frente".

Alrededor de Jünger se constituye el llamado "grupo de Berlín", en cuyo seno encontraremos a representantes de las diferentes corrientes de la Revolución Conservadora: Franz Schauwecker y Helmut Franke; el escritor Ernst von Salomon; el nietzcheano-anticristiano Friedrich Hielscher, editor de Das Reich; los neoconservadores August Winnig (al que Jünger conocerá en el otoño de 1927 por mediación del filósofo Alfred Baeumler) y Albrecht Erich Günther, coeditor —junto a Wilhelm Stapel— del Deutsches Volkstum; los nacional-bolcheviques Ernst Niekisch y Karl O. Paetel y, por supuesto, a su hermano y reconocido teórico Friedrich Georg Jünger. Friedrich Georg, cuyas posiciones tendrán una gran influencia en la evolución de Ernst, nació en Hannover el 1 de septiembre de 1898. Su carrera ha corrido pareja a la de su hermano. Voluntario en la Gran Guerra, participa en 1916 en los combates del Somme, alcanzando el empleo de comandante de compañía. En 1917, gravemente herido en el frente de Flandes, pasa varios meses en distintos hospitales militares.

De regreso a Hannover, nada más concluir la guerra, y tras un breve paréntesis como teniente de la Reichswehr —1920—, inicia sus estudios de derecho, redactando su tesis doctoral en 1924. A partir de 1926 envía sus artículos regularmente a las revistas en las que colabora su hermano: Die Standarte, Arminius, Der Vormarsch, etc., y publica, en la colección "Der Aufmersch" dirigida por Ernst, un breve ensayo titulado Aufmarsch des Nationalismus (Der Aufmarsch, Berlín, 1926, prefacio de Ernst Jünger; 2ª ed.: Vormarsch, Berlín, 1928). Influido por Nietzsche, Sorel, Klages, Stefan George y Rilke, a quienes frecuentemente cita en sus trabajos, se consagrará al ensayo y a la poesía. El primer estudio que sobre él se publica (Franz Josef Schöningh, "Friedrich Georg Jünger und der preussische Stil", en Hochland, 2.1935, pp. 476 y 477) lo encuadró en el "estilo prusiano".

En abril de 1928 Ernst Jünger confía la sucesión a la dirección de la revista Der Vormarsch a su amigo Friedrich Hielscher. Algunos meses más tarde, en enero de 1930, se convierte junto a Werner Lass en el director de Die Kommenden, semanario fundado cinco años antes por el escritor Wilhelm Kotzde —que ejerció una gran influencia sobre los movimientos juveniles de ideología bündisch y de manera muy especial sobre la tendencia de este movimiento que evolucionará hacia el nacional-bolchevismo, representado por Hans Ebeling y, sobre todo, por Karl O. Paetel—, colaborando al mismo tiempo en Die Kommenden, en Die sozialistische Nation y en los Antifaschistische Briefe.

Trabaja también para la revista Widerstand, fundada y dirigida por Niekisch a mediados de 1926. Ambos se conocerán en el otoño de 1927 estableciéndose una sólida amistad. Jünger escribirá: "Si se quiere resumir el programa que Niekisch desarrolla en Widerstand en una frase alternativa, esta podría ser: contra el burgués y por el Trabajador, contra el mundo occidental y por el Este". El nacional-bolchevismo, en el que por otra parte confluyen múltiples y variadas tendencias, se caracteriza de hecho por su idea de la lucha de clases a partir de una definición comunitaria, colectivista si se quiere, de la idea de nación. "La colectivización, afirma Niekisch, es la forma social que la voluntad orgánica debe poseer si quiere afirmarse frente a los efectos mortíferos de la técnica" ("Menschenfressende Technik", en Widerstand, n. 4, 1931).

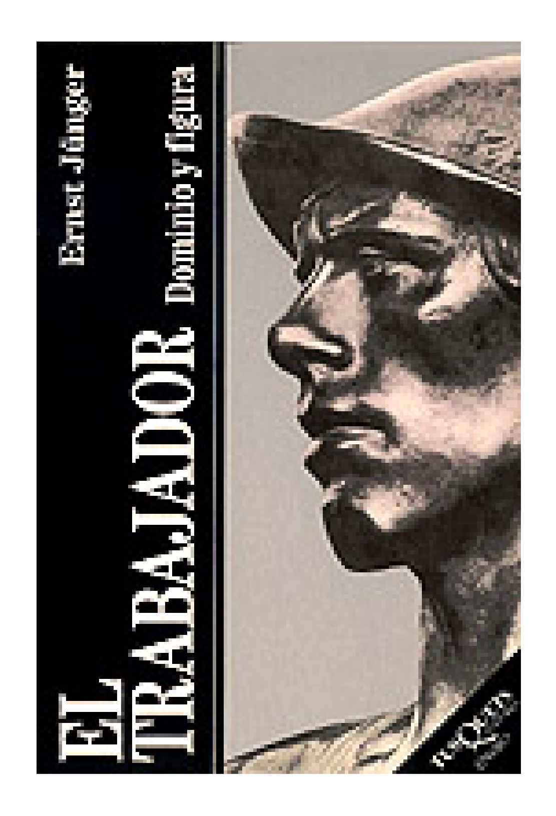
Según Niekisch, el movimiento nacional y el movimiento comunista tienen, a fin de cuentas, el mismo adversario, como los combates contra la ocupación del Ruhr han demostrado y es la razón por la que las dos "naciones proletarias", Alemania y Rusia, deben buscar un entendimiento. "El parlamentarismo democrático liberal huye de toda decisión, declara Niekisch. No quiere batirse, sino discutir (…) El comunismo busca decisiones (…) En su rudeza, hay algo de fortaleza campesina; hay en él más dureza prusiana, aunque no

sea consciente de ello, que en un burgués prusiano" (Entscheidung, Widerstand, Berlín, 1930, p. 134). Tales posiciones impregnan a una facción nada despreciable del movimiento nacional-revolucionario. Jünger mismo, como muy bien ha captado Louis Dupeux (op. cit.), llegó a estar "fascinado por la problemática del bolchevismo", aunque no podamos considerarlo un nacional-bolchevique en sentido estricto.

Werner Lass y Jünger se apartan en julio de 1931 de Die Kommenden. El primero lanza, a partir de septiembre, la revista Der Umsturz, que hizo las veces de órgano de la Freischar Schill y que, hasta su desaparición, en febrero de 1933, se declarará abiertamente nacional-bolchevique. Jünger, sin embargo, está en otra disposición espiritual. En el transcurso de algunos años, utilizará toda una serie de revistas como muros donde encolar sus carteles —serán los autobuses "a los que uno se sube y abandona a su antojo"—, siguiendo una línea evolutiva eminentemente política. Las consignas formuladas por él no han obtenido el eco esperado, sus llamamientos a la unidad no han sido atendidos. Jünger acabará por sentirse un extraño en cualesquiera corrientes políticas. No hay más simpatía hacia el nacionalsocialismo en ascensión que para las ligas nacionales tradicionales.

Todos los movimientos nacionales, explica en un artículo publicado en el Süddeutsche Monatshefte (9.1930, pp. de la 843 a la 845), ya sean tradicionalistas, legitismistas, economicistas, reaccionarios o nacionalsocialistas, extraen su inspiración del pasado y, desde esta perspectiva, son tan sólo movimientos a los que no cabe más que calificar de "liberales" y "burgueses". Entre neoconservadores y nacional-bolcheviques, entre unos y otros, los grupos nacional-revolucionarios no podrán imponerse. De hecho, Jünger ya no cree en la posibilidad de acción colectiva alguna. Así lo subrayará más tarde Niekisch en su autobiografía (Erinnerungen eines deutschen Revolutionärs, Wissenschaft u. Politik, Colonia, 1974, vol. I, p. 191), y Jünger, que ha pulsado suficientemente la actualidad, acaba por trazarse una vía más personal e interior. "Jünger, ese perfecto oficial prusiano que es capaz de someterse a la disciplina más dura, escribe Marcel Decombis, no podrá ya integrarse en colectivo alguno" (Ernst Jünger, Aubier-Montaigne, 1943). Su hermano que, a partir de 1928, ha abandonado la carrera jurídica, evolucionará de igual forma que Ernst. Escribe sobre la poesía griega, la novela americana, Kant, Dostoievski. Los dos hermanos emprenden una serie de viajes: Sicilia (1929), las Baleares (1931), Dalmacia (1932), el Mar Egeo.

Ernst y Friedrich Georg Jünger continúan publicando algunos artículos, principalmente en Widerstand. Pero el período periodístico de ambos acaba. Entre 1929 y 1932 Ernst Jünger concentra todos sus esfuerzos en nuevos libros. Es el momento de la primera versión de Corazón aventurero (Das abenteverliche Herz, 1929), el ensayo La movilización total (Die totale Mobilmachung, 1931) y El Trabajador (Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt), publicado en Hamburgo el año 1932, por la Hanseatische Verlagsanstalt de Benno Ziegler y que antes de 1945 llegará a conocer varias reediciones.



ERNST JÜNGER: MEMORIAS DE UN GUERRERO

Mauricio Castillo Videla

Ernst Jünger, filósofo alemán, testigo de un siglo, espectador atónito del abismo más obscuro, impertérrito de los hechos más gélidos… el nihilismo contemporáneo… La muerte de Dios y el ocaso de los ídolos. Sin duda, Es el último sabio de occidente que nos legó todo un acervo vivencial y la más radical experiencia del ser.

Jünger nace en Heidelberg un 29 de marzo de 1845, hijo de Ernst Jünger, farmacéutico, y de Lily Lampl. Alrededor del 1900 asiste a la Escuela de Hannover, luego en Schwarzenberg, para luego volver a Hannover. Recorre diversas escuelas destacándose por ser un alumno de bajo desempeño, pero con un alma inquieta y rebelde que lo impulsó a alistarse en la Legión extranjera y a viajar a Argelia en 1913, situación que tiene una corta duración, ya que es repatriado a Alemania por solicitud de su padre, mas el alma de un guerrero espera ansiosamente una nueva oportunidad, la que le presenta la aparición de la Primera Guerra Mundial, lo que lo conduce a enrolarse, no sin antes inscribir un bachillerato de emergencia en la Universidad de Heidelberg.
Su fecunda mente da fruto a sus primeras reflexiones que se convierten en "catorce cuadernillos" del pensar, que dieron el inicio de una fecunda obra, mas el alma guerrera brilla y desplaza sus tensiones haciéndole caer herido en catorce batallas y logrando de esta manera la más alta condecoración para un héroe de guerra.

En Hannover, en el año 1920, tiene sus primeros contactos con el expresionismo donde conoce a los poetas Kurt Schwitters y Klabernal, de paso, publica su primer libro "Tempestades de acero", en el que continúa con una fecunda creación intelectual que incluye poesías, cuentos y ensayos.

Estudia filosofía y biología en la Universidad de Leipzig y continúa estudios de zoología en Nápoles en 1925. Se casa con Gretha von Feinsen y fruto de este matrimonio nace su primer hijo, Ernst. En 1932 tiene una intensa actividad política, actividad heredada desde sus primeros años cuando militaba en grupos nacional-revolucionarios de "Deutsche Wandervogel" dedicando por esos tiempos sus esfuerzos vertidos en numerosas revistas nacionalistas y revolucionarias, tendencia que cristaliza en la llamada "Revolucion Conservadora" y se mantiene próximo a los círculos "nacional-bolcheviques", partidarios de una forma de nacionalismo germano socializante y con políticas de alianza con el bloque del este. Al acceder al poder el nacionalsocialismo, Jünger manifiesta su desagrado con esta nueva doctrina que la juzga plebella y demagógica.

Goebbels hace numerosos intentos por convencer a Jünger a militar en el NSDAP, intento que una y otra vez terminan finalmente con la ruptura entre ambos, dando como resultado la publicación "los acantilados de mármol" en 1939, una clara y directa crítica al nacionalsocialismo.

Tras el estallido de la Segnda Guerra Mundial se enrola en el Ejército, siendo trasladado a Francia, lugar donde toma numerosos contactos con intelectuales de la talla de Picasso y Brague. Se destaca su incesante preocupación por el buen trato a los prisioneros franceses y a los monumentos y a los bienes individuales.

En 1942 publica "Jardines y carreteras", su diario de 1939 a 1940. Ese mismo año, Goebbels le ordena la prohibición de publicar, siendo enviado al frente ruso, donde plasma sus experiencias en el libro "Anotaciones del Caucaso".

Tras el atentado a Hitler, Jünger es apartado de ejército por su amistad con varios implicados en el complot. Finalmente se radica en Kerchhorst, una aldea ubicada en

la zona de ocupación inglesa. Se niega profundamente al cumplimiento del cuestionario de desnazificación, por lo cual el mando militar inglés le prohibe publicar. En 1950, se traslada a vivir en Wieplengen, en Suavia, publicando "Sobre la linea", donde homenajea a su amigo Martin Heidegger.

Continúa su fecunda obra publicando numerosas más, como "La emboscadura" (1951), "Visita a Bodenholm" (1952), "El nudo jordiano" (1953), "Viaje a Cerdenal" (1954), "El trabajador" (1964), y otras obras.

Al llegar 1995 recibe un homenaje del mundo, premio que viene a reforzar numerosos premios recibidos en el transcurso de su vida. El 16 de febrero de 1998, en la ciudad de Wilflingen, muere el último testigo de un siglo.

Ernst Jünger, el gran filósofo de este siglo agónico, su vida fue el ideal hecho práxis y carne y sus ideas concentradas en "El trabajador" describen apocalípticamente el fin de esta época.

"La tarea consiste en descubrir el monstruoso proceso de muerte de que somos testigos. Esta muerte concierne al mundo burgués y a los valores que en la medida el burgués mismo es sólo un heredero".

La domesticación burguesa y el hiperindividualismo de la técnica produce que el último hombre, el más feo de todos, según Nietzsche, disponga de grandes medios que contrastan con su mediocridad y su bajeza de la orfandad espiritual de las urbes modernas, donde miles de hombres mueren anónimamente en los hospitales, siendo incorporados al lenguaje del antidios en la forma de prolegómenos epidemiológicos o casuísticas estadísticas, más esta fealdad de hombres sin destino, de números solitarios deambulando por las calles, dispuestos a destruir a otros símiles por un poco de confort o diversión que esconde la gran nada de tristes existencias vacías como el papel blanco.

Este hombre que cree a pie juntillas lo que se escribe en los periódicos, pero desdeña leer lo que está escrito en las estrellas, hombre temeroso, cobarde y descomprometido. Este hombre feo y bajo lo describe nuestro poeta será un hombre despierto, activo, desconfiado, sin relación con las musas, será un denigrador nato de todos los tipos superiores, de todas las ideas superiores.

Mas será el mundo de las musas y los misterios lo que reencarne el mundo e incorpore y revitalice la técnica, ahora al servicio del dios impersonal y la soledad más lúgubre. "La enorme superioridad de este reino del arte y de la veneración, podrá proporcionar al mundo de la técnica el milagro del ser y entonces quién sabe qué sorpresas nos estén deparadas".

El mundo de la ilustración, la arquitectura de las ciudades sin alma, las torres de vidrio enhiestas contra el cielo gris, las serpientes de la usura con sus colmillos clavados en el corazón de los hombres en fuga, alzan, en el desierto que crece, la bandera de la peste, el dominio univerbal de la decadencia y del nihilismo, mediante la planetarización de la técnica. En las alcanzabas de los soñadores, en el centro del mito, en las fraguas en que se martilla la espada del trabajador, la técnica deja de ser neutral, se carga de un nuevo significado. En al cielo con los dioses, en los reinos subterráneos con los titanes, se forja el centro espiritual en el que rinde la soberanía fáustica: El tiempo del trabajador se concentra y se abisma más allá del interregno y de la catástrofe, en la comarca que ningún enemigo puede hollar o destruir.

¿Pero es que un bebito va a llorar por cualquier dolor? La madre lo regaña con estas palabras: ¡Qué cobarde! llorar por el dolor de nada. ¿Qué harás cuando en la batalla te corten un brazo? ¿Y qué cuando hayas de hacerte el harakiri?

¿POR QUÉ JÜNGER?

Arturo Fontaine Talavera

¿Por qué se habla tanto hoy en día de Ernst Jünger? ¿Sólo o principalmente porque ha cumplido recién cien años? Este ensayo pasa revista a diversos motivos para explicar el fenómeno de esta "leyenda viva", entre ellos, Jünger como perspicaz testigo del siglo; sus curiosas y sorprendentes vinculaciones intelectuales; su escalofriante literatura sobre la guerra; su extraña trayectoria política; sus medallas al valor en ambas guerras mundiales; su personalidad, en la que se funden el viajero romántico, el ensayista, el que experimenta con drogas, el guerrero, el nacionalista antinazi, el entomólogo y el novelista; su pensamiento acerca de la técnica y la naturaleza. Se sugiere, al fin, que, antes que nada, el magnetismo que ejerce hoy su figura se entronca con el antiguo tema del héroe.

¿Por qué Jünger? ¿Sólo porque ha cumplido cien años en buena salud y perfecto uso de sus extraordinarias facultades de pensador y escritor? Es un hecho que, durante el último tiempo, el interés por su figura -por el hombre y por su obra— ha ido creciendo año a año. Cuando Joaquín Fermandois, autor de la antología que aparece en esta misma revista, comienza en 1972 la preparación de su libro Política y trascendencia en Ernst Jünger la situación es muy distinta. De Jünger entonces se hablaba muchísimo menos.
¿Se conecta esta preocupación con el renacimiento de los nacionalismos, con la fuerza con que irrumpió la sensación de pertenencia a una patria después de la caída de la Unión Soviética?

Jünger es una leyenda viva. Desde luego, su testimonio nos comunica con un pasado que nos atrae particularmente ahora: el mundo anterior a la Primera Guerra. Pareciera que el siglo XX comenzó ahí, con la caída del Imperio Austro-Húngaro. Y este hombre excepcional —sus valores, su sensibilidad— se formó antes de eso. Es un testigo único. Su mirada no tiene parangón. Y ahí están sus diarios, novelas y ensayos para demostrarlo. En particular, sus diarios de la Segunda Guerra, en los que la trama, que opera como un trasfondo dramático, es la historia del auge y caída de Alemania. Su prosa, salpicada de pensamientos, aforismos y detalles impresionantes, adquiere en ellos un gran poder y concentrada intensidad.

En seguida, está su experiencia del riesgo como soldado. En la Primera Guerra es herido varias veces y premiado con la Cruz de Hierro de primera clase, y la condecoración "Pour la Mérite", la más alta distinción al valor concedida por el Kaiser. Sólo 687 soldados reciben este premio durante la Primera Guerra.

Al término de esa guerra, ha recibido "catorce impactos directos", a consecuencia de disparos de fusil, obuses y granadas de mano. Queda enteramente sano, salvo veinte cicatrices de guerra. Luego, es premiado con la Cruz de Hierro de segunda clase en la Segunda Guerra. En este caso, por el valor demostrado en el rescate de un subordinado que fue herido y quedó expuesto al fuego enemigo. El artillero ha gritado pidiendo socorro. El capitán Jünger hace un reconocimiento del terreno y decide intentar el rescate personalmente. Lo acompaña el alférez Spinelli. Otro alférez, Erichson, se ofrece como voluntario, pero el capitán le ordena que los cubra apuntando su cañón hacia la trinchera. Los ven y comienzan a llegar las ráfagas de la ametralladora enemiga. De la casamata "no cesaban de disparar contra nosotros: el polvo de la tierra levantada por los proyectiles nos caía en el pelo y a nuestro alrededor empezaba a oler a chispas de metal". Salva al brigada herido y recupera también el cuerpo de su compañero, un cabo que había muerto en la acción y cuyo cuerpo, al agarrarlo, "he encontrado todavía caliente".

Esto ocurre el día en que cumple cuarenta y cinco años. Ha narrado la guerra con agudeza y exactitud descarnada, ajeno por

completo a las exaltaciones sentimentales, sean ellas belicistas o pacifistas. Medita sobre el miedo, la valentía, el mando: "A los subordinados se les puede pedir consejo sobre el asunto, pero no en lo referente al ethos que subyace al asunto". Su tono es el de un estoico: "De acuerdo con las leyes de una estética moral secreta, parece más digno, si uno cae, caer de cara que caer de espaldas" o "sólo cuando la muerte nos abra, rompiéndonos, estaremos vivos".

A menudo su estilo recuerda al del entomólogo que es: "Por la noche me he enterado de que el pedazo de metralla del tamaño de una perra chica que ha herido a Erichson ha penetrado profundamente en la carne. Las heridas en el cuello son siempre muy molestas pues por él pasan como por un istmo las vías vitales".[8] Informado de los horrores que se están cometiendo con los judíos, escribe en su diario: "Estas cosas se me aparecen a veces como una pesadilla, como un sueño demoníaco. Pero es necesario verlas con los ojos del médico, no esquivarlas. El burgués se encierra en sí mismo ante tales espectáculos".

El autor se esfuerza por estar a la altura de un código ético-militar y prusiano, de una moral heroica. En su extraordinaria novela Tempestades de acero (1920), que Gide consideraba más que la obra de Hemingway sobre la guerra, el protagonista, mientras los proyectiles, "hacían que el suelo se moviese como la cubierta de un barco", filosofa sobre el coraje y recuerda un verso de Ariosto: "A un corazón grande no le horroriza la muerte, llegue cuando llegue, con tal de que sea gloriosa".

La guerra, a la que en un artículo juvenil llamará "nuestra madre", es connatural a la vida del hombre sobre la tierra, y hay que aprender a mirarla cara a cara. Como a su reverso, la muerte: "Siempre aparecen unos pocos que son demasiado nobles para la vida. Buscan lo blanco, la soledad. La nobleza de ánimo de seres que se lavan con la luz la suciedad es algo que a menudo resalta de un modo muy bello en la máscara mortuoria. Lo que yo amo en el ser humano es su esencia más allá de la muerte, es su comunión con ella".

Esta visión no le impide ser un gran gozador de la vida, que disfruta cada ocasión que le depara la suerte entre marchas, combates y bombardeos: "Mientras escribo estas líneas estoy sentado en la terraza y degusto licores como Cointreau y Fine Champagne, que hemos encontrado en el bar de la casa —antes, claro está, nos hemos dado una buena ducha en el cuarto de baño—...".

O "no cabe duda de que sería una locura no aprovechar estas cosas tan buenas; de ahí que ayer celebrásemos los tres, a la luz de unas velas, una sesión de cata de vinos; el primer premio se lo llevó un delicado Clos Vougeot, y el segundo, un Chambertin. También era excelente un Beaune cosecha 1934, que tenía este hermoso lema: J'aime à vieillir. Por la noche, un tiempo bochornoso. Otra vez bombas en las cercanías, crepitaciones —mientras leía en la cama— oía zumbar el avión sobre los tejados como un insecto peligroso. Prosigo mi lectura del libro de Bernanos".

La literatura es una pasión que no le abandona ni en los momentos de mayor peligro. Sus diarios, llenos de penetrantes epigramas, testimonian día a día su constante inquietud literaria e intelectual, su inacabable capacidad de reflexión acerca de los temas, objetos y episodios más variados. Una de sus aficiones son las plantas y los insectos. Es un buen jardinero que cultiva su quinta y ha estudiado botánica.

Es, también, un entomólogo que no pierde ocasión de practicar "la caza sutil". Hay dos especies que descubrió y llevan su nombre. En sus descripciones de flores e insectos ejercita ese estilo objetivo y exacto que será su sello. Se muestra aquí su asombro ante la naturaleza. Así, la Chrysobothris es "de colores metálicos y con hoyuelos dorados", y al "abrir sus élitros aparece por debajo de ellos un segundo par de alas, semejante a una ropa interior de seda de un verde brillante". Las flores llamadas calceolarias "tienen la máxima libertad de juego; no hay, entre todos los millones de individuos, dos

flores que sean enteramente iguales. Las variedades más bellas son las de color púrpura oscuro o amarillo atigrado; para gozar del todo la profundidad de esos cálices llenos de vida sería preciso tener la capacidad de metamorfosearse en un abejorro". O, más en general sobre los jardines: "...es importante que los jardineros permanezcan ocultos... el modelo de todos los jardines es el jardín encantado; el modelo de todos los jardines encantados es el Paraíso".

A ello se une la curiosidad que nos despierta su vinculación con personajes como Karl Schmitt ("lo que incita a quererlo es que aún es capaz de asombrarse, pese a haber sobrepasado los cincuenta"); Céline "en sus palabras se transparentaba la fuerza monstruosa del nihilismo. Estos hombres oyen solamente una melodía, pero ésta es enormemente penetrante. Se parecen a máquinas de hierro que prosiguen su camino hasta que alguien las destroza"); Martin Heidegger, que leyó El trabajador y mantuvo con él, a partir de allí, un diálogo abierto sobre la naturaleza de la técnica moderna (aparentemente Heidegger da con este tema que llegará a ser central para él, gracias a Jünger); Cocteau ("simpático y al mismo tiempo sufriente, como el habitante de un infierno especial, pero confortable"); Bertolt Brecht, amigo de juventud, que lo defiende después de la derrota nazi; o Mircea Eliade, con quien funda en 1958 la revista Antaios, por mencionar sólo algunos.

Pero también nos intriga su actitud en política. No cabe duda de que un libro como El trabajador (1932) lo ubica en una zona próxima al corporativismo, al fascismo, y, en particular, al totalitarismo. En su obra temprana se respira el aire que dio alas al nacismo. Escribe en diferentes revistas nacionalistas, entre ellas, "Widerstand" que agrupaba a los que simpatizaban con los bolcheviques y propiciaban una alianza con la Unión Soviética, a la que concebían empeñada, en el fondo, en un proyecto de naturaleza nacionalista.

Para Jünger el nacionalismo corresponde a la emergencia de una fuerza vital, primigenia, vinculada a la tierra, a las raíces espirituales y a la lucha, que se afirma contra la Ilustración, y el orden liberal y burgués. En su postura hay mucho de Nietzsche. Goebbels intenta llevarlo al partido nazi; le ofrecen incluso una candidatura parlamentaria. Jünger no acepta. Le desagrada el nazismo. Desdeña, por ejemplo, el apego a la legalidad de la República de Weimar que Hitler utilizará para llegar al poder. Prefiere un estilo más revolucionario.

Su repudio a la figura del burgués busca gestos más radicales.[20] "Cuando le oí hablar (l923) tuve la impresión —comenta de Hitler— de un hombre pálido, lleno de entusiasmo, que más bien que aportar pensamientos nuevos lo que hacía era desencadenar fuerzas nuevas". Más que discursos sus palabras "eran conjuros"; por eso no podían ser rebatidas "con argumentos". Tuve, dice, "la impresión de encontrarme en un crisol, en un sitio de fusión nacional".

Descubre, allí, que la masa borra las individualidades, clases y jerarquías, y se libera así un "enorme flujo de energía". Según Jünger, entonces "la masa reconoce en una persona singular su unidad, su igualdad y hasta su libertad. Tal vez es favorable que esa personasingular carezca de fisonomía; la masa proyecta en ella su fe, su esperanza, su sentimiento de la grandeza". La situación que vivía Alemania, explica, era "como un mal sueño" y "allí estaba ahora ese desconocido y decía lo que había que decir, y todos sentían que tenía razón".

Hitler, escribe Jünger, "conocía y estimaba" sus obras sobre la Primera Guerra Mundial. Incluso le anunció una visita que no se materializó. Pronto se apartará de la política para convertirse en ese agudísimo observador, que se vuelca principalmente a la escritura, y que conseguirá, en especial, en los diarios de la Segunda Guerra, publicados en castellano bajo el título Radiaciones, su huella más honda y personal. Su repudio al régimen nazi es cada vez más enfático. Es enviado al Cáucaso por su amigo el general Von Stülpnagel, uno de los rebeldes, para

explorar el apoyo que podría tener un golpe militar contra Hitler. Su hijo mayor, Ernstel, es arrestado por su antinazismo. Mueve todas sus influencias para liberarlo. Lo consigue. El joven será posteriormente enviado a combatir en el frente italiano.

Cuando Jünger se entera de que el autor del atentado contra Hitler (20 de julio de 1944) es un conde, escribe: "Ello confirmaría mi opinión de que en tales inflexiones de los tiempos entra en combate la aristocracia más antigua". Piensa "que los atentados modifican poco las cosas y, sobre todo, no aportan ninguna mejora". Von Stülpnagel, confiando en un levantamiento, arresta a los SS y a la Seguridad. Luego los libera. Es citado a Berlín. Sabiéndose perdido se dispara un tiro en la sien. A Jünger el hecho lo afecta muy directamente. A esa hora debieron haber estado comiendo juntos, cena que el general canceló personalmente poco antes. El disparo no lo mata; sólo lo deja ciego. Sus "enfermeros, que son al mismo tiempo sus guardianes", anota Jünger, "lo han incomunicado; es un preso". Recuerda una "conversación junto a la chimenea que sostuvimos en Vaux sobre el estoicismo en la que comentamos que la puerta de la muerte está siempre abierta para los seres humanos y que con ese trasfondo resulta posible actuar con decisión".

A raíz del conato de rebelión se desata la vendetta y caen "los últimos hombres caballerescos"... "los espíritus libres". Y, sin embargo, filosofa, "estas víctimas son importantes porque crean un espacio interior y evitan que la nación como conjunto, como bloque, caiga en las espantosas simas del destino".

Al abandonar París, comenta que "las ciudades son mujeres y se muestran gentiles únicamente con los vencedores". Debe salir súbitamente y de noche. Con todo, se da tiempo para dejar un ramo de flores frescas sobre la mesa de su cuarto, pero olvida "unas cartas irreemplazables". Regresa con permiso a su casa en Kirchhorst. Allí, con su mujer e hijos sufren los bombardeos nocturnos, algunos de los cuales causan daño en la escalera, la techumbre y "se ha abierto una grieta que va desde el sótano hasta el desván". Escribe que "la oración purifica la atmósfera", que "atenúa y consume el miedo".

Pronto se entera de que se ha tramitado su expediente de retiro. Ha sido acusado de participar en el intento de asesinar al Führer. El episodio, de alguna manera, había sido anticipado en su novela Los acantilados de mármol (1942), que fue un gran éxito de librería. Aparentemente, el propio Hitler lo liberó de responsabilidades porque le interesaba Jünger como escritor de prestigio y como símbolo de los valores tradicionales del ejército prusiano. Pero a poco andar se enrola y asume el mando en la milicia local, el "Volksturm". "Lo único positivo", apunta, "es la falta de salida". Se entera de que su hijo Ernstel ha muerto combatiendo en las montañas de Carrara. Tenía dieciocho años. Más tarde confesará que su vida se divide en dos: antes y después de la muerte de su hijo.

En la crónica de la ocupación, escrita por el capitán Jünger en Francia, salta de la descripción de una herida; a la inolvidable mosca que molesta a un desertor a punto de ser fusilado (escena absolutamente estremecedora que no podía dejar de notar ese otro gran observador que era Bruce Chatwin); a un encuentro en el Ritz con el conde Podewils y el coronel Speidel, jefe de Estado Mayor del comandante en jefe, que desobedecerá la orden de incendiar París; al jardín de Madame Richardet, donde "una abeja se ha quedado colgada del labio inferior de la flor, la cual se ha curvado placenteramente bajo el peso"... dejando "al descubierto una segunda vaina, muy delgada, que en su extremo era de un color rojo muy oscuro y en la que estaban contenidos los estambres"... y la abeja comienza "su festín por esta parte, por el extremo donde el color invitaba al contacto"; a un análisis militar crecientemente desencantado con la conducción de las operaciones bélicas por parte de Alemania; a la mención de un libro de Edmond de Goncourt, firmado por el autor, que ha encontrado en una librería de libros viejos; a una tienda donde venden tapices, armas y

adornos saharianos; a una cena llena de delicias en el Maxim's; a su comentario, siempre inteligente y personal, del libro del Éxodo o de San Mateo, de Spengler o de Gide; a una visita al jardín de Monet; a una conversación con Léautoud; al taller de Picasso, de quien dice poco y nada; al museo de Rodin, que no le interesa ("olas de mar y de amor"); a la captura y contemplación de un insecto raro.

Y también está el Jünger aventurero y romántico, el lector de El Conde de Montecristo, el joven que huye del hogar paterno a los dieciocho años para enrolarse —mintiendo sobre su edad— en la Legión Extranjera con la intención de viajar después por África. Llega, como soldado, hasta Oran y Sudi Bel Abbès antes de que su padre, un farmacéutico en Hannover, logre repatriarlo y convencerlo de que termine sus estudios.

El amor a los viajes no lo abandonará nunca: Verdún, Nápoles, Leipzig, Sicilia, Angola, Rodas, Dalmacia, Noruega, Cerdeña, Brasil, las Azores, Canarias, Marruecos, el Cáucaso, Malasia, Sumatra... Además, experimenta y viaja a través de ciertas drogas: prueba el opio, la mezcalina, la marihuana, la cocaína, el ácido lisérgico... Y está el nostálgico de la naturaleza impoluta, que formaba parte de un grupo de jóvenes que protestan contra los efectos del industrialismo ya en 1911.

Pese a no ser un pensador, sensu strictu, Jünger contribuye decisivamente a perfilar el concepto de totalitarismo. Esta es la opinión de Furet, en su reciente libro Le passé d'une illusion. Su elaboración parte con la idea jüngeriana de movilización total. Ambas nociones son inseparables de su noción de la técnica moderna, el aspecto más atrayente, quizás, de su interpretación de uestro tiempo. Es, como he dicho, el hilo que lo une a Heidegger y, agrego ahora, a Nietzsche.

En efecto, la técnica es, para Jünger, como para Heidegger, aquello en que deviene la ciencia bajo el nihilismo. No hay distinción entre ciencia y técnica. La técnica no es una opción. Es la única ciencia posible en un mundo nihilista. Que la técnica no sea una opción quiere decir que nadie —ni el científico, ni el político, ni el militar, ni el campesino, ni nadie— puede escapar a su determinación. En otras palabras, la técnica es, para nosotros, un destino. En verdad, un destino trágico, pero que es preciso asumir a fondo para poder superar: "Con frecuencia veo ahora al ser humano como un varón de dolores que es empujado contra los dientes y rodillos de una máquina; esta va rompiéndole costilla tras costilla, miembro tras miembro, mientras que, en cuanto Hombre, no puede morir y quizás incluso gane".

La técnica transfigura ineluctablemente nuestras relaciones con la naturaleza y con los demás seres humanos. No es el resultado de un designio deliberado; se nos impone como desde fuera. La movilización total es la consecuencia natural de la aplicación de la tecnología a la guerra, la batalla de las máquinas que pone en cuestión los valores tradicionales del guerrero como individuo. Si esto nos parece inhumano es que no hemos comprendido que la creación de máquinas responde, propiamente, a lo humano tal como ello se nos da hoy. Ella encarna nuestra voluntad de poder, que es la metafísica de nuestro tiempo, una metafísica encubierta, y que habrá de superarse de algún modo todavía incierto, pero no, en todo caso, por medio de una simple fuga o negación.

El totalitarismo, entonces, viene a ser algo así como la mentalidad técnica aplicada a la política. ¿Es posible escapar a este destino? Jünger simpatiza íntimamente con quienes sufren ante la pérdida de la naturaleza, pero no ve salida. La zoología, la biología son técnicas. Lo mismo pasa con la política, la guerra y la sociedad. La técnica es irrefrenable. Ningún voluntarismo permitirá protegernos. La nostalgia debe ser superada. ¿Cómo? No es fácil. Jünger se esfuerza constantemente por barruntar ese camino de esperanza. No logra, creo, más que apostar a algo así como que el fenómeno de la técnica se trascenderá a sí mismo, después de radicalizarse hasta el extremo. La denuncia y condena se vuelve así nostalgia la nostalgia resignación, y la resignación,

aceptación, cuando no aplauso desesperado. ¿No es este, a menudo, el destino trágico del nihilista?

Pese a este pesimismo hay momentos en que vislumbra una salida. Días después de la llegada de los norteamericanos a París, anota: "¿Qué puede recomendarse al hombre, y sobre todo al hombre sencillo, para sustraerlo a esa uniformación, a la que también coopera sin cesar la técnica? Sólo la oración. En ella está dado, también para el más humilde, el punto en el que entra en relación no con partes del engranaje, sino con la totalidad. De ese punto fluye una ganancia inaudita, también soberanía. Esto rige asimismo fuera de toda teología".

La reflexión de Jünger arranca de su visión de la guerra. Pienso que, en última instancia, lo que le preocupa es si puede, en realidad, someterse la guerra a ciertas reglas éticas. La cultura europea, como idea, debe mucho a este proyecto. Las órdenes de caballería —más aún, el concepto mismo de caballero— se basan en la posibilidad de entender la batalla como un juego que, aunque mortal y, a menudo, supeditado a motivaciones innobles, se dignifica por encuadrarse en función de ciertas reglas e imperativos. "Cuando los seres humanos combaten en niveles espirituales", escribe, "incorporan la muerte a su estrategia. Adquieren así una especie de invulnerabilidad; de ahí que los asuste poco el pensamiento de que el enemigo procura privarles del cuerpo. En cambio, tiene suma importancia el que la muerte ocurra de manera adecuada, en un combate que brille como un símbolo y en el que ellos aparezcan erguidos como buenos testigos".

Sin embargo, ¿tiene sentido intentar conservar esta noción ennoblecedora de la guerra si ha sido transmutada enteramente por la tecnología? ¿Cabe humanizar un conflicto entre máquinas de guerra o, por el contrario, en la lucha moderna todo, es decir, nada, vale? Y si es así, ¿queda algo en pie de aquello que sirvió de fundamento a las aristocracias tradicionales y a Occidente, como unidad espiritual, como conciencia o representación de sí mismo? Diría que esta es, a última hora, la inquietud que pone en marcha la meditación y la narrativa de Jünger. Un escritor capaz de situarnos ante tamaña pregunta con crudeza e inmediatez es un escritor de veras.

¿Cuál es la actitud de Jünger hoy ante el colectivismo? El 30 de julio de 1982 deja constancia en su diario de la visita de Jorge Luis Borges, ya casi totalmente ciego. Hay algo de por sí extraordinario en la sola idea de una conversación entre estos dos viejos colosos del pensamiento y de la pluma del siglo que termina. Sus vidas son absolutamente disímiles.

Por un lado, el escritor de cuentos, versos y prosas breves en los que el 'yo', la experiencia propia se esfuman en máscaras, otros libros y autores; el bibliotecario incansable y genial; el intelectual de "la tortuga de Zenón y el mapa de Royce", de las incertidumbres, de los laberintos y espejismos metafísicos; el lector de Kafka y de Michaux; el bonaerense anglófilo e irónico; el burgués cosmopolita y liberal.

Por otro lado, el soldado prusiano; el escritor aventurero; el novelista de largo aliento y carga personal, autobiográfica; el escritor de diarios; el hombre del empuje vitalista; el lector de los románticos alemanes; el nacionalista aristocratizante; el enemigo desdeñoso del liberalismo y del burgués por su incapacidad para comprender el sentido trágico de la vida, por su mediocridad complaciente, por su sordera para con el dolor, su "falta de relación con el mal", por corresponder a "la seducción del desencantamiento".

Por otra parte, los hermana la pasión por la literatura y la filosofía; lo sorprendentemente original de su mirada y personalidad; la distancia ante la masificación; su admiración por Schopenhauer, que, según un verso de Borges, "acaso descifró el universo"; y, sobre todo, la admiración por la figura del héroe.

En el caso de Jünger, esto es su vida. En Borges tiene que ver con "las rayas del tigre"; con la patria "sentida en los jazmines" o "en

una vieja espada"; con su abuelo, el coronel Francisco Borges, muerto en una batalla; con el cuchillo y el gaucho... Tiene que ver, en fin, con esa espada que un poema suyo reclama para la mano que "regirá la hermosa batalla, tejido de hombres", que "enrojecerá los dientes del lobo", que "prodigará el oro rojo"... "Una espada para la mano de Beowulf".

Cuenta Jünger que hablan, naturalmente, de Schopenhauer, "al cual ambos debemos mucho desde nuestra juventud", de Whitman que "muestra a la democracia en su fuerza" y de Bouvard et Pécuchet de Flaubert que "la muestra en su infamia". Al final dice que Borges le comenta que leyó Tormentas de acero en 1922, y que fue "una erupción volcánica". El ejército argentino auspició la traducción.

Pero lo más interesante es lo que ambos comentan acerca del mundo de los insectos: "Luego nos referimos a Huxley. Yo dije que el espíritu del mundo había manejado mejor la cuestión del orden político en el mundo de los insectos que en el nuestro. Al respecto, señaló Borges: 'Tal vez en lo relativo al Estado, pero la hormiga considerada en sí misma no cuenta en absoluto'. Sin embargo —podría objetarse—, todas ellas están bien provistas. Tienen vivienda, alimentación y trabajo en abundancia, y por añadidura un largo sueño invernal. La mayoría está excluida de la vida sexual, pero eso tal vez es un alivio.

¿Y en cuanto al amor? Cuando bajo el sol de mediodía me encuentro ante uno de sus hormigueros y extiendo sobre ellas mi mano, que se humedece mientras juguetean y agitan sus antenas creo percibir que son felices. Esto merecería un estudio. Estuvimos de acuerdo en cuanto al hecho de que los zoólogos no eran en absoluto capaces de hacerlo". El contraste es claro: cuando Borges piensa en la hormiga, piensa en que, como individuo, "no cuenta en absoluto". Jünger, en cambio, sintiendo las hormigas en su mano, cree "percibir que son felices". Para Jünger el colectivismo, pese a todo lo escrito sobre los horrores de la técnica como expresión del nihilismo, no deja de ejercer su magnetismo.

¿Cómo se compatibiliza ello con la figura del héroe? Jünger también habla del anarca, que representa algo así como un héroe civil, que se sobrepone al espíritu de la época y la trasciende. Es un rebelde, lleno de libertad interior y dispuesto a "luchar por la libertad, incluso en una situación sin esperanzas". Bajo ciertas circunstancias, vive "emboscado", apela al "recurso de la selva" que está "en más estrecha relación con la libertad que cualquier preparativo bélico". Este "ingreso al bosque" es lo que corresponde hacer a las "pequeñas élites que saben lo que exige la época y algo más también".

Así como hay en Jünger una veta colectivista, también hay esta otra veta, a veces, romántica, que cultiva la figura del individuo capaz de luchar contra toda esperanza y redimirse incluso —y quizás, especialmente— si es derrotado. Porque hay fracasos que valen más que muchos triunfos. Aquí está lo más valioso de Jünger. Esto lo que más nos atrae hoy, pienso, en su obra y en su vida. Por eso está en la mira. No sólo porque el nacionalismo esté renaciendo.

En un mundo dominado por la "cultura de la sospecha", nada más digno de ser puesto entre paréntesis que la actitud del héroe. Nadie más merecedor de la sospecha y de la desarticulación crítica correspondiente. Sin embargo, pareciera que en Jünger el heroísmo ha sido una práctica lúcida y serenamente asumida. Y esto hace que palidezcan sus yerros y ambigüedades.

Los diarios de Jünger no son enteramente espontáneos. Desde luego, la dimensión del eros y del amor ha sido censurada. Hay, en particular, momentos de desconcierto o desánimo en los que, simplemente, parecieran callar. Hay raros instantes en que esto silenciado se revela: "Mi traslado a París ha hecho que surgiese una laguna en estas anotaciones. Pero de ello tienen más culpa todavía los acontecimientos de Rusia, que comenzaron por aquella época y provocaron una especie de parálisis espiritual"...

La laguna va del 19 de julio de 1941 al 8 de octubre de ese año. Casi tres meses de "parálisis espiritual", que queda en las tinieblas... Jünger sólo escribe en la medida en que logra sobreponerse y asumir la actitud y el tono ético que lo caracterizan. Las fuerzas que ha vencido dentro de él para lograrlo ni se mencionan. Hay aquí en movimiento una poderosísima capacidad represiva. Su estilo con frecuencia delata este extremo auto control. Su amiga y biógrafa, la escritora de origen caucasiano, Umm-El- Banine Assadoulaeff, dice de Jünger en 1943 que parece "una estatua de hielo".

Con todo, su escritura permite asomarse a la estructura interior de un hombre que se propone y lleva a cabo actos de real heroísmo con sangre fría y plena conciencia. ¿Por qué Jünger, entonces? Por múltiples motivos, por cierto. Principalmente, por el antiguo y extemporáneo tema del héroe. No es casual, pienso, que, en la Ética a Nicómaco, Aristóteles analice, en primer lugar, la virtud de la valentía. Sin ella no hay otras virtudes. Sin ella no hay fibra moral. Y eso, creo, es lo que hoy echamos de menos. Esta es la clave del interés y la admiración que despierta Jünger.

Creo entender que la superación del nihilismo se da para él en la conducta heroica, es decir, en la actitud ética concreta, en la práctica personal. Kavafis comienza su poema Termópilas diciendo: "Honor a aquellos que en sus vidas/se dieron a la tarea defender Termópilas". Los Leonidas de Kavafis "nunca se apartan del deber"; son "justos y también clementes"; dicen "siempre la verdad, pero no odian a los que mienten". El poema concluye con estos versos: Y mayor honor les corresponde cuando prevén (y muchos prevén) que Efialtes ha de aparecer al fin, y que los medos, finalmente, pasarán.

El 11 de abril de 1945, en Kirchhorst, Jünger anota: "Con las primeras luces del alba nos despierta el ruido producido por el rodar de los tanques... No hay un alma en la carretera…". Dos días antes ha circulado el rumor de que el pueblo está sitiado. Se oye constantemente fuego de artillería. El día 10 comienzan a disparar los cañones ubicados en Stelle, cuyas ráfagas atraviesan el jardín y "hacen que la casa retumbe como un yunque bajo los golpes del martillo".Ahora los cañones emplazados en Stelle están en silencio y "un ruido como de molino" crece sin cesar. "Como ya me ha ocurrido con frecuencia en mi vida", escribe, "soy en este pedazo de tierra el último hombre que posee mando. Ayer di, en esa condición, mi única orden: ocupar la barrera antitanque y luego abrirla cuando aparezcan las avanzadillas". Un caminante solitario se detiene cerca de la barrera, en un camino del bosque. "En el instante", cuenta, "en que aparece el primer tanque gris con la estrella de cinco puntas quita el seguro a su pistola y se pega un tiro en la cabeza".

Jünger observa el avance de los blindados por la carretera. Pasan por horas y horas: "El río de hombres y de acero pasa rodando sin interrupción, lento pero incontenible". Apunta en su diario: "No se recupera uno de una derrota como ésta, como sí se recuperó en otro tiempo la gente después de Jena o de Sedán. Esta derrota marca un viraje en la vida de los pueblos, y no sólo han de morir muchos seres humanos, sino que en esta transición están hundiéndose también muchas cosas que nos conmovían en lo más íntimo. Uno puede ver, entender, desear e incluso amar lo necesario, y al mismo tiempo hallarse traspasado, sin embargo, de un dolor inmenso.



SOBRE EL NIHILISMO Y LA REBELDIA EN ERNST JÜNGER

Ricardo Andrade Ancic

I.

Ernst Jünger (1895-1998), autor de diarios claves sobre lo que se llamó la estética del horror, así como de un importante ensayo -El Trabajador- acerca de la cultura de la técnica moderna y sus repercusiones, está considerado, incluso por sus críticos más acerbos, como un gran estilista del idioma alemán, al que algunos incluso ponen a la altura de los grandes clásicos de la literatura germánica. Fue el último sobreviviente de una generación de intelectuales heredada de la obra de Oswald Spengler, Martin Heidegger, Carl Schmitt y Gottfried Benn. Apasionado polemista, nunca estuvo ajeno de la controversia política e ideológica de su patria; iconoclasta paradójico, enemigo del eufemismo, "anarquista reaccionario" en sus propias palabras, abominador de las dictaduras (fue expulsado del ejército alemán en 1944 después del fracaso del movimiento antihitlerista) y las democracias (dictaduras de la mayoría, como las llamó Karl Kraus, líder espiritual del círculo de Viena).

En 1981, Jünger recibió el premio Goethe en Frankfurt, máximo galardón literario de la lengua germana. Sus obras, varias de ellas de carácter biográfico, giran sobre el eje de protagonistas en cuyas almas el autor intenta plasmar una cierta soledad y desencantamiento frente al mundo contemporáneo; al tema central, intercala disquisiciones acerca del origen y destino del hombre, filosofía de la historia, naturaleza del Estado y la sociedad. Por sobre esto, sus obras constituyen un llamado de denuncia y advertencia ante el avance incontenible y abrasador del nihilismo como movimiento mundial, a la vez que se convierten en guías para las almas rebeldes ante este proceso avasallador.

II.

Pero, ¿qué es el nihilismo? Jünger, en un intercambio epistolar con Martin Heidegger, expuso sus conceptos sobre el nihilismo en el ensayo Sobre la línea (1949). Basándose en La voluntad de poder de F. Nietzsche, lo define, en primer término, como una fase de un proceso espiritual que lo abarca y al que nada ni nadie pueden sustraerse. En sí mismo, es un proceso determinado por "la devaluación de los valores supremos", en que el contacto con lo Absoluto es imposible: "Dios ha muerto". Nietzsche se caracteriza como el primer nihilista de Europa, pero que ya ha vivido en sí el nihilismo mismo hasta el fin.

De esto Jünger recoge un Optimismo dentro del Pesimismo característico de este proceso, en el sentido de que Nietzsche anuncia un contramovimiento futuro que reemplazará a este nihilismo, aun cuando lo presuponga como necesario. También recoge síntomas del nihilismo en el Raskolnikov de Dostoievski, que "actúa en el aislamiento de la persona singular", dándole el nombre de ayuntamiento, proceso que puede resultar horrible en su epílogo, o ser la salvación del individuo luego de su purificación "en los infiernos", regresando a su comunidad con el reconocimiento de la culpa. Entre las dos concepciones, Jünger rescata un parentesco, el hecho de que progresan en tres fases análogas: de la duda al pesimismo, de ahí a acciones en el espacio sin dioses ni valores y después a nuevos cometidos. Esto permite concluir que tanto Nietzsche como Dostoievski ven una y la misma realidad, sí bien desde puntos muy alejados.

Jünger se encarga de limpiar y desmitificar el concepto de nihilismo, debido a todas las definiciones confusas y contradictorias que intelectuales posteriores a Nietzsche desarrollaron en sus trabajos, problema para él lógico debido a la "imposibilidad del espíritu de representar la Nada". Como problema principal, distingue el nihilismo de los ámbitos de lo caótico, lo enfermo y lo

malo, fenómenos que aparecen con él y le han dado a la palabra un sentido polémico. El nihilismo depende del orden para seguir activo a gran escala, por lo que el desorden, el caos serían, como máximo, su peor consecuencia. A la vez, un nihilista activo goza de buena salud para responder a la altura del esfuerzo y voluntad que se exige a sí mismo y los demás. Para Nietzsche, el nihilismo es un estado normal y sólo patológico, por lo que comprende lo sano y lo enfermo a su particular modo. Y en cuanto a lo malo, el nihilista no es un criminal en el sentido tradicional, pues para ello tendría que existir todavía un orden válido.

El nihilismo, señala Jünger, se caracteriza por ser un estado de desvanecimiento, en que prima la reducción y el ser reducido, acciones propias del movimiento hacia el punto cero. Si se observa el lado más negativo de la reducción, aparece como característica tal vez más importante la remisión del número a la cifra o también del símbolo a las relaciones descarnadas; la confusión del valor por el precio y la vulgarización del tabú. También es característico del pensamiento nihilista la inclinación a referir el mundo con sus tendencias plurales y complicadas a un denominador; la volatización de las formas de veneración y el asombro como fuente de ciencia y un "vértigo ante el abismo cósmico" con el cual expresa ese miedo especial a la Nada. También es inherente al nihilismo la creciente inclinación a la especialización, que llega a niveles tan altos que "la persona singular sólo difunde una idea ramificada, sólo mueve un dedo en la cadena de montaje", y el aumento de circulación de un "número inabarcable de religiones sustitutorias", tanto en las ciencias, en las concepciones religiosas y hasta en los partidos políticos, producto de los ataques en las regiones ya vaciadas.

Según lo expresado en Sobre la línea, es la disputa con Leviatán -ente que representa las fuerzas y procesos de la época, en cuanto se impone como tirano exterior e interior-, es la más amplia y general en este mundo. ¿Cuáles son los dos miedos del hombre cuando el nihilismo culmina? "El espanto al vacío interior, obligando a manifestarse hacia fuera a cualquier precio, por medio del despliegue de poder, dominio espacial y velocidad acelerada. El otro opera de afuera hacia adentro como ataque del poderoso mundo a la vez demoníaco y automatizado. En ese juego doble consiste la invencibilidad del Leviatán en nuestra época. Es ilusorio; en eso reside su poder". La obra de Jünger trastoca el tema de la resistencia; se plantea la pregunta sobre cómo debe comportarse y sostenerse el hombre ante la aniquilación frente a la resaca nihilista.

"En la medida en que el nihilismo se hace normal, se hacen más temibles los símbolos del vacío que los del poder. Pero la libertad no habita en el vacío, mora en lo no ordenado y no separado, en aquellos ámbitos que se cuentan entre los organizables, pero no para la organización". Jünger llama a estos lugares "la tierra salvaje", lugar en el cual el hombre no sólo debe esperar luchar, sino también vencer. Son estos lugares a los cuales el Leviatán no tiene acceso, y lo ronda con rabia. Es de modo inmediato la muerte. Aquí dormita el máximo peligro: los hombres pierden el miedo. El segundo poder fundamental es Eros; "allí donde dos personas se aman, se sustraen al ámbito del Leviatán, crean un espacio no controlado por él".

El Eros también vive en la amistad, que frente a las acciones tiránicas experimenta sus últimas pruebas. Los pensamientos y sentimientos quedan encerrados en lo más íntimo al armarse el individuo una fortificación que no permite escapar nada al exterior; "En tales situaciones la charla con el amigo de confianza no sólo puede consolar infinitamente sino también devolver y confirmar el mundo en sus libres y justas medidas". La necesidad entre sí de hombres testigos de que la libertad todavía no ha desaparecido harán crecer las fuerzas de la resistencia. Es por lo que el tirano busca disolver todo lo humano, tanto en lo general y público, para mantener lo extraordinario e incalculable, lejos.

Este proceso de devaluación de los valores supremos ha alcanzado, de algún modo, caracteres de "perfección" en la actualidad. Esta "perfección" del nihilismo hay que entenderla en la acepción de Heidegger, compartida por Jünger, como aquella situación en que este movimiento "ha apresado todas las consistencias y se encuentra presente en todas partes, cuando nada puede suponerse como excepción en la medida en que se ha convertido en el estado normal." El agente inmediato de este fenómeno radica en el desencuentro del hombre consigo mismo y con su potencia divina. La obra de Jünger, en este sentido, da cuenta del afán por radicar el fundamento del hombre.

III

Uno de los síntomas de nuestra época es el temor. Aquel temor que hace afirmar al autor que toda mirada no es más que un acto de agresión y que hace radicar la igualdad en la posibilidad que tienen los hombres de matarse los unos a los otros. A lo anterior, hay que agregar la inclinación a la violencia que desde el nacimiento todos traemos, según lo señalado en su novela "Eumeswil" (1977). . Por eso el mundo se torna en imperfecto y hostil. Su historia no es sino la de un cadáver acechado una y otra vez por enjambres de buitres. Esta visión lúgubre de la realidad, en la que se encuentra una reminiscencia schopenhaueriana, fue sin duda alimentada por la experiencia personal del autor, testigo del horror de dos guerras implacables que no hicieron más que coronar e instaurar en el mundo el culto a la destrucción, al fanatismo y la masificación del hombre. El avance de la técnica, a pesar de los beneficios que conlleva, a juicio de Jünger tiene la contrapartida de limitar la facultad de decisión de los hombres en la medida en que a favor de los alivios técnicos van renunciando a su capacidad de autodeterminación conduciendo, luego, a un automatismo generalizado que puede llevar a la aniquilación. La pregunta que surge entonces es cómo el hombre puede superarlo, a través de que medios puede salvarse. La respuesta de Jünger, en boca de uno de sus personajes principales, el anarca Venator: la salvación está en uno mismo. El anarca, que nada tiene que ver con el anarquista, expulsa de sí a la sociedad, ya que tanto de ésta como del Estado poco cabe esperar en la búsqueda de sí mismo. El no se apoya en nadie fuera de su propio ser; su propósito es convertirse en soberano de su propia persona, porque la libertad es, en el fondo, propiedad sobre uno mismo.

Aparecen en este momento dos afirmaciones que pueden aparecer como contradictorias: el hombre inclinado a la violencia desde su nacimiento, y el hombre que debe penetrar en un conocimiento interior con el fin de descubrir su forma divina. Jünger afirma que la riqueza del hombre es infinitamente mayor de lo que se piensa. ¿Cómo conciliar esto con el carácter perverso que le atribuye al mismo? Al responder esto, el escritor apela a una instancia superior a la que denomina Uno, Divinidad, lo Eterno, según lo que se colige sobre todo en su obra posterior a 1950. La relación entre el hombre y lo Absoluto, expuesta por el maestro alemán, se entiende del siguiente modo: el ser, forma o alma de cada uno de nosotros ha estado, desde siempre, es decir, antes de nacer, en el seno de la Divinidad, y, después de la muerte, volverá a estar con ella. Antes de nacer, es tal el grado de indeterminación de esa unidad en lo Uno que el hombre no puede tener conciencia de la misma. Sólo cuando el nacimiento se produce, el hombre se hace consciente de su anterior unidad y busca desesperadamente volver a ella, al sentirse un ser solitario. Es allí cuando debe dirigirse hacia sí mismo, penetrar en su alma que es la eterna manifestación de lo divino. En el conócete a ti mismo, el hombre puede acceder a la forma que le es propia, proceso que para Jünger es un "ver" que se dirige hacia el ser, la idea absoluta.

Señala en El trabajador que la forma es fuente de dotación de sentido, y la representación de su presencia le otorga al hombre una nueva y especial voluntad de poder, cuyo propósito radica en el apoderamiento de sí mismo, en lo absoluto de su esencia, ya que el objeto del poder estriba en el ser-dueño... En consecuencia, en ese descubrimiento de ser atemporal e

inalterable que le confiere sentido, el hombre puede hacerse propietario de éste y convertirse en un sujeto libre. En caso contrario, quien no posea un conocimiento de sí mismo es incapaz de tener dominio sobre su ser no pudiendo, por tanto, sembrar orden y paz a su alrededor. En conclusión, esta inclinación a la violencia que surge con el nacimiento del hombre, en otras palabras, con su separación de lo Uno en la identidad primordial y primigenia dando lugar a la negación de la Divinidad, puede ser dominada y contrarrestada en la medida que el hombre se convierta en dueño de sí mismo, para lo cual es fundamental el conocimiento de la forma que nos otorga sentido.

La sustancia histórica, señala Jünger, radica en el encuentro del hombre consigo mismo. Ese encuentro con el ser supratemporal que le dota de sentido lo simboliza con el bosque. En su obra El tratado del rebelde afirma: "La mayor vigencia del bosque es el encuentro con el propio yo, con la médula indestructible, con la esencia de que se nutre el fenómeno temporal e individual". Es, entonces, el lugar donde se produce la afirmación de la Divinidad, al adquirir el sujeto la conciencia misma como partícipe de la identidad con lo Eterno.

El Verbo, entendido como "la materia del espíritu", es el más sublime de los instrumentos de poder, y reposa entre las palabras y les da vida. Su lugar es el bosque. "Toda toma de posesión de una tierra, en lo concreto y en lo abstracto, toda construcción y toda ruta, todos los encuentros y tratados tienen por punto de partida revelaciones, deliberaciones, confirmaciones juradas en el Verbo y en el lenguaje", enuncia en El tratado del rebelde. El lenguaje es, en definitiva, un medio de dominación de la realidad, puesto que a través de él aprehendemos sus formas últimas, en la medida en que es expresión de la idea absoluta. En una época tan abrumadoramente nihilista como la contemporánea, el propio autor describe como el lenguaje va siendo lentamente desplazado por las cifras.

En la obra de Jünger, el hombre que no acepta el "espíritu del tiempo" y se "retira hacia sí mismo" en busca de su libertad, es un rebelde. A partir de un ensayo de 1951, Jünger había propuesto una figura de rebelde a las leyes de la sociedad instalada, el Waldgänger que, según una antigua tradición islandesa, se escapa a los bosques en busca de sí mismo y su libertad. Posteriormente, el autor desarrolla la figura del rebelde en la novela Eumeswil, publicada en 1977, definiendo la postura del anarca, tipo que encarnaría el distanciamiento frente a los peores aspectos del nihilismo actual; o como el único camino digno a seguir para los hombres de verdad libres.

IV.

Como en Heliópolis, en Eumeswil, Jünger nos presenta un mundo aún por llegar: se vive allí el estado consecutivo a los Grandes Incendios -una guerra mundial, evidentemente- y a la constitución y posterior disolución del Estado Mundial. Un mundo simplificado, en que aparecen formas semejantes a las del pasado: los principados de los Khanes, las ciudades-estados. El autor marca el carácter postrero del ambiente que da a su novela, comparándola a la época helenística que sigue a Alejandro Magno, una ciudad como Alejandría, ciudad sin raíces ni tradición. De modo análogo, en la sociedad de Eumeswil las distinciones de rangos, de razas o clases han desaparecido; quedan sólo individuos, distinguidos entre ellos por los grados de participación en el poder. Se posee aún la técnica, pero como algo más bien heredado de los siglos creadores en este dominio. La técnica permite, por ejemplo -siendo esto otro rasgo alejandrino-, un gran acopio de datos sobre el pasado, pero este pasado ya no se comprende.

Se enfrentan en Eumeswil dos poderes: el militar y el popular, demagógico, de los tribunos. Del elemento militar ha salido el Cóndor, el típico tirano que restablece el orden y, con él, las posibilidades de la vida normal, cotidiana, de los habitantes. Pero se trata de un puro poder personal, informe,

que ya no puede restaurar la forma política desvanecida. Por lo demás tampoco en Eumeswil se tiene la ilusión de la gran política; no se trata siquiera de una potencia, viviendo como vive bajo la discreta protección del Khan Amarillo. En suma, son las condiciones de la civilización spengleriana, las de toda época final en el decurso de las culturas. "Masas sin historia", "Estados de fellahs", como señala Jünger.

El protagonista y narrador de la novela es Martín Venator, "Manuelo" en el servicio nocturno de la alcazaba del Cóndor. Es un historiador de oficio: aplica al pasado sus cualidades de observador, y de allí las reflexiones sobre el tiempo presente. Su modelo es, sin duda, Tácito: senador bajo los Césares, celoso del margen de libertad que aún puede conservar, escéptico frente a los hombres y frente al régimen imperial.

Venator también es camarero, barman en la alcazaba: como en las cortes de otra época, el servicio personal y doméstico al señor resulta ennoblecido. El camarero suele ser asimismo un observador, y en este terreno se encuentra con el historiador.

El historiador se retira voluntariamente al pasado, donde se encuentra en realidad "en su casa", y en este modo se aparta de la política. La derrota, el exilio, han sido a veces la condición de desarrollo de una vocación historiográfica -Tucídides en la Antigüedad, por ejemplo-, pero en otras ocasiones el historiador ha tomado parte activa de las luchas de su tiempo. En la novela, tanto el padre como el hermano del protagonista también son historiadores, pero, a diferencia de éste, están ideológicamente "comprometidos": son buenos republicanos, liberales doctrinarios, cautos enemigos del Cóndor más ajenos al mundo de los hechos que éste representa. Ellos deploran que "Manuelo" haya descendido a tan humilde servicio al tirano. Servicio fielmente prestado, pero en ningún caso incondicional. Entre los enemigos del Cóndor están los anarquistas: conspiran, ejecutan atentados... nada que la policía del tirano no logre controlar. De ellos se diferencia claramente Venator: no es un anarquista, es un anarca.

V.

La mejor definición para la posición del anarca pasa por su relación y distinción de las otras figuras, las otras individualidades que se alzan, cada una a su modo, frente al Estado y la sociedad: el anarquista, el partisano, el criminal, el solipsista; o también, del monarca absoluto, como Tiberio o Nerón. Pues en el hombre y en la historia hay un fondo irrenunciable de anarquía, que puede aflorar o no a la superficie, y en mayor o menor grado, según los casos. En la historia, es el elemento dinámico que evita el estancamiento, que disuelve las formas petrificadas. En el hombre, es esa libertad interior fundamental. De tal modo que el guerrero, que se da su propia ley, es anárquico, mientras que el soldado no. En aparente paradoja, el anarquista no es anárquico, aunque algo tiene, sin duda. Es un ser social que necesita de los demás; por lo menos de sus compañeros. Es un idealista que, al fin y al cabo, resulta determinado por el poder. "Se dirige contra la persona del monarca, pero asegura la sucesión".

El anarca, por su parte, es la "contrapartida positiva" del anarquista. En propias palabras de Jünger: "El anarquista, contrariamente al terrorista, es un hombre que en lo esencial tiene intenciones. Como los revolucionarios rusos de la época zarista, quiere dinamitar a los monarcas. Pero la mayoría de las veces el golpe se vuelve contra él en vez de servirlo, de modo que acaba a menudo bajo el hacha del verdugo o se suicida. Ocurre incluso, lo cual es claramente más desagradable, que el terrorista que ha salido con bien siga viviendo en sus recuerdos...El anarca no tiene tales intenciones, está mucho más afirmado en sí mismo. El estado de anarca es de hecho el estado natural que cada hombre lleva en sí. Encarna más bien el punto de vista de Stirner, el autor de El único y su propiedad; es decir, que él es lo único. Stirner dice: "Nada prevalece sobre mí". El anarca es, de hecho, el hombre natural". No es antagonista del monarca, sino más bien

su polo opuesto. Tiene conciencia de su radical igualdad con el monarca; puede matarlo, y puede también dejarlo con vida. No busca dominar a muchos, sino sólo dominarse a sí mismo. A diferencia del solipsista, cuenta con la realidad exterior. No busca cambiar la ley, como el anarquista o el partisano; no se mueve, como éstos en el terreno de las opciones políticas o sociales. Tampoco busca trasgredir la ley, como el criminal; se limita a no reconocerla. El anarca, pues, no es hostil al poder, ni a la autoridad, ni a la ley; entiende las normas como leyes naturales.

No adhiere el anarca a las ideas, sino a los hechos; es en esencia pragmático. Está convencido de la inutilidad de todo esfuerzo ("tal vez esta actitud tenga algo que ver con la sobresaturación de una época tardía"). Neutral frente al Estado y a la sociedad, tiene en sí mismo su propio centro. Los regímenes políticos le son indiferentes; ha visto las banderas, ya izadas, ya arriadas. Jünger afirma, además, que aquellas banderas son sólo diferentes en lo externo, porque sirven a unos mismos principios, los mismos que harán que " toda actitud que se aparte del sistema, sea maldita desde el punto de vista racional y ético, y luego proscrita por el derecho y la coacción." No obstante, el anarca puede cumplir bien el papel que le ha tocado en suerte. Venator no piensa desertar del servicio del Cóndor, sino, por el contrario, seguir lealmente hasta el final. Pero porque él quiere; él decidirá cuando llegue el momento. En definitiva, el anarca hace su propio juego y, junto a la máxima de Delfos, "conócete a ti mismo", elige esta otra: "hazte feliz a ti mismo".

La figura del anarca resplandece verdaderamente, como la del hombre libre frente al Estado burocrático y a la sociedad conformista de la actualidad. Incluso aparece en algunas ocasiones en forma más bien mezquina, a la manera del egoísmo de Stirner: "quien, en medio de los cambios políticos, permanece fiel a sus juramentos, es un imbécil, un mozo de cuerda apto para desempeñar trabajos que no son asunto suyo". "(El anarca) sólo retrocede ante el juramento, el sacrificio, la entrega última". "Sólo cabe una norma de conducta" -dice Attila, médico del Cóndor, anarca a su modo- "la del camaleón..."

VI.

La cuestión es si el anarca se constituye en una figura ejemplar para cierto tipo de hombres que no se reconozcan en las producciones sociales últimas. Pues si el anarca es la "actitud natural" -"el niño que hace lo que quiere"-, entonces nos hallamos ante simples situaciones de hecho que no tienen ningún valor normativo ni ejemplar. Desde siempre los hombres han querido huir del dolor y buscar lo agradable; por otro lado, apartarse de una sociedad decadente y que llega a ser asfixiante es una cosa sana. Venator invoca a Epicuro como modelo; debería referirse más bien a Aristipo de Cirene, discípulo de Sócrates y fundador de la escuela hedonista, quien proponía una vida radicalmente apolítica, "ni gobernante ni esclavo", con la libertad y el placer como únicos criterios. Jünger reconoce, y muy de buena gana, que el tipo de anarca se encuentra, socialmente hablando, en el pequeño burgués, piedra de tope de más de una corriente de pensamiento: es ese artesano, ese tendero independiente y arisco frente al Estado. La figura del anarca es más familiar al mundo anglosajón, especialmente al norteamericano, con su sentido ferozmente individualista y antiestatal: del cowboy solitario o del outlaw al "objetor de conciencia". Están en la mejor línea del anarca y el rebelde contra la masificación burocrática. Se sabe, por supuesto, en qué condiciones sociales han florecido estos modelos.

Pero las sociedades "posmodernas" actuales se distinguen por el más vulgar hedonismo; su tipo no es el del "superhombre", sino el del "último hombre" nietzscheano, el que cree haber descubierto la felicidad. El tipo del "idealista" y del "militante" pertenecen a etapas ya superadas; hoy, es el individuo de las sociedades "despolitizadas", soft, que toma lo que puede y rehusa todo esfuerzo. ¿Cuál es la diferencia de este tipo de hombre con el anarca? La respuesta radica en que el

segundo está libre de todas las ataduras sentimentales, ideológicas y moralistas que aún caracterizan al primero. En verdad, la figura de Venator está históricamente condicionada: aparece en una de esas épocas postreras en la cuales nada se puede ya esperar. Lo que hay que esclarecer es si efectivamente nuestra propia época es una de ellas. Pero lo dicho sobre el anarca tiene un alcance mucho más universal: en cualquier tiempo y lugar se puede ser anarca, pues "en todas partes reina el símbolo de la libertad".

La senda del anarca termina en la retirada. Venator ha estado organizando una "emboscadura" temporal -según lo que el mismo Jünger recomendaba en Der Waldgang (1951)-, para el caso de caída del Cóndor. Al final, seguirá a éste, con toda su comitiva, en una expedición de caza a las selvas misteriosas más allá de Eumeswil: una emboscadura radical, o la muerte, no se sabe el desenlace. Del mismo modo, en Heliópolis, el comandante Lucius de Geer y sus compañeros se retiran en un cohete, con destino desconocido. Pero eso sí, después de haber luchado sus batallas, al igual que los defensores de la Marina en Sobre los Acantilados de Mármol no buscan refugio sino después de dura lucha con las fuerzas del Gran Guardabosques. Pero ¿de qué se trata esta "emboscadura"?

El anarca hace lo que Julius Evola, el gran pensador italiano, recomienda en su libro Cabalgar el tigre: "La regla a seguir puede consistir, entonces, en dejar libre curso a las fuerzas y procesos de la época, permaneciendo firmes y dispuestos a intervenir cuando el tigre, que no puede abalanzarse sobre quien lo cabalga, esté fatigado de correr". Lo que Evola llama "tigre", Jünger lo denomina "Leviatán" o "Titanic".

El anarca se retira hacia sí mismo porque debe esperar su hora; el mundo debe ser cumplido totalmente, la desacralización, el nihilismo y la entropía deberán ser totales: lo que Vintila Horia llama "universalización del desastre". Jünger enfatiza que emboscarse no significa abandonar el "Titanic", puesto que eso sería tirarse al mar y perecer en medio de la navegación. Además: "Bosque hay en todas partes. Hay bosque en los despoblados y hay bosque en las ciudades; en éstas, el emboscado vive escondido o lleva puesta la máscara de una profesión. Hay bosque en el desierto y hay bosque en las espesuras. Hay bosque en la patria lo mismo que lo hay en cualquier otro sitio donde resulte posible oponer resistencia... Bosque es el nombre que hemos dado al lugar de la libertad... La nave significa el ser temporal; el bosque, el ser sobretemporal...".

En la figura del rebelde, por tanto, es posible distinguir dos denominaciones: emboscado y anarca. El primero presentaría las coordenadas espirituales, mientras el segundo da luces sobre su plasmación en el "aquí y ahora". Jünger lo define más claramente: "Llamamos emboscado a quien, privado de patria por el gran proceso y transformado por él en un individuo aislado, está decidido a ofrecer resistencia y se propone llevar adelante la lucha, una lucha que acaso carezca de perspectiva. Un emboscado es, pues, quien posee una relación originaria con la libertad... El emboscado no permite que ningún poder, por muy superior que sea, le prescriba la ley, ni por la propaganda, ni por la violencia".

VII

El nihilismo y la rebeldía... La figura del anarca es la de quien ha sobrevivido al "fin de la historia" ("carencia de proyecto: malestar o sueño"). El último hombre no puede expulsar al anarca que convive junto a él. Su poder radica en su impecable soledad y en el desinterés de su acción. Su sí y su no son fatales para el mundo que habita. El anarca se presenta como la victoria y superación del nihilismo. Las utopías le son ajenas, pero no el profundo significado que se esconde tras ellas. "El anarca no se guía por las ideas, sino por los hechos. Lucha en solitario, como hombre libre, ajeno a la idea de sacrificarse en pro de un régimen que será sustituído por otro igualmente incapaz, o en pro de un poder que domine a otro poder".

El anarca ha perdido el miedo al Leviatán, en el encuentro con la médula indestructible que le dota de sentido para luego proyectarse y reconocerse en el otro, en la amada, en el hermano, en el que sufre y en el desamparado, puesto que Eros es su aliado y sabe que no lo abandonará...

La actitud del anarca puede ser interpretada desde dos perspectivas, una activa y otra pasiva. Esta última verá en la emboscadura, y en el anarca que la realiza, la posibilidad de huir del presente y aislarse en aquella patria que todos llevamos en nuestro interior; al decir de Evola, la que nadie puede ocupar ni destruir. Pero no debe confundirse la actitud del anarca como una simple huida: "Ya hemos apuntado que ese propósito no puede limitarse a la conquista de puros reinos interiores". Mas bien se trata de otro tipo de acción, de un combate distinto, "donde la actuación pasaría entonces a manos de minorías selectas que prefieren el peligro a la esclavitud".

Minorías que entiendan que emboscarse es dar lucha por lo esencial, sin tiempo y acaso sin perspectivas. Minorías que, como el propio Jünger lo expresa, sean capaces de llevar adelante la plasmación de una "nueva orden", que no temerá y, por el contrario, gustará de pertenecer al bando de los proscritos, pues se funda en la camaradería y la experiencia; orden que pueda llevar a buen término la travesía más allá del "meridiano cero", y se prepare a dar una lucha en el "aquí y ahora"...

"En el seno del gris rebaño se esconden lobos, es decir, personas que continúan sabiendo lo que es la libertad. Y esos lobos no son sólo fuertes en sí mismos: también existe el peligro de que contagien sus atributos a la masa, cuando amanezca un mal día, de modo que el rebaño se convierta en horda. Tal es la pesadilla que no deja dormir tranquilos a los que tienen el poder".

ERNST JÜNGER O LA VISIÓN RAZONADA

Abel Posse

La crisis del nihilismo occidental ya no es más un hecho encubierto. Vivimos tiempos de perplejidad al comprobar las derrotas cotidianas de la "gran sociedad" o del nuevo orden triunfante después de la implosión del sistema socialista, en 1989. La crisis del nihilismo es previa a la evidencia del estrago subcultural, de la inestabilidad económica, del incremento de la pobreza popular y de la amoralidad insolente.

Nos aproximamos a un enfrentamiento decisivo entre las dos regiones u onus del mundo dividido, el Tibet y la Jerusalén pauliana, las dos civitas simbólicas.

El mercantilismo judeocristiano, tecnocrático y anglosajón, en el despliegue final de su globalización. Por otra parte el silente Tibet que baja de la montaña y se extiende hacia occidente y oriente con su expectante noluntad de poder.

Nunca como ahora, en la desilusión de la sociedad de la cosa y de la productividad mercantilizada, sentimos que este momento del hombre sólo puede ser provisorio. Que somos el germen, en el mejor y el más optimista de los casos, el abuelo o el ancestro del verdadero. En 1898 pisábamos el umbral del siglo con arrogancia fundacional: por un lado el liberalismo, la ciencia, el "desarrollo"; por el otro, por el lado izquierdo del mismo corazón, la convicción neohegeliana y marxista de edificar la sociedad definitivamente justa y racional. En 1998, sólo perplejidad, del primer al tercer mundo. Perplejidad es sorpresa, antes de toda nueva esperanza o antes de la desesperación.

Ernst Jünger (1895?1998) fue el visionario que reflexionó sus intuiciones, su visión premonitora, en la obra El Trabajador

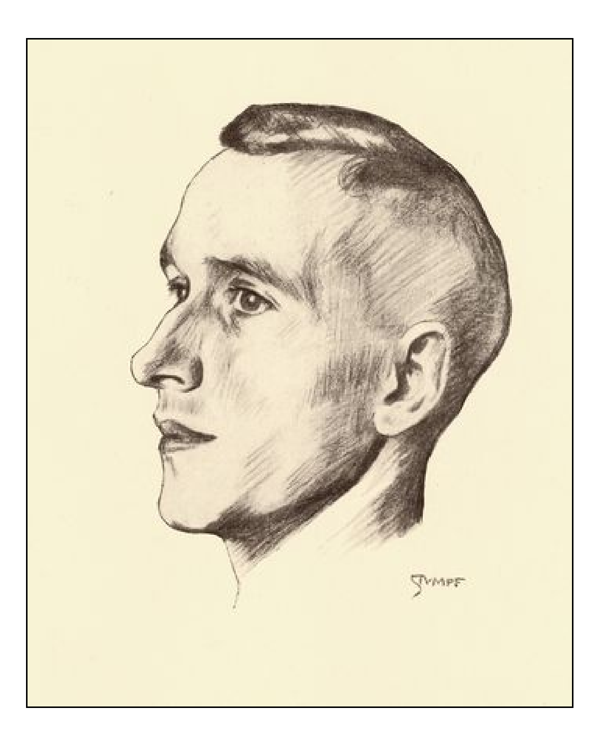
publicada en 1932. Sabiamente se había formado a contracultura, como le gustaría decir. Fue marginal al mundo académico filosófico en aquellos años de increíble creatividad que preanunciaban la revolución nazi. Fue también marginal como novelista y ensayista. Asumió con fidelidad el heroísmo de Nietzsche, su marginalidad. Pero sabiamente prefirió ser El Emboscado en el bosque de un siglo que solo podría morir exorcizando su torpe voluntad de poder (a nosotros, en estos años nos toca asistir a la expresión más hipócrita del fracaso o exorcismo: el mercantilismo desenfrenado, con su máscara de democracia boba, aliado con una técnica movida ya sin voluntad expresa humana, sino descontroladamente, por la rueda loca de los intereses financieros).

La Gran Maquinaria de los intereses mundializados crea una noción de globalización y de globalidad como espacios seguros y quietos que van absorbiendo todas las voluntades, particularidades y disidencias. Hoy, ante la urgencia de un Gran Viraje, nos corresponde referirnos a Ernst Jünger como al más preclaro, el que entrevió antes, con claridad, cuando estábamos en la medianoche.

Un dossier tiene como fin primordial despertar el interés del buscador en torno a los puntos esenciales de un pensar. Trataremos de puntualizarlos:

Escribe Carl Schmitt en 1955: "Aquél que logre apresar la técnica desencadenada para dominarla e insertarla en un orden concreto, habrá dado una respuesta a la actual llamada y desafío, antes que aquel otro que intentare, con los recursos de una técnica desencadenada, aterrizar en la Luna o en Marte. Domar la técnica desencadenada sería, por ejemplo, la obra de un nuevo Hércules. En esta dirección es que yo espero la nueva llamada, el desafío de la actualidad".

Los hombres tocaron la Luna en 1969, catorce años después de este texto, y hoy planifican tocar Marte. Pero no lo hacen desde una técnica controlada sino desencadenada en su propia evaluación, sin comando humano que pueda condicionarla a frenarla según un criterio distinto de la naturaleza o de la vida que podría mantener al hombre en la naturaleza, en una justa relación con ella. La Gran Maquinaria ya no pregunta al político, el político más bien trata de treparse a ella como puede.



Ernst Jünger, 1932: En El Trabajador se señala, por primera vez, la aparición de una figura que fagocitará al burgués, al mismo obrero del socialismo o al empresario de hoy. Es El Trabajador, el hombre de la técnica. Crece con la Técnica e inmediatamente la técnica lo serviliza. El instrumentador termina instrumentado. La oposición entre capitalismo y comunismo que ocupó el siglo que termina, es una confrontación menor sobre propiedad de medios de producción (estatal o privada) y sobre organización de la sociedad, en ambos casos basada en una visión economicista y en una antropología que privilegia el homo faber o economicus.

La gran confrontación emerge después de esa espectacular batalla, en esencia poco significante. La confrontación de hoy pasa exclusivamente por el tema de la técnica incontrolada y el aservilizamiento del hombre a su desarrollo. No sólo está en

juego el hombre, que de faber pasa a ser fabricado, sino la misma Tierra, por la agresión ecológica y la degradación medioambiental.

En el lenguaje de Schmitt, se puede afirmar que ambas formas, la comunista y la capitalista, alcanzaron la tecnología espacial, tocaron la Luna y tal vez Marte, pero pierden la Tierra y la condición humana.

Es en esta intuición básica en la que se centra el pensamiento de Jünger. Todo lo que hasta ahora hemos tomado en serio como política de este siglo no fue más que una trifulca entre mercaderes y comisarios, ambos servilizados por la tecnología. Vencieron los mercaderes y vivimos ahora las últimas instancias de una medianoche cargada de son and fury.

Es por esto que los políticos parecen palurdos provincianos. Todavía se deben ideológicamente al siglo XIX y ala sociedad industrial como peldaño decisivo y último momento de la voluntad de poder sobre la tecnología, hasta el actual descontrol de ésta.

Estamos en una transición, que se cree una permanencia y hasta una sublimación (caso Fukuyama). Para usar las palabras de Heidegger, estamos en la medianoche de la medianoche.

Pero en todo caso El Trabajador es la imagen a figura de nuestra época. Al margen de él no hay nada, pero él mismo se transforma en un personaje crítico. Es una conducta del hacer, permanente afirmación. En él desaparece el burgués y el político. En la etapa actual, el mismo empresario.

La confusión entre desarrollo técnico y salvación o triunfo de una sociedad, es típica del desvío occidental. (Para Heidegger este desvío se iniciaba desde Sócrates, hace 2400 años!). Es la dicotomía que arrastra occidente entre hacer y ser; entre tener y ser. El Trabajador ocupa todos los espacios, es la Figura triunfante de nuestro tiempo. Es la Lebensforme dominante, para usar el lenguaje de Edouard Spranger. Se crea un tipo de hombre que se corresponde con la técnica (el que surgió vinculado al iluminismo, al romanticismo, al liberalismo, conservadorismo, a la Iglesia, a la burguesía o al socialismo; quedan superados).

De la técnica del hombre se pasará al hombre de la técnica. Se invierten los términos de poder. Heidegger, antes de su muerte, previó que el hombre que siempre fuimos ya no es útil para la Maquinaria. Atroz etapa final de la cual tenemos prueba de probabilidad en este último lustro: la ingeniería biológica podría terminar el hombre o el ente que necesita la Gran Maquinaria para su mejor marcha. Entre la clonificación y la subcultura mundializada por el esquema globalizador actual, tenemos la posibilidad concreta de lo que Heidegger imaginó hace quince años como la peor posibilidad.
Ernst Jünger fue, con su obra El Trabajador (y pese a haberlo escrito en el umbral de la época nazi como intento neopaganizante) quien supo meditar y plasmar lo que varios intuyeron: Martín Heidegger, Ernst Niekisch, Nietzsche, Friedrich Georg Jünger, entre los más importantes.

De aquí entonces que la reflexión en torno a la visión de Jünger constituya el tema de nuestro tiempo y la sustancia de toda reflexión metapolítica, que pueda implicar el Gran Viraje, el paso de la política del aservilizamiento, a la Gran Política fundadora de una nueva etapa humana -como pensó Nietzsche-, que pueda hacer factible un rescate de lo humano y de su entorno natural. Un retorno del Ser ocultado.



SOBRE EL ENCUENTRO JÜNGER-BORGES

Juan Pablo Vitali

"Si el culto a los muertos reapareciera, sería pues un signo de que la cultura puede volver a echar raíces"

Ernst Jünger

Un día dos hombres se encontraron. Uno buscó al otro, pero eso no importa demasiado.

Dos exilios, dos laberintos. Uno deambulando por el centro de un antiguo mundo declinante. El otro en la última frontera de Europa, en la lejanía del Sur.

Los hombres hablaron de libros ese día, en especial de un viejo libro, que el joven oficial prusiano había escrito mucho tiempo atrás, y que el otro, el del Sur, había leído en su primera traducción al castellano, a iniciativa de un grupo de militares argentinos en 1922. El libro se llamaba "Tempestades de Acero". Al Sur habían llegado muchas de las cosas de Germania y su cultura. Acaso Borges recordó el aprendizaje de ese idioma, aunque ambos hablaron ese día en francés.

Los dos fueron anarcas y emboscados a su modo, con esa forma elevada de anarquismo que es la soledad, la distancia y el estilo. Aristócratas del espíritu, se les podría llamar también conservadores, pero solamente de aquello que misteriosamente conserva en la sangre de unos pocos, como un privilegio.

Anarcas, conservadores, fantasmas de los laberintos, sombras de lugares que caen uno a uno en medio de las ruinas, bajo el signo de la edad oscura.

Alguien tomó una foto de cabezas blancas, de padres en un sabio crepúsculo. No se conserva el contenido de la conversación. Me gusta pensar que se habló también sobre viejas cargas de caballería en la llanura, sobre masivos avances en las trincheras de la primera guerra mundial, sobre los muertos que retornan y el coraje que perdimos.

Padres en la sombra y en la sangre. Padres algo escépticos, disfrutando de ese pasatiempo de sabios, que es la ironía. Una convocatoria de dioses, para el asombro y el destino común que es el olvido. Espíritus cansados, fuegos y cenizas, viajes, un largo aprendizaje de antigua sabiduría.

Ahora que han muerto estamos sin guía, perdidos y ajenos en el agobiante mundo de la posmodernidad. A la sombra del río más ancho y más lejano, los busco en mi laberinto siguiendo huellas de barro, de acero, de mármol, de amarilla ceguera, de lejanos insectos.

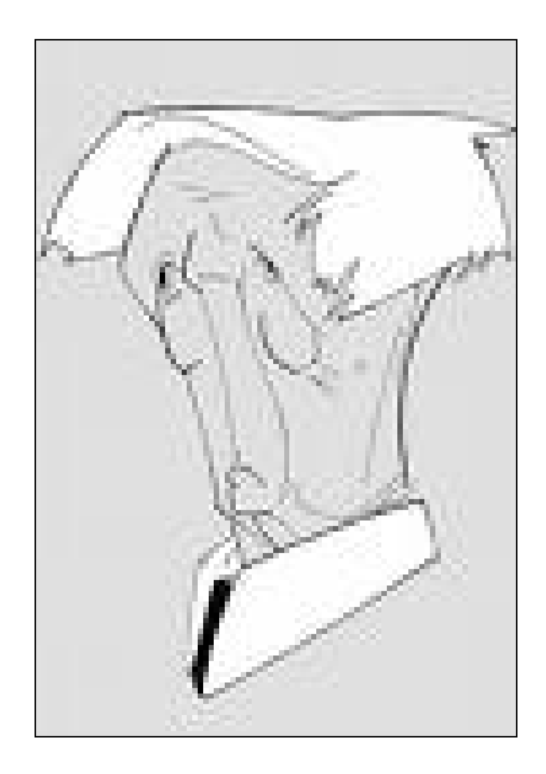
Ahora que las casas mueren, ahora que comprendo algunas cosas que no comprendía: por ejemplo esa sensación de llegar tarde a todos lados, de hombres en fuga desde siempre, desde Thule, desde la Atlántida, desde Troya, desde Roma, desde Islandia, desde Bizancio.

Ahora que estoy más cerca de los duros mármoles, grabados con la última sigla de los nuestros, con la milenaria señal del laberinto ¡Cuánto los extraño ahora! Antiguos padres de la Orden, padres esquivos, extraños a veces, como símbolos perdidos de la edad primera. Yo también estoy más lejos, cada vez más lejos. Cuento las casas y los trenes, que un relámpago cruel convierte en ruinas. Cuento las letras y las palabras del idioma, y noto que cada día nos falta una palabra más.

Cuando estos hombres estaban vivos todavía, la destrucción era más lenta. Ellos, padres muertos, sabios alquimistas, lobos encanecidos, de algún modo conocían el conjuro, levantaban sus manos a los cielos y andaban por los laberintos conjurando el tiempo, anunciando su aviesa falsedad, manifestando el olvido del mundo y la supervivencia solar de los espíritus.

MISCELÁNEA

HOMENAJE A ERNST JÜNGER



Muere Ernst Jünger, testigo de acero del siglo XX

El pensador alemán, que luchó en las dos guerras mundiales, fallece unas semanas antes de cumplir 103 años.

Unas semanas antes de cumpir 103 años, murió en Wiflingen (suroeste de Alemania) Ernst Jünger. Filósofo, memorialista, novelista, historiador, coleccionista de escarabajos, autor de un centenar de obras, combatiente en las dos guerras mundiales, oficial del Ejército alemán y testigo directo de un siglo que calificó como "uno de los más espantosos de la historia", Jünger combinaba una apariencia frágil con una actitud penetrante y controvertida. Para sus críticos, la estética podía más que la ética en su escritura sobresaliente; para sus seguidores, fue un lúcido analista de una época marcada por el fulgor contradictorio de la tecnología y el totalitarismo.

Escribió novelas, ensayos y tratados, pero sobre todo Ernst Jünger ha pasado a la historia de la literatura por sus diarios, obras que elevó a la categoría de género literario. El autor de Bajo las tempestades de acero (1920), relato de sus experiencias en la I Guerra Mundial, falleció en su domicilio del pueblo de Wiflingen, en el land alemán de Baden-Württemberg, al suroeste de Alemania, donde residió sus últimos 50 años de vida. Su extensa obra recoge como pocas, a juicio de los críticos, las contradicciones, los horrores y las glorias del siglo XX. El fallecimiento de Ernst Jünger, nacido en la ciudad universitaria de Heidelberg en marzo de 1895, fue calificado ayer en Alemania como una gran pérdida para la literatura germana.

Tras combatir en la guerra de 1914, Jünger publicó algunos de sus ensayos más conocidos, como El trabajador y Las abejas de cristal. En vísperas de la II Guerra Mundial escribió En los acantilados de mármol,- un texto considerado crítico- hacia el régimen nazi que había llegado al poder en 1933. No obstante, Jünger se incorporó al Ejército alemán como oficial y formó parte de las tropas que ocuparon Francia, donde mantuvo contacto con intelectuales de dicho país.

Prohibido por los aliados

Después de la derrota del nazismo, los aliados prohibieron la publicación de las obras de Jünger hasta 1949, pese a que el pensador se había desmarcado en varias ocasiones de la barbarie del régimen de Hitler. Su posición frente al militarismo y la guerra fue evolucionando desde la comprensión o incluso, la glorificación, hacia "un asco ante los uniformes, las órdenes y las armas que antes tanto había amado", como manifestó en el año 1942.En todo caso, Jünger fue esencialmente un gran memorialista que nunca abandonó la escritura de sus diarios, con una penetrante observación de detalles siempre destacada por los especialistas en su obra. El escritor austríaco Botho Strauss llegó a decir que Jünger "descubría y nombraba secretos cada día". Muchos críticos han relacionado la

capacidad del desaparecido pensador para captar detalles con su afición a la entomología. Ernst Jünger poseía una de las colecciones privadas de escarabajos más amplias del mundo.

En las últimas décadas el escritor alemán vivió relativamente retirado en Wiflingen,y su propia persona se convirtió en asunto de reflexión. Incluso Jünger utilizó su longevidad como tema literario. El día que cumplió 100 años el escritor apareció fotografiado en la prensa europea con un cigarro en la boca y una copa de vino en la mano. Brillante e incisiva, su obra ha inspirado debates y estudios en toda Europa.

Tanto el presidente de Alemania, Roman Herzog, como el canciller Helmut Kohl y el presidente del SPD, Oskar Lafontaine, enviaron ayer telegramas de condolencia a Liselotte, la viuda de Jünger. Kohl calificó a Jünger como "una de las más grandes personalidades literarias de este siglo". Los únicos que se han desmarcado en alguna ocasión de los elogios hacia el escritor han sido Los Verdes, que protestaron con vehemencia cuando Jünger recibió premios.
El intelectual alemán visitó por última vez España en julio de 1995 para asistir a su nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid. Durante aquella visita asistió también a un curso sobre su obra, que se celebró en El Escorial, titulado La conciencia de un siglo y que fue coordinado por Andrés Sánchez Pascual, su traductor al castellano.

Durante una reunión con un grupo de periodistas, Jünger sorprendió por la agilidad de sus respuestas, lucidez y sentido del humor. Acababa de cumplir 100 años. En 1989 fue investido doctor honoris causa por la Universidad del País Vasco. La mayor parte de su obra se ha traducido al español.

Pintadas mentales

Iury Lech

Decía el novelista Julien Gracq que el contacto con la obra de Ernst Jünger, equilibrada, trascendental, indagadora, no excluyente de los recursos de la tradición, resultaba de gran estímulo para el lector, ya que era posible percibir en ella un esfuerzo goetheano por querer leer, y en ocasiones descifrar el universo. En efecto, el prolífico escritor germano, fallecido en 1998 a los 103 años, pasó de ser un autor marginado a un referente literario internacional, sobreviviendo como combatiente a dos guerras mundiales, de donde nutrirá sus memorias Tempestades de acero y sus diarios Radiaciones, o experimentando con varios tipos de sustancias psicoactivas, que gestarán la novela utópica Heliópolis y la narración visionaria Visita a Godenholm, editada paralelamente a Las puertas de la percepción, de Aldous Huxley, donde acuña el término psiconautas (navegantes del alma). A pesar de sus vaivenes personales, Jünger siempre ha privilegiado al lector con una reveladora poética de lo inaprensible y en Esgrafiados no escatima esfuerzos, destacando siempre lo extraordinario de entre sucesos corrientes, ya sea en la vida como en el arte. La sintaxis de Jünger es traslúcida y traspasa el umbral de lo tangible para desvelar espectros transversales de la percepción y de la razón. Y es que "el hombre quiere hablar, por muy imperfecto que sea, de aquello que en él es algo más que humano", apunta en esta colección de aforismos filosóficos, fragmentos ensayísticos, graffitis caleidoscópicos, que hablan sobre la substancia mortal, que invitan a escuchar las palabras y a armar las frases donde su pesimismo constructivo propone, como forma de resistencia ante el totalitarismo de la invertebrada ciencia tecnológica, que a toda buena prosa hay que exigirle que destierre el miedo a la muerte. Una vez más, Jünger demuestra su condición dual de autor complejo e individuo libre.

La muerte a los cien

Vicente Verdú

Cuando alguien como el escritor Ernst Jünger ha cumplido 102 años y se muere, la gente lo da por bien empleado. Por bien empleada la vida que ha vivido y por

aceptable la muerte que le ha llegado. No es verdad eso de que nadie se resigne a morir. Existe, por el momento, un número mágico a partir del cual el ser humano se siente razonablemente abastecido por la existencia y le parece comparativamente aceptable que acabe el suministro de vida. No sólo pasados los 100 años se puede morir en paz. Puede morirse, además, con aura. No hay en primer lugar mejor prueba de bendición que la longevidad, porque hay gente vigorosa a quien sin embargo el infortunio siega pronto. Por el contrario, a aquél que como, a Jünger, el tiempo le ha mantenido blindado de mortalidad y hasta los 100, es desde todos los puntos de vista un preferido divino.Estar vivo y de pie, como Jünger, significa además un monumento a la esperanza. El siglo entero que ha sostenido este hombre en su esqueleto nos lo trasmite como un canon. Podemos no ser inmortales pero sí tomar como referencia una cantidad que nos concilie con el hecho de morir a la medida. Cien años sería una longitud que firmaría cualquiera, incluso en el instante más álgido de su fortaleza joven. El brío en sí, en cualquier juventud, se corresponde con el brío mismo de exhibir 100 años. Nunca, como en el caso de Jünger y otros colegas temporales, el ser centenario trasmite una impresión de acabamiento sino de superación. No importa el menoscabo físico si se compara con la proeza de haber traducido el absoluto de la muerte en cualquier adjetivo.

En China, de la que hablo a menudo tras un año y pico leyendo sus textos, a la boda se la conoce como "la alegría roja" y a la muerte como "la alegría blanca". En China, antes de la influencia occidental, las novias se casaban de rojo y un paño rojo anunciaba el júbilo de la casa. La muerte blanca, representada con pañuelos y botines blancos, es la muerte para todos, pero en ella hay una muerte especialmente "jovial" ¿Puede serlo? Se acerca a ser positiva cuando quien muere tuvo oportunidad de ofrecer la vida a dos generaciones. Es abuelo y puede ver ante sí, zarpando, la continuidad del linaje.

Ni la muerte es igual en todas partes, ni lo ha sido en todos los tiempos. Philippe Ariès cuenta en su libro La muerte en Occidente que hasta la Alta Edad Media, antes de nacer la noción de "individuo", el hecho de morir no se tomaba tan a la tremenda. Era tremendo morir, pero carecía de esa trágica condición que ha hecho a la muerte personalmente horrenda. Antes de tomar conciencia individual, la muerte carecía también de intencionalidad personal. No venía a ensañarse con nosotros, sino que existía como una fatalidad global, flotando en medio de la impiedad de las plagas, las hecatombes o las guerras. No moría uno, sino que quedaba muerto. No se le daba muerte especial, sino que participaba, como era común, de una circunstancia letal. Pensando así, lo fatal era psicológicamente más soportable. Y, poco más o menos, así lo han tomado los chinos y otros pueblos orientales hasta ahora. De una u otra manera, no morir a solas, sino morir integrado en un magma, acompañado en lo mismo, alivia la sensación de la calamidad singular. Porque lo más insoportable del mal es creer que nos ha elegido y en concreto. Como, igualmente, lo más feliz de sobrevivir a una adversidad es pensar que hemos sido seleccionados nominalmente.

Éste es el caso, muy probable, que puede haber asumido Jünger con gozo. Tenía que morir algún día pero, ciertamente, ya había sido ungido con la señal de la gracia. Cien es un número reservado a los favoritos. Gracias al 100 se produce el extraño milagro de que nuestra muerte no podrá ser lamentada. No despierta lástima "de verdad". Y en consecuencia no nos sentimos tampoco lastimados. O incluso nos consideramos agraciados. En "la alegría blanca".

"Un viejo guerrero no tiembla"

Andrés Sànchez Pascual

¿Habrá venido a visitarlo la muerte cuando él se encontraba con la pluma en la mano? No sería de extrañar. Pero la pregunta, de respuesta obvia, es casi retórica. Seguramente no lo es esta otra: ¿por qué esta mañana habré pensado con tanta intensidad

en él, antes de que me llegara la infausta noticia? El día comenzó como tantos otros en esta época en Bonn: cielo bajo, nutricia cercanía del Rin, una ligera lluvia, casi imperceptible. Además, hoy celebramos un cumpleaños familiar. Antes de salir de casa estuve contemplando en el jardín los rododendros, que él tanto amaba. Y entonces surgió la figura de Ernst Jünger en su jardín mostrándome, una no lejana tarde de otoño, sus rododendros. Ya no me abandonó su recuerdo.Calle del Medio abajo, el griterío de los pájaros llenaba de vida la calma de los jardines de Bad Godesberg. ¿También en Wilflingen estarán tan alegres y nerviosos? ¿Y las tortugas? Seguro que aún permanecen en su sueño invernal.

Sobre una mesa auxiliar del despacho, el último libro de Jünger, publicado hace pocos meses. Es el volumen quinto de la serie de sus diarios titulada Pasados los setenta. Ya lo he leído, pero ahora estoy paladeándolo. Abarca los años 1991 a 1995 y contiene, por tanto, sus apuntes de El Escorial. Y entonces, un recuerdo vivísimo. ¿Por qué, por qué puso Jünger tanto interés en que me llegase enseguida ese volumen? No se quedó tranquilo hasta que lo supo en mis manos. Página 181, apuntes escritos en El Escorial el 4 de julio de 1995: "A. y su mujer Roswitha nos cuidan a Taurita y a mí como si fuéramos sus hijos". Es difícil contener la emoción. En la misma página, una mención cariñosísima de Luis Fraga, en parecidos términos.

He de preparar dos informes, pero el trabajo se hace difícil. Los recuerdos se amontonan y, extrañamente, me llenan de angustia. Procuro distraerme pensando en la conversación del pasado viernes en Colonia con Guido Mensching, durante la fiesta de despedida del hispanista König. Guido es un experto en asuntos sardos; también Jünger lo era y escribió innumerables páginas en sus diarios sobre la hermosa isla italiana.

Anuncio de una llamada telefónica de Stuttgart, que me llena de aprensión. Pero no: es Carlos Segoviano, que me invita a la fiesta en honor de Jünger que la Universidad de Heidelberg prepara para el próximo septiembre.

Casi inmediatamente después, una llamada directa de la secretaria de Jünger. Tres palabras: "Jünger ha muerto".

La tijera, una de las más bellas obras de Jünger, página 143: "También la famosa frase de la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios: 'Ahora vemos por medio de espejo en enigma; pero después, cara a cara', alude a las insuficiencias del tiempo. Se compara el ahora con el después y se lo contrapone a él. Dos perspectivas: ahora, aquende el muro del tiempo; después, allende el muro del tiempo".

Sí, la muerte es una perspectiva: allende el muro del tiempo. Infinita nostalgia de traspasar ese muro; y, también, una vivísima curiosidad. Jünger ya está viendo "cara a cara".

Apenas consigo balbucearle la noticia a Christina, en la Editorial Tusquets. Poco después la llamada de Ángel. Y estas líneas. Y las últimas palabras de su último libro, casi autoirónicas, las postreras que publicó, escritas en Wilflingen el 15 de diciembre de 1995. "El día comienza con autógrafos; mi mujer escoge entre la correspondencia las peticiones. Aún tengo una letra presentable. Un viejo guerrero no tiembla".

El soldado desconocido

Félix de Azúa

Así pues, también él ha muerto. No seré yo el primero en decir que corría la sospecha de su inmortalidad. Que Jünger pudiera no morirse nunca ilustra mucho acerca del personaje. En realidad había muerto ya muchas veces, en la primera guerra, en la segunda, cuando mataron a su hijo, cuando lo desnazificaron, cuando, a pesar de todos los testimonios, los resentidos continuaban hablando de él como de un nazi blando y reconvertido, un esteta, siendo así que había sido todo lo contrario, un estoico sin un átomo de aprecio por lo "estético", un duro

antinazi precisamente porque no tenía ni un pelo de demócrata.

Como Heidegger, despreciaba el nazismo con conocimiento de causa, y no por ser un alma bella o por creerse un héroe moral para masas.Pero se ha muerto y ahora el panorama literario aparece amputado de su más alta montaña. ¿He dicho literario? Pues he dicho mal: Jünger pertenecía a otro siglo, el XIX o el XXI, y no era un literato sino un hombre de letras. Escribió poesía, novela, ensayo, con la fluidez y naturalidad de Voltaire y sin duda con la misma insumisa violencia contra la maldad. Pero fue por encima de todo un soldado, esa profesión tan mal vista en la actualidad, cuando todos los jóvenes huyen de ella pero van vestidos y pelados como reclutas; un homenaje patético a los ejércitos populares cuya desaparición traerá máquinas perfectas a las órdenes de la oligarquía. Pero el nuestro es un tiempo sentimental. Jünger, en cambio, no tenía nada de sentimental y podía ser un soldado. Odiaba la sentimentalidad, ese producto de la opereta vienesa y el pensamiento suizo. Por eso quiso prolongar la tragedia sin sujeto que Hölderlin había intentado traer al mundo moderno. Ambos fracasaron, pero su fracaso es más productivo que casi todos los éxitos de sus enemigos.

Como buen soldado, nunca dio órdenes. Estuvo siempre esperando percibir en el horizonte una señal a la que obedecer, una bandera por la que morir. En toda su larga vida no vio ninguna que mereciera la pena. Sólo en algún momento, el bolchevismo, tan presente en sus ensayos de los años treinta. Luego nada. Así que se convirtió en un anarca. No en un anarquista, esa forma de irresponsabilidad tan norteamericana, sino en un anarca. Y llevó siempre a punto un maletín cargado de explosivos, porque nunca se sabe.

Tras la primera guerra, nada volvió a ponerse ante sus ojos que mereciera dar una batalla. El siglo iba a sosegarse en tranquilas matanzas, en serenas carnicerías conducidas por gerentes con uniforme y equipos de comunicación capaces de justificar todos los asesinatos. Como tantas otras cosas, como la historia, como las artes, como la filosofía, también la guerra había alcanzado su acabamiento en el siglo XX.

Durante los últimos años ya sólo escribía un diario, pero era asombroso. Los días se engarzaban con la pertinaz sobriedad de los poemas del entenebrecimiento de Hölderlin, como los llama Carbonell. Asistía a un gotear desprovisto de sentido al que sólo la terquedad de un espíritu irredento iba proporcionando representación para no darse por vencido. Por fin, vivió un día cargado de significado y era su último día. Pero la anotación de ese día hemos de escribirla nosotros. En esa diferencia estriba la pérdida.

Dos fines de siglo

Ferrán Gallego

Los finales de siglo tienen cierta calidad solemne, como si la humanidad ajustara sus ritmos colectivos a una pura convención como nuestro calendario. Parece que de todo hace 100 años. Y la muerte decide haberse tomado demasiado tiempo para su cita con un intelectual que convivió con algunas de las cosas más serias de este siglo. Cuando una universidad española decidió nombrarlo doctor honoris causa, muchos comentaristas decidieron que Ernst Jünger era un testigo de nuestra época, frase que recauda, al mismo tiempo, el carácter pomposo y neutral del homenaje.

El intelectual de Heildeberg fue algo más que un testigo, aunque es verdad que, unas veces bajo su altivez y otras bajo su estupor, circuló buena parte del agua sucia de la fontanería ideológica del periodo de entreguerras. Pero eso no le convierte en un inocente espectador. Ni siquiera en un intelectual acobardado por las estrías de la realidad. Jünger añadió al torrente de desvaríos culturales de la derecha alemana el sabor a estanque de sus propias reflexiones, la espesura de un líquido chocando obsesivamente sobre las orillas de una crisis de conciencia que acabaría en los arrabales mentales del Tercer Reich.Ya sé

que los tiempos son ejemplares para el olvido, pero el recuerdo es el interésque se cobra la muerte en días como estos, cuando tenemos que evitar sepultar nuestra memoria común.

Estamos tan acostumbrados a las absoluciones selectivas que no nospreocupa pasar por el trámite indecoroso dela confesión. Jünger fue un escritor admirable cuyas Tempestades de acero ingresaron en el cuadro de honor de la aterradora experiencia de la Gran Guerra, un episodio delque algunos volvieron convertidos en pacifistas, mientras otros consideraban los valores del conflicto como la génesis de una nueva moral. También fue el teórico de una sociedad organizada de acuerdo con los sentimientos heroicos de los críticos de la decadencia en uno de sus textos sagrados, El trabajador. Se incluyó en un estado de espíritual que disgustaba cómo se organizaba elmobiliario cultural democrático de la primera posguerra. Y ese movimiento, que sellamó la revolución conservadora, conectócon los diversos no conformismos europeosque habrían de alfabetizar el fascismo. Paramayor desatino, a Jünger le molestaron los nazis, un movimiento plebeyo que creía serla nueva aristocracia.

A tantos años de distancia, Ernst Jünger era un venerable anciano cuya calidad estilística y cuyo retiro parecía merecerse el silencio de esa debilidad de espíritu que empujó a tantos intelectuales a mostrar su coquetería con ciertas ideas-fuerza del fascismo. Tal vez él se haya ganado por fin el silencio, pero las víctimas efectivas de aquel desorden moral no se merecen el olvido. Ni siquiera el de las complicidades furtivas.

Un hombre libre

Hermann Tertsch

Hay grandezas que nacen del heroísmo, del crimen o del apocalipsis, ya sea como promesa o amenaza. Y hay grandezas que surgen de forma perfectamente inverosímil de un cuerpo frágil que parece diseñado para ocultar al mundo exterior la ingente fortaleza de espíritu que acoge. Ernst Jünger, que acaba de morir semanas antes de cumplir los 103 años, es un ejemplo de estas últimas. Este hombrecillo con aspecto de sastre judío de Berlín se permitió sobrevivir a los dos grandes monstruos, a Hitler y a Stalin, en medio siglo. Cumplidos los cien años, se permitió subir las grandes escalinatas del monasterio de El Escorial cuando iba a ser nombrado doctor honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid. En aquellos momentos, lo comentaría después durante una cena, le interesaban mucho más Felipe II y Cervantes que los dos máximos matarifes de este siglo XX.Pero no sólo en aquellos momentos adquiría España para él una importancia especial. Para él, el Quijote era, sin más, "la novela". Y siempre tuvo un inmenso interés -fijación se podría llamar- en el descubrimiento de América. Un hombre con su valentía intelectual y su libérrimo pensamiento, pero también su infinita cultura, jamás hubiera pasado de esbozar una sonrisa ante esas acusaciones bienpensantes de lo políticamente correcto que califican toda la gesta americana, desde Tierra de Fuego a California, como una caprichosa matanza de unos bárbaros, aplicando a los siglos XVI y XVII la escala de valores de, por ejemplo, Martin Luther King o Hans Küng, o las ridículas tesis sobre la conquista de América de ese peculiar analista histórico del Caribe que es Fidel Castro.

Tampoco perdió mucho de su precioso -aunque haya que reconocer ahora que muy cuantioso- tiempo en rebatir las acusaciones tan fáciles sobre el supuesto carácter "fascistoide" de su obra, siempre hechas por esos bienaventurados que todo lo leen lejos en tiempo y espacio y dictan con tanta ignorancia como arrogancia sus sentencias sobre épocas de las que no tienen ni la más remota idea. Jünger fue mucho más que un escritor de obra prolífica. Fue un pensador y un científico, fue un descubridor y un escudriñador de la historia, del mundo visible y pensable. Hay que pensar en otros dos grandes alemanes, Alexander von Humboldt y Goethe, cuando se pasa revista a la ingente y pluralísima obra de este

hombre de letras que no leía periódicos y tenía una de las más magníficas colecciones del mundo de escarabajos y otros insectos.

Pero además de la longevidad Jünger se ha permitido el inmenso lujo y la no menor osadía de pasearse por este siglo hasta el final con una lucidez que podía hacer ruborizarse a alguno de los más listos y cultos de profesión y ostentación, aquí en España y en cualquier punto del globo. En la cena que compartimos en el restaurante Horizontal de los montes escurialenses, y mientras encendía un cigarro Dunhill y bebía vino de Rioja, el centenario comentaba algunas conversaciones con Heidegger y Spengler, y en alguna ocasión se permitía dar la fecha exacta de las susodichas charlas. Hasta hace muy poco ha viajado desde su residencia habitualen Wilfingen, en Suabia, ha nadado, andado en bicicleta y se ha dedicado con pasión a su jardín, ese gozo que con frecuencia descubren los hombres sabios.

Otros hablarán de su ingente obra, escrita además en un alemán bellísimo. Este hombre será sin duda denostado por algunos episodios de su pasado, como su juventud guerrera o por la indiferencia que le producían tragedias personales que consideraba parte inseparable del devenir de la historia y del cosmos. Siempre pensó un poco o un mucho más que los demás, tuvo una intuición genial para prever las monstruosidades de este siglo, y se ha despedido con la mayor conquista que puede alcanzar un humano al final de su vida, el don que le acerca definitivamente a los dioses, dicen algunos. Es ni más ni menos que la certeza de que se ha luchado con éxito con el tiempo. Y eso es, ni más ni menos, que la serenidad.

Su obra en España

Ignacio Echevarría

Ernst Jünger ha tenido buena fortuna en España, al menos por lo que toca a sus libros. Al alcance del lector se encuentran más de una veintena de sus obras, y ya hace tiempo que la editorial Tusquets emprendió la publicación de sus diarios completos y de sus más significativos ensayos, encomendándolos a un traductor de élite: Andrés Sánchez Pascual, no por casualidad traductor también de Nietzsche, uno de los pilares en que se fundamenta el pensamiento de Jünger.Quien pretenda, pues, aproximarse a la figura y a la obra de este autor puede escoger entre varias trayectorias. La más recomendable empezaría por sus escritos primeros. Y en el umbral de los mismos, por una novelita extraordinaria, hoy prácticamente inencontrable, Juegos africanos (1936, Guadarrama, 1970), donde evoca la insensata aventura de su alistamiento en la Legión Extranjera, con sólo 18 años. Inmediatamente después habría que leer el libro que lanzó a Jünger a la fama y lo convirtió, para bien y para mal, en figura emblemática de la Alemania de entreguerras: Tempestades de acero (1920, Tusquets, 1987), impresionante relato de su participación en la Gran Guerra, en la que Jünger, por cierto, combatió justo en el frente contrario en el que luchaba Robert Graves, quien, a su vez, había de contar su experiencia en unas memorias de guerra también famosas: Adiós a todo eso.

Es a la luz de este testimonio de un héroe soldado como conviene leer el ensayo más polémico, más fascinante y más peligroso de Jünger, El trabajador (1932, Tusquets, 1990), que le atraería la admiración y el respeto de las autoridades nacionalsocialistas. Y para vislumbrar en qué sentido el propio Jünger marcó las distancias con las mismas hay que leer su novela fundamental, la bellísima Sobre los acantilados de mármol (1939, Destino, 1962, 1986).

A partir de aquí, lo mejor es sumergirse en las lecturas de los diarios, sin duda una de las cimas del género en este siglo, muy en particular por lo que toca a los dos volúmenes de Radiaciones (Tusquets, 1989, 1992), correspondientes a los años de la Segunda Guerra Mundial. Es a partir de las perspectivas complejísimas que en ellos se abre como mejor se entienden algunos de los ensayos reunidos tanto en La paz como en Sobre el dolor (Tusquets, 1.995, 1996), así

como el apasionante diálogo a distancia mantenido por Jünger y Heidegger en Acerca del nihilismo (Paidós, 1994).

Prolongando siempre un pensamiento que conservó a lo largo de todo un siglo Una formidable coherencia, puede leerse a continuación La emboscadura (Tusquets, 1988), y seguir con, El problema de Aladino (Cátedra, 1987), hasta el ya muy tardío La tijera (Tusquets, 1993), todo un testamento que se resuelve, en rigor, en una iluminada, profética declaración de inmortalidad. En la órbita (pero también en el centro más secreto) de esta secuencia no puede dejar de mencionarse El libro del reloj de arena (Argos Vergara, 1985), seguramente el ensayo más clásico y más apasionadamente recomendable de su autor.
En paralelo a veces estricto en sus ensayos se desarrolla la obra novelística de Jünger, traducida en buena parte, y en la que destacan dos títulos mayores, Eumeswil y Heliópolis (Seix-Barral, 1980, 1981) , inquietantes utopías a cuya sombra cabe leer otras dos novelas asimismo extrañas y notables: Abejas de cristal y Visita a Godeholm (Alianza, 1981, 1983). Como obras marginales, pero acaso literariamente más apetecibles, quedan El tirachinas (Tusquets, 1987) y Un encuentro peligroso (Seix-Barral, 1985), la primera, evocadora de las ya remotas experiencias escolares del propio Jünger, y la segunda, una novela policiaca teñida de tonos crepusculares.

Recapitulando todas estas lecturas, cabe mencionar, entre la abundante bibliografía sobre Jünger, dos libritos muy recomendables: las Conversaciones con Ernst Jünger, de Julien Hervier (Fondo de Cultura Económica, 1986), y un volumen conmemorativo de sus 100 años en el que se recogen contribuciones de Juan García Ponce, Fernando Savater y Adolfo Castañón, entre otros: Ernst Jünger: tres siglos (Ediciones Heliópolis, México, 1995). En contrapunto con ellos cabe añadir el volumen de aforismos publicado por el mismo Jünger bajo el título El autor y la escritura (Gedisa, 1987).

"Este siglo ha sido uno de los más espantosos de la historia", afirma Ernst Jünger

El escritor centenario, doctor 'honoris causa' por la Universidad Complutense

José Andrés Rojo

"Este siglo ha sido uno de los más espantosos de la historia", declaró el escritor en El Escorial a un reducido grupo de periodistas. El polémico pensador había llegado unas horas antes al aeropuerto de Madrid, en compañía de su esposa, procedente de Stuttgart. Hoy será investido doctor honoris causa por la Universidad Complutense en el monasterio de El Escorial. En el mismo acto se inauguran los Cursos de Verano con el que se dedica a su obra, La conciencia de un siglo, coordinado por Andrés Sánchez Pascual."Cuando el pasado siglo estaba a punto de terminar, recuerdo que desde el Kaiser hasta el último trabajador recibieron con optimismo la llegada del nuevo. En 1914, aquel optimismo empezó a desaparecer. Y es que este siglo ha sido uno de los más espantosos de la historia", dijo ayer el escritor alemán Ernst Jünger en el curso de una cena con un reducido grupo de periodistas, durante la cual comentó algunos aspectos de su polémica obra y respondió a distintas preguntas a propósito de las sombras que rodean nuestro presente más inmediato.

"Las heridas de Alemania me han lastimado más que las experiencias dolorosas de mi vida", observó en un momento dado. Y fue entonces una de las pocas veces en que la mirada se le perdió, invadida acaso por la memoria de un pasado en el que le tocó padecer la perdida de sus hijos. Durante la conversación, que se prolongó a lo largo de más de hora y media, Ernst Jünger sorprendió por la agilidad de sus respuestas, por la lucidez de alguna de sus observaciones y por su sentido del humor. El escritor había llegado a Madrid unas horas antes.

Testigo de una época

La conciencia de un siglo, el curso que la Universidad Complutense va a dedicarle los próximos días, señala desde el mismo título la obsesión de Júnger por establecer una distancia frente a lo que ocurre. Coordinado por Andrés Sánchez Pascual, cuyas traducciones han permitido al lector español familiarizarse con la obra del alemán y que inaugura hoy las jornadas dedicadas al escritor centenario, este curso aborda desde múltiples puntos de vista una obra polémica y una trayectoria vital llena de recovecos.

Ricardo Bada, Rolf Hochhut, Michael Klett, Rafael Conte, Peter Koslowski, Franco Volpi, Marcello Staglieno, Frédéric de Towarnicki, José Luis Molinuevo y Domingo García-Sabell hablarán durante esta semana, entre otras cosas, del Jünger filósofo y del narrador, de su iconología y de su trato con los países que habitó, de su relación con la muerte y de la vinculación de su pensamiento con la modernidad. Dos mesas redondas -en las que participarán Teresa Oñate, José Luis Pardo, Carmen Riera o Robert Saladrigas, entre otros- se acercarán de una manera más distendida a los distintos aspectos que componen ese complejo acertijo llamado Jünger.

Era inevitable que en el encuentro con el narrador y pensador alemán la conversación discurriera, sobre todo, alrededor de sus reflexiones políticas. Nacido en Heidelberg en 1895, Ernst Jünger se escapó de la escuela. para alistarse en la Legión Extranjera y se presentó voluntario en 1914 para pelear en una guerra que le dejó el cuerpo cosido a balazos y la perchera con varias condecoraciones por su labor al mando de tropas de asalto. Por algunas de sus ideas contenidas en su ensayo El Trabajador, de los años treinta, y que coquetearon con una cierta concepción totalitaria de la sociedad, muchos encontraron que los nazis encarnaban lo que Jünger proyectaba. El escritor, sin embatgo, no reconoció sus reflexiones en las acciones de Hitler.

Jünger se refirió al siglo XXI como la época en que regresan los titanes y afirmó que es un mal momento para los poetas. Insistió en que caminamos hacia un estado mundial y que episodios como la guerra de la antigua Yugoslavia no son más que el ajuste de cuentas de algunas viejas deudas pendientes. Explicó que la amenaza del islamno es relevante frente a la suprema cia tecnológica occidental y observo que la xenofobia en su país no es tan alarmante como algunos la pintan: "Ocurre como con algunos hinchas de fútbol, son sólo algunos grupúsculos los que provocan el ruido"."Stalin y Hitler fueron la expresión de una decadencia general. No tiene mucho sentido darles una importancia mayor. Aparecieron porque había unas masas que los reclamaban. Más que en su papel, habría que pensar en ese 'Hitler que llevamos dentro', del que hablaba en un libro un escritor suizo", comentó Jünger.Las intuiciones, de Nietzsche o su relación con Heidegger o Spengler fueron otros episodios de la conversación. Y, de tanto en tanto, referencias a El Trabajador. No hubo mucho más tiempo y no se pudo profundizar en la vertiente literaria de su obra. Que avanza abracando los ámbitos más diversos y que de pronto sorprende con un fogonazo. Como éste, de sus diarios: "La medida verdadera del valor que poseemos es ésta: el crecimiento que los demás, experimentan merced a la fuerza de nuestro amor".

Del jardin a la mesa de trabajo

El pelo totalmente blanco y la mirada incrustada en un rostro de rasgos afilados. Los ojos de Emst Jünger saltaban de tanto en tanto para disparar un fulgor travieso, que subrayaba su risa, y otras veces parecían perdidos en la neblina de los años. Hubo quien contó los vasos de sangría que bebía el escritor alemán si guiendo el curso caprichoso de la conversación y la cena. Y hubo quien buscó a un fotógrafo cuando encendió un cigarrillo."Cuando se llega a esta edad" comentó Jünger, "sólo se puede ir de la mesa de trabajo al jardín y del jardín a la mesa trabajo". Sin embargo, confesó, no podía rechazar la invitación a viajar a España, país con el guarda unos estrechos

lazos personales e históricos. "Entre mis primeras lecturas está el Quijote", dijo. "No se trata simplemente de una novela, es la novela".

Los cien años de vida intensa, que carga Ernst Jünger a la espalda no parecen afectarle demasiado. Aceptó de buena gana cualquier pregunta. Alguien quiso saber qué tenía todavía en común con aquel que escribió Tempestades de acero, uno de sus primeros libros. "Fue la obra de un hombre joven a quien le daría en este momento unas palmaditas en la espalda", dijo. Reconoció que el título de aquel ensayo ya no le gustaba y recordó una visita que recibió de Borges, quien le había comentado que más que una tempestad de acero el libro le había parecido una erupción volcánica.

"Hay que evitar ir por el mundo mendigando un poco de ayuda por el dolor que uno padece", comentó. "Es mejor soportarlo en solitario. Muchos de esos dolores, además, constituyen el anuncio de una época fecunda". En este sentido, Ernst Jünger recordó las críticas que había recibido por asistir a una ejecución. "Me parece más importante que alguien describa el horror de una situación de esas características, a que permanezca lamentándose por la tristeza que desencadena". Ese, al fin y al cabo, ha sido uno de los desafíos de su obra, y quizá de ahí proceda en parte. la frialdad de su estilo. Cronista implacable de un siglo lleno de horrores, Jünger continúa escribiendo. Atrapando los últimos destellos de un presente devorado por los interrogantes.

"La realidad me ha defraudado", confiesa Ernst Jünger

Ernst Jünger, uno de los más importantes escritores alemanes contemporáneos, cumplirá 100 años. Si ya es extraordinario el simple hecho de vivir un siglo, cumplirlo con la lucidez que manifiesta bordea lo inexplicable. Al mismo tiempo, la editorial Tusquets publica en castellano Pasados los setenta I (Radiaciones III), otro volumen de sus diarios. Por tales motivos, Jünger concedió una amplia entrevista a EL PAÍS que se publicará íntegramente mañana, sábado, en la revista cultural Babelia, y de la que extractamos algunos párrafos.Preguntado sobre una posible valoración de su larga vida, el escritor confiesa: "En mi opinión, yo no he llevado una vida activa, sino la vida de una persona platónica, un platonismo que ha consistido sobre todo en la lectura de los grandes clásicos, de los grandes filósofos, y cuando me he metido en la realidad, ésta me ha defraudado en lo esencial".

En la extensa conversación no elude sus opiniones sobre Hitler y el nazismo -uno de los temas recurrentes desde los años treinta cuando se habla de, o con, Jünger-: "Me parece completamente catastrófico que haya crecido en Viena, donde Lueger y otros expandieron un antisemitismo monstruoso. Si Hitler no hubiera seguido ese antisemitismo, el mundo sería hoy totalmente distinto. Fue un transformador del mundo, pero en un sentido nada agradable". De la crueldad y destrucción que le tocó ver en su vida por su participación en las dos guerras mundiales de este siglo, Jünger afirma: "Respecto a la crueldad, tengo que decir que no he tenido nada que ver con ella. Yo pertenezco al cuerpo de oficiales de Prusia, y en él no se ataca a personas desarmadas: puedo decir que algo así no me ha ocurrido nunca".

El escritor es también un reputado entomólogo y de la relación de la especie humana con la Naturaleza dice: "Hay una relación de sufrimiento. Los bosques amazónicos son destruidos, a los mares se los deja sin peces, la atmósfera ya se ve cómo está, en una palabra: se va ya directamente contra los elementos". Pero donde surge la estupefacción es cuando habla de sus proyectos: "Acaba de aparecer el tomo IV de Siebzig verweht (Pasados los setenta), el V está ya en manuscrito, además tengo todavía una novela inacabada, quizá me ocupe algún día de ella. Trata precisamente el tema de la relación entre un discípulo aventajado y su sabiondo maestro".

Ernst Jünger, en el ojo del huracán
El viejo guerrero de la 'revolución conservadora'

Luis Meana

El escritor alemán Ernst Jünger cumplirá 100 años y los cumple tal como ha vivido durante los últimos 50 años, en el ojo del huracán. La vida de esta figura, mítica dentro de aquel movimiento que se denominó la revolución conservadora, es intensa como pocas. El viejo guerrero ha desempolvado un supuesto documento que, considera él, explicaría por qué no fue depurado en el nazismo. La publicación de sus Diarios de 1992 en una revista de la antigua República Democrática Alemana ha reabierto viejas heridas y el "decidido militarista" ha sido acusado nuevamente de haber hecho declaraciones extremadamente antisemitas que nunca retiró".

En una anotación correspondiente al día de Año Nuevo, que aparece en la selección de los Diarios de 1992 recientemente publicada por la revista Sinn und Form, se lee lo siguiente: "Las fiestas plantean cada vez más la pregunta de si uno las volverá a celebrar". Cuando el lunes, día 29, se cumplan 98 años del día de su nacimiento en Heidelberg, a Jünger le asaltará seguramente la misma pregunta. Aunque no carece de fuentes de optimismo para contestarla; pues, en otra anotación de los mismos Diarios, el mismo Jünger cita una carta suya de 1940, dirigida a su padre, en la que decía lo siguiente: "Quizá sepas que Hufeland en su Macrobiótica, que le regalé hace años a mamá y cuya lectura te recomiendo, estima la edad normal del hombre en 200 años".

De la vida y los pensamientos del autor en los últimos meses, esos Diarios recién publicados ofrecen algunos datos: "Con la salud puedo sentirme contento. Desde hace algún tiempo no oigo tan bien. Sobre todo, si el interlocutor no articula cuidadosamente me obliga a preguntar. Me intranquilizaron los puntos verdes que aparecieron en el campo visual (...), la doctora Kuhn constató un riego deficiente" (1992). "Ni un solo día sin un paseo de una, o mejor, dos horas (...); por la carretera de Sipplinger ruedan, casi sin pausa, los coches; ayer conté más de cien en cinco minutos, pero descubro siempre caminos colaterales. En ellos, los prismáticos son imprescindibles. El paisaje ofrece, tanto histórica como ornitológicamente, un rico botín" (21 de enero de 1992).

Historia polémica

Los 98 años de esta vida proyectan, ciertamente, una sombra muy alargada, con una historia muy poco convencional y extraordinariamente polémica. La vida de esta figura, mítica dentro de aquel movimiento que se denominó la revolución conservadora, está llena de hechos notables. Con sólo 18 años, se enrola en la Legión Extranjera, de donde le recoge, tras unos meses, su padre; meses después ya está metido en la I Guerra Mundial: teniente en el frente, cae herido más de una decena de veces y recibe las condecoraciones más importantes, entre ellas, en 1918, la Orden Pour le Mérite. Rechaza después un puesto de diputado por el NSPD en el Reichstag; rechaza también la elección a la Academia Alemana ya nazificada. Durante la II Guerra Mundial es nuevamente oficial; guerra en la que caerá muerto, en 1943 en Carrara, su hijo. De 1945 a 1949 se le prohíbe publicar en Alemania. Durante todos aquellos años había escrito obras y diarios especialmente famosos: El trabajador, Tempestades de acero, Acantilados de mármol, Radiaciones, Movilización total. Pero este hombre no sólo ha sido un guerrero entusiasta ("nosotros, los guerreros de ayer, de hoy y de mañana") que ha sentido la fascinación y el enigma de la guerra, sino que se dedicó además a "cazas más sutiles": fue un importante homme de lettres y se convirtió, asimismo, en un relevante entomólogo que ha reunido, por afición, entre 30.000 y 40.000 coleópteros o escarabajos: cinco de ellos llevan, ya para siempre, su nombre; y lo mismo dos mariposas y algunos otros insectos.En otra anotación de esos últimos Diarios, la escrita el 1 de enero de 1992, leemos lo siguiente: "El año será turbulento. No hace falta ser profeta para prever eso. Sin embargo, lo comienzo con relativo buen ánimo".

Turbulencias que, probablemente, refería más a la constelación total que a la propia. Las turbulencias afectarían, sin embargo, a su persona, involucrada en dos fuertes polémicas: una, desatada por la publicación, el verano pasado, de una larguísima entrevista en la revista francesa de cultura Magazine Liltéraire, en la que Jünger hablaba del supuesto hallazgo de una nueva carta que explicaría por qué no fue depurado en el nazismo; la segunda, desatada el mes pasado por la publicación en la revista Sinn und Form, órgano oficial de la Academia de las Artes de Berlín, de una selección, de unas 20 páginas, de los Diarios dé 1992, textos hasta ahora inéditos y que demuestran lo que ya se sabía: que Jünger sigue escribiendo regularmente, conforme al lema que él mismo menciona: "Un artista no conoce perdón".

La aparición en Sinn und Form de esos Diarios provocó una áspera reacción del presidente de la Academia, Walter Jens, quien formuló duras críticas al hecho de que se ofreciera ese espacio a un autor que, además de ser "un decidido militarista", hizo en los años veinte "declaraciones extremadamente antisemitas que nunca retiró". El otro presidente de la Academia, elegido en representación del antiguo Berlín Este, el dramaturgo Heiner Müller, contestó que "el atar a un escritor de 97 años a sus delcaraciones de juventud y mantenerlo alejado, con esa justificación, de unos lectores que se han librado ahora de otras tutelas supondría un proceder que no es compaginable con el espíritu de una revista literaria independiente, ni en el caso de Jünger ni en ningún otro caso". Meses antes había habido otra polémica, más importante y dura, ocasionada por la aparición de un supuesto documento importantísimo -una carta- que alguien había hecho llegar misteriosamente a Jünger, y a la que éste le concedía un extraordinario valor explicativo.

En una larga entrevista con Fréderic de Towarnicki, un fervoroso jüngerista, aparecida en el número de junio de 1992 del Magazine Littéraire de París, Jünger explica de qué documento se trata: "El documento que usted evoca es top secret, un secreto de Estado, fechado el 1 de diciembre de 1944. Lo dirige el doctor Freisler, presidente del Volksgericht, a Martin Bormann, jefe de la cancillería del führer " La carta de Freisler dice lo siguiente: "En el asunto del escritor y capitán de la reserva Ernst Jünger, me permito comunicarle que el sumario contra el anteriormente mencionado ha sido archivado por el juez instructor. Jünger había sido denunciado especialmente por supuestas expresiones defectistas durante su época en el Estado Mayor del jefe de las Fuerzas en Francia y en su escrito Acantilados de mármol, del año 1939. (...). El 20 del mes pasado el führer me ha dado por teléfono, desde Wolfschanze, la orden de no proseguir más con el asunto. Heil Hitler". Jünger añade en la mencionada entrevista: "Gracias a este documento comprendo hoy, por primera vez, por qué fui desmovilizado en octubre de 1944 por orden del mariscal Keitel. En la época, aunque muchas cosas me resultaron raras, inexplicables, su último sentido me quedó oculto".

El rompecabezas

Para Jünger, el documento supondría una última pieza que completaría su puzzle biográfico: explicaría por qué el lacayo mariscal Keitel le obligó a dejar de inmediato la Armada diciéndole: "Debe pedir la baja en el Ejército". La razón de esa orden sería el miedo de Keitel a un proceso que implicase a la institución, ante lo que prefirió deshacerse de Jünger y dejarlo en manos de la Gestapo. Por su parte, la protección de Hitler se explicaría, según el entrevistador, por la fascinación que éste sentía por Tempestades de acero.El problema está en que ese supuesto documento novísimo, la carta de Freisler, ni era nuevo, ni parece auténtico, como ya puntualizó el catedrático de Friburgho Hugo Ott, autor de un definitivo libro sobre las concomitancias nazis de Heidegger, en una carta al director del Frankfurter Aligemeine Zeitung: "El supuesto escrito (...) de Freisler vuelve ahora, pasados seis años, del reino del olvido para aparecer en Le Magazine Littéraire. Entonces -en enero de 1986-, el

Frankfurter Allgemeine (R. Hochhut) y el Rheinischer Merkur (H. Mühleisen) publicaron en competición directa esa chapuza, que comentaron ampliamente. A pesar de que, tanto por forma como por contenido, era reconocible como una falsificación, sigue comercializándose como un documento central".

Tras esa dura carta, ocurrió algo muy poco habitual: le respondió el mismo Jünger. Primero, el 13 de julio de 1992, en una carta al Frankfurter Aligemeine, en la que Jünger concluía: "La carta del catedrático Ott revela menos una preocupación por la objetividad científica que una reacción de humor".

Los suspiros del héroe

Está ya dicho en una famosa frase de Nietzsche: "Yo no soy un ser humano, soy dinamita". Los 98 años de Jünger son la historia de las explosiones -grandes, pequeñas o medianas, pero siempre constantes- de esa dinamita. Unas veces es una supuesta carta de Freisler que remite a una tajante orden de Hitler; otras, la publicación de algunas anotaciones de los últimos Diarios. Pero la pólvora la enciende siempre la misma chispa: un pasado explosivo por muy familiarizado, tanto filosófica como literariamente, con la gran barbarie que asoló al siglo. En el casó de la polémica del Magazine Littéraire, hay que darle la razón a Jünger: estamos ante un documento histórico. Pero no por la carta de Freisler, como él cree, sino por el contenido de la entrevista: un documento de travestismo histórico-político más que notable, tanto dentro como fuera de la obra de Jünger. Estilización de la historia en la que, para qué engañarse, ya Jünger había mostrado con anterioridad gran maestría: véanse, si no, las clamorosas desapariciones de textos peligrosos en las últimas ediciones de muchas de sus obras. Y es que el escritor Jünger aprieta, de forma tan tenue pero tan firme, el mando a distancia de su reconversión histórica que hasta el menos dotado ve, por debajo, la mano que consuma el truco. A él, como a otros muchos, entre ellos al C. Schimtt que tanto venera, les pasa que, con su incomparable inteligencia, no ven, cegados por los mármoles monumentales, el bosque. Y se les escapa lo que percibe el menos sesudo de los mortales. Un enigma, éste sí verdadero, que habría que descifrar. Respecto a su nazismo no hay, ni ha habido nunca, duda alguna. Alguien así no podría ser nunca nazi, ni aunque tuviera más vidas que un gato. Simplemente porque aquella carnicería era demasiado ordinaria para él. Con lo que ya estamos, una vez más, ante el tema de siempre: el dandismo. Aquellos carniceros tenían muy poca clase para un dandi como éste. Su incontaminación hay que buscarla más por ese lado que por éticas de la resistencia. Desgraciadamente, el mismo dandismo que le libró de ese aprieto le condenó a otros. A mitificar las llamas que servirían, después, para encender parrillas ajenas. Por lo demás, el dandismo nunca puede llegar a ser tan total como para permitir que sea posible pasarse una vida entera, encima muy larga, haciéndose el tonto o el listo. El diagnóstico, por lo demás, hace mucho que está fijado. Por citar un ejemplo entre miles, la famosa carta de Mann del año 45: [Jünger,] "un hombre dotado, que escribió un alemán demasiado bueno para la Alemania de Hitler. Pero es un degustador gélido de la barbarie".

Caza sutil para escribir un diario

Andrés Trapiello

El escritor alemán Ernst Jünger murió ya centenario y fue uno de los grandes testigos intelectuales del siglo XX. En esta entrega de sus memorias, y cual si fuera un entomólogo, un octogenario pero muy activo Jünger viaja por lugares como Marruecos, Liberia, Sicilia, Grecia o Egipto en busca de personas, paisajes e impresiones en un recorrido al estilo clásico y geográfico y espiritual al mismo tiempo.

El tiempo ha puesto sus diarios en el centro de la labor literaria de Jünger, desplazando acaso novelas y ensayos a los que suele lastrar un exceso de analogías. Y cada vez que uno lee alguno de sus volúmenes nuevos, la perplejidad se confirma, pues pocos libros resultan tan estimulantes, tan

extraños y... tan discutibles. A Jünger se le podría rebatir mucho de lo que dice, y sin embargo queda uno atrapado en esa retícula o tela de araña de vivencias, opiniones y juicios que hace tan sugestivos el tono en que están formulados. Tanto como lo que se cuenta en un diario, es importante el tono.

El de Jünger es, cierto, un tanto facultativo y áulico, pero también asequible y ameno.

Claro que aparte del tono, está la temperatura, no menos decisiva. La de su escritura es, desde luego, ártica. Incluso en su ensayo Sobre el dolor, se duele en frío. No podría ser de otro modo en quien habló ya en los años treinta, peligrosamente, de un "corazón aventurero" y belicoso que agita la bandera del nihilismo tecnorrevolucionario. Lo denunciaron en su día Heidegger, Mann o su propio hermano. Puede oírse aún en el papel el rasgueo de su plumín de acero al escribir: "No nos pararemos en ningún lugar donde el lanzallamas no haya realizado la gran purificación a través de la nada".

Resistiéndose a comprender la dimensión ética del eterno retorno y la insistencia de los valores (que sigue discutiendo en este tomo), una vez más se parapeta en su biologismo a ultranza.

No obstante hubiera resultado harto difícil escribir un diario de la nada o de nada. Lo más próximo a la nada es el fragmento, y por esa razón los diarios suelen tener ese carácter atomizado, minucioso. Quizá porque el diario es a la literatura lo que el documental al cine. Cuando escribió este que se publica ahora, de 1971 a 1980, Jünger, que llegaría a centenario, anda alrededor de los ochenta y goza de una salud olímpica e incombustible, viaja por todo el mundo y no tiene inconveniente en beberse una botella de vino mientras cena. Sus facultades mentales se han acrecentado aún más si cabe: no hay un solo asunto del pasado o del presente, de la filosofía, las artes o la ciencia por el que no muestre una curiosidad insaciable y a menudo una gran sagacidad. No se priva ni siquiera de contar los sueños que tiene cada noche. Sabe de todo, tiene una memoria prodigiosa, lee, o mejor estudia, en unas cuantas lenguas vivas y muertas doscientos libros al año (ha leído ya miles) y mantiene correspondencia con lo más granado de la intelectualidad europea de ese momento, Léautaud, Jouhandeau, Magritte, Cioran, Mircea Eliade, Heidegger, Benn...

Es, en fin, lo más parecido a un Goethe del siglo XX, sólo que sin romanticismo, sin el hilo de su poesía; lo que podría llamarse un modisto de Alta Cultura, ésa en la que la solidez de los conocimientos se combina con la audacia de lo impensable: "Kuehnelt-Leddih, igual que don Quijote o Donoso Cortés, lucha en vano contra el tiempo".

¿Quién, aunque no sea Donoso Cortés, no lucha sutilmente contra el tiempo?

Caza sutil llaman los entomólogos, entre cuyos sabios chiflados se cuenta como es sabido Jünger, a la búsqueda de insectos, orugas y mariposas, y eso que vale para la entomología, que es una especie de filatelia con patas, valdría igualmente para la escritura de los diarios. Todo lo oscura que es la existencia de sus tenebrosos coleópteros, es deslumbrante y contradictoria en la de Jünger, que si escribe que "hoy una alabanza es lo que más puede perjudicarnos", no desoye la llamada del ministro de turno que quiere condecorarle (con el Schiller, o cualquiera de los muchos premios que recoge en este tomo). La caza sutil le hace viajar reiteradamente a lugares cuyos nombres exotizarían la portada de cualquier libro: Agadir, Monrovia, Malta, Taormina, Corfú, Siracusa, Alejandría... Jünger atraviesa esos lugares del mismo modo que el tiempo le atraviesa a él: como la luz un cristal. Sí, es un viajero clásico, no presupone nada ni nada le sorprende.

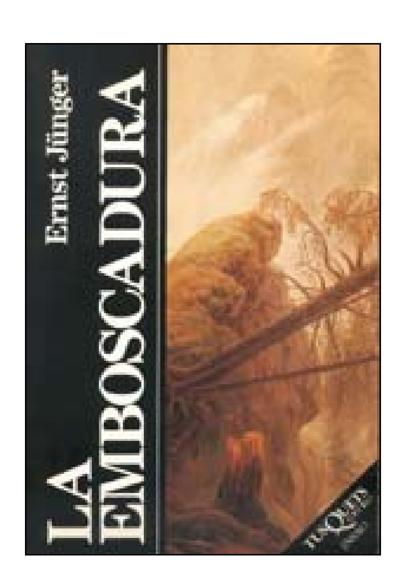
Parece preparado en todo momento para un exceso (y quizá eso le llevó a sus experiencias con el LSD): el mundo, viene a decirnos, empieza siempre con cada uno de nosotros. Se diría también que sólo le interesa el principio, y quizá por ello mira con tanta indiferencia cualquier asunto trascendente. ¿Ésa es la razón por la que fue un coleccionista compulsivo (de nombres

prestigiosos, de citas, de autógrafos de suicidas, de objetos, de coleópteros)? Su estado natural, en reposo o en movimiento, es el pensar taxonómico. No en vano es entomólogo, y si se sorprende ante el epitafio que figura en la tumba de otro de los preciosos coleópteros de su colección, Kazantzakis ("Nada espero, nada temo, libre soy"), no deja de anotar en su cuaderno el aterrador apotegma del padre Lacordaire: "La libertad oprime, la ley protege", convencido de que "haría buen efecto a la entrada de un Parlamento".

Extraño, estimulante, contradictorio es siempre Ernst Jünger, del que podríamos decir lo que él afirmó de su antiguo jefe de tropa: "Buen guerrero, mal soldado. Una vez desertó; yo tenía mucho trato con él, excepto en tierra de nadie". Claro que no deja de ser inquietante saber que la literatura, en tanto que vida y como la propia vida, es tierra de nadie.

LIBROS

LA EMBOSCADURA
Tratado del Rebelde



Enlace con La Editorial Virtual

http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Junger_Ernst/Junger_DerWaldgaenger_01.htm

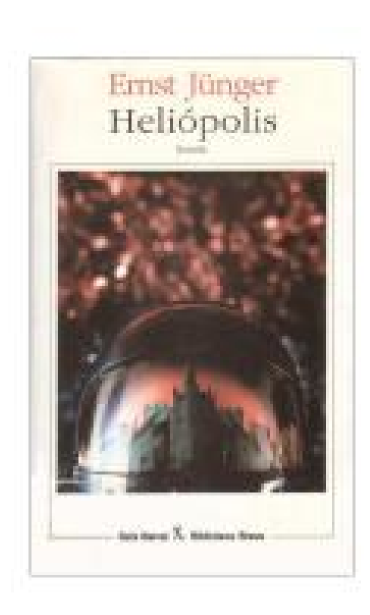
TEMPESTADES DE ACERO



Enlace con La Editorial Virtual

http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Junger_Ernst/TormentasDeAcero_01.htm

HELIÓPOLIS



Enlace con Google.docs

https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=explorer&chrome=true&srcid=0B_2-k_W_u3MoOTM3MWZjNDAtOWQ4ZC00ZTkwLTgwMDgtNTVlM2U2Y2I5YTUz&hl=en&authkey=CJ6F0KIF